



TOÑI FERNÁNDEZ

*Sentirte
en silencio*

Click
EDICIONES

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Prólogo
1. Bocazas
2. Ardiente
3. Dudas
4. Realidad
5. Tormenta
6. Perdida
7. Contigo
8. Miedos
9. Locura
10. Distracción
11. Errores
12. Amor
13. Añicos
14. Egoísta
15. Sinceridad
16. Ciega
17. Equivocada
18. Cortocircuito
19. Miradas
20. Familia
21. Rota
22. Encontrarnos
23. Culpa
24. Impulso
25. Burbuja
26. Confidencias

27. Adrenalina
28. Continuar
29. Lágrimas
30. Arriesgarse
31. Decisiones
32. Desorden
Epílogo. Invencible
Agradecimientos
Biografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SENTIRTE EN SILENCIO

Toñi Fernández



A la mejor persona que ha podido regalarme la vida.

Te quiero, hermana.

«Algún día encontraremos lo que estamos buscando. O quizás no. Quizás encontraremos algo mucho mejor».

Julio Cortázar

Prólogo

—Contratado.

Nunca una palabra me había gustado tanto. Sonríó a la dueña del local mientras escucho cómo me pide que esté mañana a las diez para que la encargada me enseñe todo lo que tengo que hacer. Admito que ser camarero me da mucho respeto y que temo tirarle encima el café hirviendo a alguien, pero el alquiler no se paga solo y los ahorros no son interminables... Ojalá. Así que no me queda otra que trabajar durante todo el verano en lo que salga, que en este caso es en una pequeña cafetería a veinte minutos de casa. En coche, claro. Otro gasto del que no puedo prescindir porque el local está en el culo del mundo y ni los autobuses pasan cerca de allí.

—¿Te ha quedado claro? —comenta la dueña al darse cuenta de que los últimos minutos he estado mirando a la nada.

—Cristalino. —Ella frunce el ceño por mi contestación y yo trato de sonreír. Tengo que ser más profesional a partir de ahora. Pretendo que el trabajo me dure hasta que acabe el verano como mínimo. Por Dios, no puedo cagarla tan pronto.

Me despido de ella y voy al aparcamiento que hay a unas calles de aquí mientras me voy mentalizando de lo que me espera mañana. Supongo que no será tan difícil, ¿no? Al fin y al cabo, es una cafetería pequeña. Si se llena, supongo que podremos controlarlo. Solo espero que la encargada tenga paciencia conmigo. Mucha paciencia.

Conduzco de camino a casa con la cabeza en todas partes y, a la vez, en ninguna. Acabo de mudarme y ya empiezo a notar la agitación de la ciudad. No recordaba que fuese tan... En realidad, no sé cómo describirla porque, aunque para mí sea algo extraño, para el resto el bullicio forma parte de su vida diaria, así que no podría decir que es una ciudad ajetreada. Es, simplemente, una ciudad.

A veces se me olvida que nací aquí, donde los edificios casi tocan el cielo, el tráfico nunca para y la lluvia nos acompaña más días de los que nos gustaría. Pasé los primeros dieciséis años de mi vida con mis padres en una casa no muy lejos de donde vivo ahora, hasta que decidieron marcharse y no me quedó otra que seguirlos. ¿Dónde iba a ir si no? Con esa edad quería comerme el mundo, pero o me quedaba con ellos, o sería el mundo el que me comería a mí.

Al principio no me gustó la decisión, pero ahora lo agradezco inmensamente. Si no fuera por ellos, no habría conocido la sensación de la brisa acariciándome cada mañana mientras veía cómo el sol aparecía por el horizonte, el sonido del mar al chocar con las rocas una y otra vez, el olor a

lavanda que desprendía la casa de la señora Erin, aunque ella siempre oliese a galletas... Sin todo eso, ahora no sería quien soy.

Y ahora, una semana más tarde de haber dejado mi pequeño paraíso, aquí estoy. Enfrentándome a la realidad y a mi nuevo hogar como el que se enfrenta a la última batalla de *Juego de tronos*. Con ganas de continuar, pero queriendo que pase todo rápido. Y no debería ser así, ¿verdad? No deberíamos querer que los momentos pasaran rápido, sino disfrutarlos. Pero a veces somos tan egoístas que solo pensamos en nosotros mismos y dejamos de lado todo lo que ocurre a nuestro alrededor. Como por ejemplo la pareja de ancianos que cruza el paso de peatones aferrados a la cintura del otro, como si temieran caerse, aunque en realidad solo quieren estar lo más pegados posible. O la chica que despide a su novio con un beso apasionado en la puerta de su casa esperando que él quiera quedarse un poco más, pero que ella no se atreve a pedirselo por... ¿miedo, tal vez?

Supongo que nunca lo sabré porque, mientras canto la última canción de James Arthur que suena en la radio, no soy consciente de que si hubiera mirado un poco, aunque solo fuera un poco, mi alrededor, me habría podido prevenir de la realidad que me azotaría meses más tarde. Pero los humanos somos así, ¿no? No nos damos cuenta de las cosas hasta que nos explotan en la cara y ya... puede que sea demasiado tarde.

O puede que no. Supongo que tendré que descubrirlo.

Bocazas

Aiden

Llego tarde. Normalmente me considero el ser más puntual de este planeta e, incluso, soy de los que llegan antes por eso de que más vale prevenir que curar. Vale, creo que ese refrán no pega aquí, pero el caso es que llego tarde y es mi primer día de trabajo. *Mayday, mayday!* La encargada me va a matar. Por no hablar de que, como esté la dueña por aquí, me veo de patitas en la calle sin haber empezado siquiera el trabajo.

Entro con rapidez en la pequeña cafetería con tan mala suerte que golpeo la pared con la puerta y formo un ruido imposible de ignorar. Incluso la campana que cuelga del techo tintinea con tanta fuerza que no sé cómo no me la he cargado. De repente toda mi piel se eriza al darme cuenta de que la cafetería está llena y que todo el mundo me está mirando. A mí. Al del golpe con la puerta. Al que llego tarde. Genial... Creía que no podía pasar más vergüenza, pero me equivocaba. Esto sí es pasarlas canutas y lo demás son tonterías.

Indeciso, me acerco a la barra y me siento en uno de los taburetes libres. Cojo la carta e intento disimular para calmar un poco mis nervios. ¿Aquí hacen pastel de zanahoria? Creo que me vendría bien un trozo, ni siquiera me ha dado tiempo a desayunar. Lo pediré después de que me digan que no me dan el trabajo por idiota. Al menos así no habré venido para nada.

—¿Eres el chico nuevo? —Su voz me hace alzar la cabeza de golpe. Es la camarera, lo sé por la camiseta negra que lleva puesta con el logotipo de la cafetería.

—Yo... no —niego en rotundo, y ella frunce el ceño—. En realidad, sí. Perdona. He llegado tarde y no sabía si había perdido la oportunidad.

—Tranquilo, nos puede pasar a cualquiera. —Sonríe, y me fijo en el hoyuelo que aparece en su mejilla—. ¿Te sirvo algo o nos ponemos manos a la obra ya?

—Será mejor que no perdamos más tiempo —comento intentando parecer profesional mientras dejo la carta donde estaba. El pastel puede esperar—. Me dijeron que la encargada me echaría una mano. ¿Podrías avisarla de que estoy aquí, por favor?

—Oh, claro. Ella ya lo sabe. Por cierto, soy Julia.

—Yo soy Aiden. ¿Crees que se enfadará mucho por llegar tarde? Es el primer día y no quiero causarle una mala impresión, ya sabes. Normalmente no soy así, suelo llegar con bastante

antelación a los sitios, pero hoy se me ha pegado la sábana y... —Dejo de hablar al darme cuenta de que se me está yendo la lengua—. Y no sé por qué te estoy contando esto, perdona.

—Entre tú y yo. —Se acerca un poco para que solo yo pueda escucharla y un olor a coco invade mis fosas nasales—. A ella también se le han pegado las sábanas alguna vez.

—Me quitas un peso de encima. —Suspiro un poco más tranquilo mientras veo cómo sale de detrás de la barra llevando una bandeja llena de tazas de café a una de las mesas. ¿Pero cuándo las ha preparado? No la he visto hacerlo mientras hablaba conmigo.

Regresa donde estoy y coge un mandil como el que ella tiene ajustado a su cintura y me lo tiende para que me lo ponga. Todavía siento los nervios por cómo me va a recibir la encargada. A la que, por cierto, aún no se le ha visto el pelo. ¿Dónde estará?

—¿Qué te parece si primero te muestro el local? Supongo que doña María no te lo enseñó ayer —comenta refiriéndose a la dueña, y yo niego con la cabeza—. Pues vamos allá.

Hacemos un breve recorrido por el local que, al parecer, es más grande de lo que pensaba. Tiene una pequeña cocina donde una jovencísima pastelera me saluda efusivamente, un cuartito para los empleados, la barra donde un camarero ha aparecido por arte de magia porque antes no estaba, el salón y una pequeña sala donde se hace un café literario una vez al mes.

—Es el único día al mes que tenemos que estar todos en el bar porque se llena. Además de la clientela habitual, suelen venir entre quince y veinte personas para encontrarse con sus escritores favoritos. Normalmente suelen ser más mujeres que hombres, aunque doña María, que es la que lo organiza todo, está intentando que vengan más escritores masculinos a que hablen de sus libros. A veces cuando vamos a la sala a servirles, no podemos evitar quedarnos unos minutos escuchando lo que cuentan. Es muy divertido. —Sonríe y continúa moviéndose por el bar como si fuera un pez en el agua. A veces me cuesta seguirle el ritmo y solo puedo ver su coleta danzando aquí y allá.

—Ya me imagino —respondo yendo tras ella—. Esto..., ¿y cuántos dices que trabajáis aquí?

—Cuatro, contando contigo. Sé que parece mucho teniendo en cuenta que el local es como una caja de zapatos, pero hay días que te sorprendería lo mucho que se llena. Siempre debemos estar dos como mínimo. Lucía, que está en la cocina, la chica que has visto, y otro más aquí fuera. Jordan —dice señalando al chico de la barra—, tú y yo podemos repartirnos los turnos en función de los días que trabajamos, aunque a veces compartiremos horario.

—¿Entonces la encargada solo viene para asegurarse de que todo está bien y se va?

—¿Por qué le tienes tanto miedo? Hasta ahora no se ha comido a nadie.

Julia se da la vuelta y me mira con los ojos brillantes. En ellos veo fuerza, decisión. Me pregunto qué tomará esta chica para desayunar para que tenga esta vitalidad por las mañanas.

—No es miedo, es respeto. Al fin y al cabo, es la que va a decidir si he conseguido el trabajo o no. Y la que puede quitármelo tan pronto como me lo ha dado.

—Tienes un concepto un tanto extraño de los encargados de un negocio. —Se ríe. Su risa es suave y poco a poco se va metiendo en mi cabeza para almacenarla allí y poder recordarla cuando quiera. Tengo la manía de atesorar sonidos que me resultan bonitos y su risa es uno de ellos—. No

somos Dios ni nada de eso. Pero, si te quedas más tranquilo, te diré que estás dentro y que tengo mucha paciencia. En cuanto aprendas unos trucos, tendrás la cafetería en el bolsillo.

La observo un poco aturdido mientras analizo sus palabras. Estoy dentro, debería alegrarme por ello. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en que ha hablado en primera persona. Eso quiere decir que...

—¿Eres tú? —La voz me sale un poco estrangulada.

—¡Claro! Pensé que doña María te había hablado de mí.

Puede que lo hiciera justo cuando mi cabeza estaba pensando en lo que me esperaba al día siguiente. ¿Cómo he podido hacer semejante ridículo? Y lo que es peor, ¿cómo he podido conseguir el trabajo si he llegado tarde, he confundido a la encargada y he quedado como un idiota? Soy un bocazas.

—Lo siento mucho, de verdad. No pensé que serías alguien tan joven. Quiero decir, ¿qué edad se supone que tienes? —Me arrepiento en cuanto lo digo—. No, espera. No respondas. Mi madre siempre me ha dicho que eso no se le pregunta a una mujer. ¿Podemos empezar ya y así dejo de hacer el ridículo, por favor? Creo que por hoy he cubierto el cupo.

Julia se aguanta la risa, y aunque en otras circunstancias me habría reído también, ahora solo quiero que me trague la tierra y me escupa en un lugar muy alejado de aquí. En el Polo Norte, por ejemplo. Me vendría bien un poco de frío para calmar el calor que tengo.

—Vamos tras la barra, te enseñaré lo imprescindible para que pases tu primer día con éxito.

—Lo dudo mucho —murmuro por lo bajo.

Camino tras ella sin dejar de observar su espalda. Julia es alta y delgada, su pelo moreno está recogido en una coleta y le llega por los hombros, aunque imagino que será un poco más largo si se lo suelta. Cuando se da la vuelta, su sonrisa es lo primero que veo. Es magnética. Y sus ojos... Alargados y de color chocolate, podrían derretir a cualquiera.

¿Pero qué narices me pasa? Debería centrarme en lo que va a enseñarme para no cagarla el primer día en lugar de pensar en sus ojos. O en cómo se le marca el hoyuelo cada vez que sonrío. O en su coleta que baila sobre sus hombros con cada paso y sus pies que parecen levitar cuando se mueve.

Mierda, otra vez.

Será mejor que comience a hacer caso a lo que me está enseñando, que no es otra cosa que... Ah, sí, ya. Lo más difícil. Cómo entender la máquina del café para que nadie me lo escupa en la cara. Empezamos bien.

Ardiente

Aiden

—Has superado el primer día. ¿Cómo te sientes?

Estoy ayudando a Julia a barrer el suelo de la cafetería. Hace diez minutos que hemos cerrado y aunque estoy cansadísimo y la cabeza parece que me va a explotar en cualquier momento, no puedo evitar sonreír. He pasado el primer día.

—Creo que podría acostumbrarme a esto.

Sé que es rápido para decirlo, pero este lugar tiene algo especial. No sé si es el olor a los pasteles que hace Lucía, el sonido de la campanita cada vez que alguien entra, el humor de Jordan o la dulzura con la que Julia trata a cada uno de los clientes. Es un sitio acogedor al que cualquiera podría acostumbrarse a estar.

—Lo harás. Yo ya no concibo mi vida sin este lugar —dice mientras coloca las sillas sobre la mesa para poder limpiar mejor.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

—Cuatro años. Doña María me contrató para ayudarla un verano y así poder cubrir algunos gastos de la universidad, y desde entonces no me he movido de aquí. Es un lugar que poco a poco se va metiendo dentro de ti y después no puedes dejarlo.

—Ya veo. —Sonrío, aunque no me imagino pasar tanto tiempo como ella.

Mi contrato es temporal, y aunque espero estar aquí todos esos meses, después tendré que echar a volar y centrarme en lo que he venido a hacer. Este trabajo no es más que un punto de partida.

—¿Y tú? ¿Trabajas para poder pagarte los estudios o solo es un trabajo de verano?

Dejo la escoba y cojo la fregona mientras sopeso su pregunta. ¿Qué se supone que debería responder? ¿Es un trabajo de verano? No, en realidad es mucho más que eso. Es el empujón que necesito para ayudar a alguien a cumplir su sueño. Un sueño que por otra parte ya se ha convertido también en el mío.

Podría decirle eso, pero entonces vendrían las preguntas y todavía no tengo del todo claro que esto vaya a funcionar como para darle voz propia. Así que me limito a contestar lo que cualquier chico de mi edad diría.

—Necesito el dinero —comento con voz seria.

Vale, eso ha sonado a «estoy metido en drogas y tengo una deuda que saldar si no quiero que me partan las piernas». ¿Pero en qué narices estoy pensando últimamente? La ciudad me está afectando demasiado, de eso no me cabe la menor duda.

—Quiero decir... —Me rasco la cabeza tratando de buscar las palabras adecuadas. Y como no las encuentro, no me queda otra que decir la verdad. O al menos parte de ella—. Necesito ahorrar para algo que quiero hacer.

—Oh, claro —asiente como si hubiera entendido lo que he dicho—. ¿Puedo preguntarte de dónde eres? Tienes acento.

La miro un poco aturdido de que se haya dado cuenta. Hasta ahora, solo dos personas me han preguntado. Mi compañero de piso y ella. Incluso mi primo, al que no veía desde que me fui, no lo ha notado. Y es que, aunque he pasado los últimos cinco años fuera, no he podido quitarme del todo la forma de hablar que tienen aquí.

—Nací aquí, pero mis padres y yo nos mudamos cuando tenía dieciséis años a su país natal, Irlanda. Volví hace una semana. De allí es mi nombre.

—¿Y qué significa *Aiden* en irlandés?

—«Hombre ardiente» —digo sin pensar.

¿De verdad acabo de decir lo que creo que he dicho? Sí, porque si no Julia no estaría tratando de aguantar la risa.

—También significa «Adam» —murmuro como si eso lo explicara mejor. Soy un puto desastre.

Ahora sí que no puede aguantarse y rompe a carcajadas. Me uno a ella porque, aunque esté muerto de vergüenza por dentro, tengo que admitir que ha sido ridículo y divertido al mismo tiempo.

—Está bien, hombre ardiente —comenta entre risas—. Será mejor que termines de fregar y así podremos irnos.

Hago lo que me pide en completo silencio porque es verdad eso que dicen, que cada vez que hablo, sube el pan. Ya mi madre me lo decía: «Aiden, tienes que pensar primero y después hablar». Gran consejo, mamá. Pero estaría mejor si te hiciera caso. Si me viera ahora...

Ahora, con la cafetería recogida y en completo silencio, parece otra. No tiene la misma magia, pero sigo sintiendo que es especial. Y puede que parezca una tontería, pero estoy deseando ver qué me espera durante todo el verano aquí.

Julia cierra con llave la persiana metálica del local y se da la vuelta. Sus ojos siguen brillando con la misma intensidad que esta mañana. No parece cansarse nunca.

—Descansa, Aiden. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana, Julia.

Sonríe tímidamente y se marcha a paso lento calle abajo. Entonces me doy cuenta de que no va en dirección al aparcamiento donde tengo el coche.

—¡Eh, Julia! —alzo un poco la voz—. He venido en coche. ¿Te llevo?

Ella se da la vuelta y camina ahora de espaldas. Abre su bolso y saca unos auriculares para ponérselos después. La suave brisa acaricia su pelo y tiene que pasarse un mechón por detrás de la oreja. Creo que no es consciente de cómo ese pequeño gesto me produce un cosquilleo en el pecho.

—Vivo cerca de aquí, pero gracias.

—No me importa, de verdad —insisto.

—¡Hasta mañana, Aiden! —alza la voz riéndose mientras se da la vuelta y sigue su camino.

Sonríó como un tonto por haber insistido tanto cuando salta a la vista lo independiente que es.

Con la sonrisa todavía en la cara, voy a buscar mi coche para marcharme antes de que se haga demasiado tarde. El día se ha pasado volando y estoy deseando llegar a casa para darme una buena ducha, cenar algo y descansar. Todavía no tengo un horario fijo en la cafetería porque me están enseñando cómo manejarlo todo. Puede que sea un lugar pequeño, pero tiene más trabajo del que habría imaginado jamás. Hoy he cerrado con Julia por si algún día me toca a mí hacerlo, y mañana será el turno de abrir con Jordan. Ella vendrá un poco más tarde. Espero apañármelas bien.

Cuando llego a casa, mi compañero de piso no está. Todavía no he podido cruzar con él más que unas pocas palabras cuando alquilé la habitación que tenía libre. Es un tanto extraño, pero como él va a lo suyo y yo a lo mío, nos las apañamos bastante bien.

Tras una ducha rápida y un bocadillo que deja mucho que desear, voy a mi habitación para escribir. Llevo una semana en la ciudad y todavía no me he atrevido a hablarle sobre este lugar. Me he sentido tan desubicado que enfrentarme al papel en blanco, a ella..., me resultaba imposible. Así que ya es hora de que lo intente, pero ¿por dónde empiezo?

Las primeras palabras salen torpes. Un saludo, un «qué tal estás» acompañado de un «yo bien» y hasta ahí llego. ¿Qué podría decirle en realidad?

Eso, precisamente. La realidad. Sin edulcorar. Sin adornos.

No voy a mentirte y decirte que los días son más fáciles desde que estoy aquí. Echo mucho de menos ver el color verde por todas partes, dar paseos en bici por la noche con la luna como mi único acompañante o ver cómo destaca tu pequeña casa amarilla entre las demás. Siempre será la mejor, admítelo.

Sonríó al imaginarla leyendo la última frase y negando con la cabeza. Es como si la estuviera viendo.

A veces cierro los ojos y siento que estoy allí, contigo. Que estamos charlando sobre cuál será nuestro siguiente plan a pesar de que mi padre diga que tenemos muchos pajaritos en la cabeza. ¿Cuántas veces tengo que repetirle que algún día todo eso que hablamos, todo por lo que soñamos, se hará realidad? Algún día, te lo aseguro. Algún día...

Me despido de forma escueta y meto la carta dentro de un sobre blanco. Mañana compraré un

sello y lo mandaré para que le llegue pronto. Estoy seguro de que le agrada tener noticias más.
Ella no se ha olvidado de mí. Ni yo tampoco de ella.

Nunca podría hacerlo.

Dudas

Julia

—Si no me dejas salir, voy a llegar tarde al trabajo.

Intento soltarme por cuarta vez de sus brazos y esta vez lo consigo. Me levanto de la cama y me visto con prisa. Todavía tengo que pasar por casa a ducharme y ponerme algo limpio antes de ir a la cafetería.

Hoy es de esos días que me apetecería quedarme aquí, con él, acurrucada a su lado. Pero no puedo. Por eso recojo mis cosas sin mirarlo, temo que lo que vea me paralice. Porque sé que no le gusta que esté todo el día trabajando y que está cansado de lo mismo. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

Desde que doña María me convirtió en la encargada de la cafetería, he tenido más responsabilidades y menos tiempo para mí. Algunos piensan que no debería haber aceptado, pero aquel lugar es mi casa. Ese hogar que nunca tuve y que me hincha el corazoncito cada vez que entro. Es mi espacio. Y es más de lo que puedo esperar.

Max no entiende eso, y cuando abre la boca para quejarse, me dan ganas de gritarle para que comprenda de una vez que soy adulta y, como tal, tengo responsabilidades. Él vive en su mundo lleno de luz y color, viviendo al día, bebiendo y saliendo con sus amigos. Pero yo no soy así. Necesito una estabilidad. Necesito fusionar presente y futuro para que, cuando empiecen a unirse, todo encaje. Y puede que después no todo encaje a la perfección, pero quiero tener la seguridad de que puedo reemplazar una pieza por otra si algo va mal.

—¿Cuándo volveré a verte, señora ocupada?

Su voz suena pastosa por el sueño, pero también por la pereza que le produce preguntar eso. A veces pienso por qué seguimos juntos, pero parece ser que la única que tiene esas dudas soy yo porque él sigue estando conmigo después de todo. Después de vernos tan solo una vez a la semana. Después de las discusiones. Después de confesarle que le quería y él quedarse callado.

—Este fin de semana —contesto, pero se echa a reír—. Lo digo en serio. Ahora somos uno más en la cafetería y tendré más días libres, de verdad.

Insisto para que me crea, pero él solo murmura, como si lo que le dijera no fuera más que una forma de evadir su pregunta.

Termino de ponerme los zapatos y me inclino sobre la cama para darle un beso antes de irme. Max aparta la almohada de su cara y me da un ligero beso en los labios para después ponerse de lado sobre el colchón y volver a dormirse. Aturdida, llevo los dedos a mis labios para saber si el beso ha sido real o solo producto de mi imaginación. Ha sido tan rápido, tan frío...

Suspiro antes de marcharme de su habitación con cuidado de no despertarlo. Cuando llego a la puerta de casa, la abro y me encuentro a uno de sus amigos dormido en las escaleras. Tiene una botella de alcohol en la mano. Cierro con cuidado de no despertarlo. Ya se las apañarán ellos solitos con los vecinos.

Miro el reloj en la muñeca. Todavía tengo una hora antes de que empiece mi turno en la cafetería. Cojo el autobús para ir a casa mientras pienso en lo que ha sucedido esta mañana para que Max esté así. Anoche estuvimos juntos y lo pasamos bien. Estábamos felices.

Cuando llegué a casa después del trabajo, él me estaba esperando subido en su inconfundible moto. El corazón empezó a martillearme con fuerza porque ¿cuánto tiempo hacía desde la última vez que Max me había dado una sorpresa? Mucho tiempo, a decir verdad. Además, habíamos salido a cenar la noche anterior, por lo que no pensaba que nos volveríamos a ver tan pronto. Se suponía que estaba en una fiesta.

Así que le envié un mensaje a mi compañera de piso para que supiera que no dormía en casa y cogí el casco que me ofreció. Minutos más tarde, en su casa, estábamos devorándonos sin poder parar. Max tenía sus manos por todo mi cuerpo y yo solo podía separarme de él para coger aire. Juntos éramos fuego y a mí me encantaba quemarme tanto como a él.

Pasamos la noche entre sus sábanas sin hablar siquiera. Entre las cuatro paredes de su habitación solo se escuchaban mis gemidos y sus jadeos. Ni un «qué tal ha ido el día, qué bien hueles o quieres cenar algo».

Las palabras en nuestra relación parecían haberse acabado, y aunque a veces quería romper ese incómodo silencio, sentía que entre nosotros fluía una armonía que solo él y yo entendíamos. Teníamos una relación diferente, pero, al fin y al cabo, una relación que había empezado como un troteo, pero que se había convertido en algo de siete meses.

Y a veces dudaba. Claro que lo hacía. Dudaba de tener una relación donde las palabras eran sustituidas por silencios, donde había más reproches que abrazos, donde había mucho sexo, pero no amor. Pero, entonces, pensaba en la forma en que decía mi nombre como si lo estuviera saboreando, en esos ojos brillantes que me recorrían entera cada vez que me veía, y se apagaban las dudas.

Cuando llego a casa, dejo que todos esos pensamientos se vayan por el desagüe junto al agua de la ducha. En un mes estaré de vacaciones y tendremos una semana entera para nosotros dos solos. Podría proponerle una escapada romántica a cualquier parte. Sí, eso haré.

De camino al trabajo, abro el buscador del móvil para ver dónde podemos ir. Necesito un lugar donde encajemos los dos. Yo quiero algo tranquilo mientras que él querrá un lugar donde podamos salir de fiesta. A solo unas horas de aquí, hay un pueblo precioso con pequeñas cabañas muy

asequibles, acogedoras y cerca de pequeñas tiendas y bares. Accedo a la página web y veo las actividades que podríamos hacer allí. Senderismo, paseo en bicicleta... Hasta hay un pequeño lago donde podemos montar en canoa o, simplemente, bañarnos. Me gusta. La naturaleza, él y yo. Nada más. Sin amigos que nos interrumpen, móviles que estén sonando sin parar, ni nada que rompa nuestra burbuja.

Guardo el enlace de la web en favoritos y entro en la cafetería. El camino se me ha hecho cortísimo. Lleno mis pulmones de aire y lo suelto muy lento para enfrentarme a un nuevo día.

—¡Buenos días, chicos! —saludo con alegría al ver a Jordan y Aiden tras la barra.

El primero tiene una enorme sonrisa en la cara mientras que Aiden tiene el ceño fruncido. Me acerco y veo que se está peleando con una cafetera. Es la más vieja que tenemos aquí, ya ni siquiera la usamos, pero supongo que Jordan no le ha dado ese dato y por eso ahora parece que la va a asesinar mientras intenta que encajen las dos mitades.

—Puñetera cafetera de las narices... —murmura en voz baja, pero estoy tan cerca que lo he escuchado a la perfección.

Me agunto la risa para no asustarlo y, cuando abre la boca para decir algo más, carraspeo. Él levanta la cabeza con rapidez y me mira con sorpresa.

—Joder —susurra, y se sonroja hasta las orejas al darse cuenta de que lo he escuchado todo—. Buenos días, Julia. Esto..., Jordan me ha dicho que algo le pasaba a la cafetera y estoy intentando arreglarla.

—No vas a poder.

—Oh, bueno. Si me das unos minutos más, tal vez pueda...

—Está rota —le interrumpo—. Lleva así tres años. Jordan lo sabía.

Dirijo una mirada acusadora al aludido y el muy canalla sonrío. Pongo los brazos en jarra y unos segundos más tarde lo tengo a mi lado con cara de no haber roto un plato en su vida.

—Pensé que tal vez él podría arreglarla. —Se encoge de hombros y yo frunzo el ceño—. ¿Qué? Todos lo hemos intentado, él no iba a ser menos.

—Muy gracioso —murmura Aiden dejando la cafetera donde estaba.

Jordan se marcha a limpiar la mesa que se ha quedado libre. A esta hora no suele haber clientes y, si fuera un día normal, solo estaría Jordan tras la barra. Pero doña María insistió en que la formación de Aiden fuese de tres días, así que todavía quedan dos. No creo que sea necesario enseñarle rápidamente cómo va esto o lo otro, ya lo aprenderá poco a poco, como lo hicimos todos los que estamos aquí.

Supongo que algo habrá visto en él para insistir tanto. Yo no lo veo torpe, al contrario. Creo que tiene potencial y que aprende rápido. Es solo que parece... desubicado. Como si no perteneciera aquí. Me recuerda a mí cuando llegué. Asustadiza, con ojos inocentes y el pelo sobre la cara para esconderme del exterior. Necesitaba el trabajo para pagar mis gastos y este lugar me dio la oportunidad de dar el salto. Me hizo ser quien soy ahora.

Por eso es tan importante para mí que Aiden encaje aquí. Porque sé que es el mejor lugar

donde puede estar. Dure lo que dure, quiero que se sienta arropado.

Dejo mis cosas en el cuartito de empleados y me pongo el mandil para trabajar. Cuando salgo, Jordan está tratando de disculparse con él. Sé que no lo ha hecho con mala intención. Lo conozco desde hace un año y tiene buen corazón, pero ese punto socarrón que le acompaña no lo puede esconder mucho tiempo. Por eso doña María le ofreció un trabajo nada más conocerlo.

Recuerdo ese día como si fuera ayer. Las dos estábamos en la cafetería sirviendo cafés, zumos y dulces a diestro y siniestro. Estábamos repletos y necesitábamos refuerzos lo antes posible, pero ninguna de las personas que entrevistamos parecía lo suficientemente responsable para ello. Y de repente apareció él. Me quitó la bandeja repleta que sostenía entre las manos y empezó a servir las bebidas como si llevara toda la vida haciéndolo. Al principio creíamos que estaba loco y que destrozaría el local o que le echaría el zumo a alguien encima. Pero cuando el día terminó y vimos que habíamos sobrevivido gracias a él, doña María no dudó en hacerle una oferta que no pudo rechazar.

Jordan es energía, libertad, vida. Cualquiera que esté con él unos minutos puede darse cuenta de que es especial. Es de esas personas que no necesita encajar donde va porque no pertenece a nada ni a nadie. Es él, simplemente.

—No te preocupes, Jordan. En el fondo tengo que admitir que ha sido divertido luchar contra una cafetera del siglo XIX. Ahora puedo presumir y todo —comenta Aiden entre risas restándole importancia al asunto.

Me acerco a ellos y pongo una mano sobre el hombro de Jordan para llamar su atención. Él me regala una sonrisa y se marcha a hacer sus cosas. Bien, será mejor que yo también me ponga manos a la obra.

—¿Preparado para un nuevo día?

—Nací preparado —murmura Aiden—. Perdona, era una broma. Hoy estoy un poco nervioso.

—Relájate, Aiden. Quedan dos días para que te quites mi sombra de la espalda y puedas moverte a tus anchas por aquí.

—¿Y si la cago? ¿Y si hago algo que no debería hacer?

—Entonces yo estaré aquí para que lo solucionemos juntos. No es el fin del mundo. Solo tienes que confiar un poco más en ti.

Salgo de detrás de la barra dispuesta a empezar con lo que tenemos hoy, pero no puedo evitar estremecerme cuando escucho su última frase. Ha sido un leve susurro que seguro que era para él, pero ha llegado a mi oído para clavarse en lo más profundo de mi cabeza.

—No sé cómo se hace eso —ha dicho.

«Tranquilo, Aiden. No eres el único que ha estado perdido durante mucho tiempo», pienso mientras doy otro paso más.

Realidad

Julia

—Solo digo que podríamos hacer algo distinto. Salir de nuestra zona de confort —contesto cansada de la situación.

—Y yo solo digo que para ir a hacer excursiones con octogenarios prefiero quedarme aquí —me rebate.

Este es el tercer fin de semana que discutimos por el mismo tema. Cuando le propuse irnos de vacaciones aceptó encantado, pero comenzamos a pelear en cuanto supo adónde quería ir. ¿Tan difícil es entender que quiero paz?

—Todavía estamos a tiempo de pillar la oferta de Ibiza. Ahí sí lo pasaríamos bien. Desconectaríamos mucho más que si estamos rodeados de campo. La fiesta da la vida, Ju, aunque tú parezcas vivir en el cuerpo de una mujer de noventa años.

Cierro los ojos con fuerza para no soltarle una fresca. Odio que me llame Ju. Odio que priorice las fiestas a su pareja. Odio que haya escogido Ibiza cuando los dos sabemos que no vamos a ir a las bonitas playas que tiene, precisamente. Así que respiro con fuerza y trato de hablar con serenidad.

—¿No te cansas de las fiestas, Max? Estás día sí y día también en una. Solo te pido *una* semana solos —digo enfatizando la palabra—. Sin cafetería, sin fiestas, sin complicaciones. Solo tú y yo. Te quejas de que no pasamos tiempo juntos. Ahora tienes la oportunidad y no la quieres.

—La quiero, pero no a tu manera. ¿Te das cuenta de que siempre es como tú quieres? Nos vemos cuando tú quieres, nos acostamos cuando tú quieres, nos vamos de vacaciones donde tú quieres...

—Las cosas no son así —comento en voz baja, muy dolida por sus palabras.

—¿Entonces cómo son? Porque lo único que veo es que te quejas de todos los planes que hago para nosotros.

Me levanto de la silla, incapaz de aguantar más tiempo sentada. Esta conversación está empezando a ponerme nerviosa y furiosa. Camino de un lado a otro mientras él sigue tumbado en su cama como si nada. Como si nuestra relación no estuviera empezándose a astillar por todos lados.

Desde que Aiden terminó la formación, ha evolucionado mucho en la cafetería y eso me permite tener más días libres para hacer mis cosas y estar con el cabezota de mi novio. Pero eso tampoco le es suficiente. Nada es suficiente cuando se trata de mí. Cuando se trata de lo nuestro.

—¿Te das cuenta de cómo les das la vuelta a las cosas? —comienzo a decir—. ¿Qué se supone que haces por nosotros? Porque las dos últimas semanas he tenido que venir a tu casa para arrastrarte a la calle y que hagamos algo fuera de estas cuatro paredes. Nuestra relación se ha convertido en sexo y más sexo, Max. Solo hablamos para discutir, no nos enviamos mensajes, no nos llamamos, no salimos a comer ni a dar un paseo. ¿Se supone que a eso tengo que llamarlo *relación*?

—¿La señorita tiene quejas porque pasamos el día follando? —espeta con chulería—. Perdóname si es lo que más me apetece porque es el único momento en el que estás callada.

Me quedo paralizada. Nunca me había sentido tan humillada con apenas unas pocas palabras. ¿Se supone que tengo que merecerme esto? Max se ha convertido en una persona egoísta, mal hablada, cabezota... Ha cambiado en estos meses. No es el mismo y me temo que esto siga así durante todo el verano.

A la mierda con todo.

A la mierda con él.

—Estoy cansada de ser tu trozo de carne.

Cojo mi bolso de encima del escritorio y me marcho con prisa. Lo que menos quiero es encontrarme a alguno de sus amiguitos como una cuba vagando por la casa. La vida que tiene Max no es sana. Fuma, bebe y sale sin control. Al principio pensaba que mientras tuviera cuidado podía hacer lo que quisiera, pero se ha convertido en una obsesión para él y una pesadilla para mí. No salimos, ni siquiera podemos dormir juntos. Cuando llegamos a su casa, nos acostamos y después se pone algo de ropa porque van a venir unos amigos a tomar algo. Algunas veces me he quedado por estar más tiempo con él, pero no encajo en su ambiente y, al final, acabo volviendo a mi casa.

Soy una chica tranquila, de las que van con los auriculares puestos para desconectar del exterior. No soy una antifiestas, he ido a alguna que otra con él y con mis antiguas amigas, pero lo que él hace no se puede llamar *ir de fiesta*. Es beber como si al día siguiente se impusiera la ley seca y no pudiera probar el alcohol nunca más, es fumar lo que le pongan por delante. Es hacer... Vete a saber qué más hace, prefiero no pensarlo.

Durante estas tres semanas hemos discutido mucho y también nos hemos arreglado casi todas las veces. Casi. Pero lo de hoy me ha dolido más que cualquier otra cosa. Estoy cansada de la situación. Cansada de su actitud. Y cansada también de mí. A veces me gustaría mandarlo todo a la mierda e irme lejos. Desconectar del mundo y conectar conmigo misma. Lo necesito.

En el ascensor, saco los auriculares del bolso para escuchar algo de música. Los conecto al móvil y, al abrirse las puertas, me encuentro a Max de frente y con la respiración agitada. Ha

bajado los cinco pisos por las escaleras, y aunque mi corazón quiere dar un salto al saber que ha bajado a por mí, le regaño por ser tan iluso como yo.

Doy un paso hacia delante y él se aparta para que pueda salir del cubículo. Pero no tarda en pararme agarrándome suavemente del brazo.

—Eh, Ju. —Cierro los ojos con fuerza al escucharlo—. Sabes que no quería decir eso.

Me doy la vuelta y lo enfrento, soltándome despacio de su agarre.

—Puede que no quisieras, pero haces exactamente lo que dices. Esta relación ya... —Dudo de cómo decirlo—. Ya no es una relación.

—Quédate y hablemos. No puedes irte así.

Se acerca un poco más a mí y me acuna la cara entre sus manos. Estamos tan cerca que por un momento quiero subir y olvidarme para siempre de los últimos minutos. Quiero sentirme querida. Quiero sentirme arropada un instante, pero sé que él es como el aire. Me envolverá para después irse, dejándome completamente sola.

Ante mi silencio, se acerca hasta mi boca, y cuando nuestros labios se rozan, reacciono y giro la cabeza hacia un lado. Él se aparta como si se hubiera quemado y me mira con sorpresa.

—¡Me rechazas! —dice dolido.

—Lo que ha pasado arriba...

—Lo que ha pasado —me interrumpe con brusquedad— es que se me ha ido la lengua y he hablado sin pensar. Te he pedido una disculpa y tú a cambio me rechazas. No sé qué más quieres de mí, te estoy dando todo lo que tengo.

—Entonces tal vez deberías darme un poco menos.

Con esas últimas palabras, me marchó con rapidez. No quiero que vuelva a pararme y trate de convencerme de que me quede, porque entonces no sé si seré lo suficientemente inteligente como para negarme.

Sé que no somos buenos el uno para el otro. Sé que lo quiero y que por eso no puedo alejarme de él. Pero el amor termina apagándose tarde o temprano. Y el nuestro hace tiempo que comienza a tener cenizas.

En lugar de coger el autobús, decido ir andando a casa. Y aunque parezca una locura caminar estando a más de treinta grados de temperatura y sin un trocito de sombra, lo necesito para ordenar mis pensamientos.

Le doy al *play* a una canción de Lewis Capaldi y su voz me envuelve en unos segundos.

—*I let my guard down and then you pulled the rug. I was getting kinda used to being someone you loved...*

Con cada palabra que canta, siento que mi corazón se va encogiendo cada vez más. La presión en el pecho es tan latente que me obligo a cambiar de canción. Pongo *Señorita* y camino al ritmo sensual de la canción, tarareándola en voz baja.

Al llegar a casa, mi compañera de piso sale de la ducha y me mira con el ceño fruncido. No me esperaba hasta mañana. Iba a pasar todo el fin de semana con Max, pero ahora esos planes se han

esfumado.

Me encojo de hombros para restarle importancia. No quiero preocuparla y sé que lo haría si le contara lo que ha ocurrido. Llevamos cuatro años conviviendo y siendo amigas, así que sabe que si me quedo callada es porque lo necesito.

—¿Peli de miedo, palomitas y helado? —dice sonriente.

—Que sea de los Warren, por favor.

Corre hasta mí y me da un enorme abrazo. No se imagina lo afortunada que me siento de tenerla en mi vida.

Tormenta

Aiden

Llego quince minutos antes al trabajo. Tras saludar a Jordan, voy directo al cuartito de empleados para esperar a que sea la hora.

En otras circunstancias me habría puesto ya a trabajar, pero dado que doña María me echó la bronca la semana pasada por ponerme a hacer cosas diez minutos antes, no quiero tentar a la suerte. Es muy estricta con los horarios, y aunque tiene el ceño fruncido la mayoría de las veces que la veo, creo que en el fondo le caigo bien. Si no ya me habría echado.

Hoy hace un mes que empecé a trabajar. Es increíble lo rápido que pasa el tiempo cuando estás ocupado. El verano se me está escapando de las manos y lo único que he hecho ha sido estar en esta cafetería. No he ido a la playa con lo mucho que me gusta el mar, ni tampoco de compras porque me hacen falta unos pantalones, ni a las infinitas fiestas a las que me invita mi compañero de piso. Nada de nada. He estado perennemente en la cafetería.

Tampoco es que tenga mucho tiempo libre. Paso cinco días de la semana aquí metido y los otros dos estoy en casa investigando por Internet, escribiendo cartas o descansando. Ya lo sé, muy divertido no es, pero me aguanto. Por el momento estoy bien así, ya veremos los siguientes meses.

La puerta se abre y aparece Julia como un torbellino.

—Será cabrón... —gruñe.

Está mirando el móvil y no se ha dado cuenta de que estoy aquí. Teclea con fuerza sobre la pantalla y frunce el ceño. Me sorprende verla así, cabreada. No tiene la sonrisa de siempre, ni tampoco puedo ver su hoyuelo.

Termina de escribir y se lleva la mano a la boca para mordisquearse una uña. Parece impaciente por leer la respuesta al otro lado de la línea. Entonces alza la cabeza y se da cuenta de mi presencia.

—¿Hay que matar a alguien? —me atrevo a bromear para romper el hielo.

Me mira un tanto aturdida. Pensaba que sonreiría por la broma, pero me equivocaba. ¡Oh, oh! Algo está pasando. Algo muy malo.

—Me vendrías bien para ayudarme a enterrar el cuerpo. Pesa mucho para mí —contesta tras unos segundos de incómodo silencio.

Su móvil emite un sonido, pero ella no aparta su mirada de la mía. Ojeo disimuladamente su aspecto y algo se remueve dentro de mí. Tiene ojeras, su coleta está despeinada y lleva la camiseta al revés. Se habrá vestido esta mañana con tanta rapidez que no se habrá dado cuenta. Pero el caso es que ha llegado quince minutos antes, como yo, así que prisa no debía tener. Entonces, ¿huía de alguien? ¿De ese al que acaba de llamar cabrón?

Voy a decirle lo de la camiseta cuando bloquea la pantalla del móvil sin siquiera leer el mensaje que le ha llegado y lo mete dentro del bolso. Lo cuelga en el perchero y se sienta a mi lado en el banco que tenemos en el cuartito para descansar. Su olor a coco no tarda en invadir mis fosas nasales y sería un necio si negara que no he estado esperándolo. Como todos los días que hemos trabajado juntos. Todos y cada uno de ellos.

Ella, su olor a coco, su hoyuelo, esa risilla que a veces se le escapa... son parte del encanto que tiene este lugar. Se ha convertido en parte de mi rutina y ahora no lo puedo sacar de dentro de mi cabeza.

Tampoco es que quiera hacerlo, claro.

—¿Por qué sois tan complicados? —Clava sus ojos en los míos y yo le devuelvo la mirada un tanto confuso—. Los hombres.

Ah, vale. Ya lo entiendo. El ser humano y sus preguntas existenciales. ¿Qué puedo contestarle? Yo también suelo preguntármelo a veces.

—Es parte de nuestro encanto, supongo.

—Pues vuestro encanto apesta. Nos volvéis locas la mayoría de las veces y después no sabemos qué hacer o qué decir.

Sonrío un poco al verla frustrada. Creo que no se da cuenta de que está preciosa así, tan natural, tan espontánea. Tan ella en todas sus facetas.

—Y como me digas que las mujeres ya estamos un poco locas —vuelve a hablar—, te juro que te doy con la fregona en la cara. Sin escurrir, además.

Mis carcajadas salen con tanta fuerza que tengo que taparme la boca con una mano para evitar que toda la cafetería me escuche. ¿De dónde diablos ha salido ese carácter? Lo tenía muy bien escondido.

Durante el mes que he estado trabajando aquí, Julia y yo hemos congeniado muy bien. No solo es una estupenda encargada, sino que también es una persona increíble. Me acogió bajo su brazo desde el primer momento, y aunque me ha dado mi espacio, sé que no se ha separado de mí porque siente mi miedo. Ahora tengo un poco menos y todo gracias a ella. Hasta me arriesgaría a decir que nos hemos hecho amigos. O buenos compañeros de trabajo. Qué sé yo. Nunca se me ha dado bien eso de ponerles nombre a las cosas, soy de los que prefieren empaparse de la sensación que produce lo que me rodea. Sentir, así de simple.

Así que he visto algunas facetas tuyas, pero esta no y me sorprende. Por lo general es una chica tranquila y sonriente. La he visto intentar echarle la bronca a Jordan cuando liga con algunas

clientes mientras está trabajando, pero no dura más de un minuto con el enfado. No está en su naturaleza perder los nervios ni la paciencia.

Julia me mira fijamente y por un momento me siento cohibido. Intenta aguantar la risa, pero al final sonrío de forma tímida y niega con la cabeza.

—Perdona —comenta en voz baja—. Hoy estoy un poco estresada.

—Piensa que solo te quedan unas horas y serás libre. Mañana empiezan tus vacaciones.

—Yupi —murmura.

—¿Al final vas a ir al pueblo? Al de las fotos que me enseñaste desde tu móvil.

Sopesa mi pregunta. Mientras tanto, une sus manos en su regazo y las retuerce un poco. Algo le preocupa y me gustaría saber qué es para poder ayudarla. Es triste ver a alguien apagarse ante tus ojos cuando ayer estaba lleno de luz.

—No. Me quedaré aquí.

Se levanta nerviosa. Coge su mandil con torpeza y lo ata a su cintura, todavía de espaldas a mí. Evita mirarme y no sé por qué. Nosotros no funcionamos así.

Me levanto yo también y camino hasta situarme tras ella, aunque guardando un poco las distancias. No quiero asustarla. Por un momento estoy tentado a ponerle una mano sobre el hombro para que sepa que no está sola, pero algo me frena. No quiero pasarme de la raya y perder esta conexión que siento que se ha creado entre nosotros.

Me gustaría abrazarla y decirle que lllore si lo necesita. Que grite, que patalee, que haga lo que quiera, pero que lo deje ir porque, si se queda dentro, se terminará pudriendo y después será peor. Pero, por el contrario, me quedo muy quieto.

Nuestras respiraciones agitadas son lo único que se escucha en el pequeño espacio que nos envuelve. No sé en qué momento han empezado a alterarse, como tampoco sé por qué me acerco un poco más y respiro su olor. Cierro los ojos disfrutando de esta pequeña sensación, disfrutando un poco más de ella. De esta chica que altera mis sentidos cuando está cerca.

Y cuando abro los ojos, me encuentro con su atenta mirada. Ni siquiera me he dado cuenta de que se ha dado la vuelta. Nuestros pechos casi se tocan, nuestros alientos se entremezclan y tengo que evitar mirar sus labios.

Ella, por el contrario, sí lo hace, y me tiemblan las piernas.

Se acerca un poco más y aguanto la respiración cuando pone sus pequeñas manos sobre mi cintura. Atento a cada uno de sus movimientos, Julia aparta la mirada y la fija en mi pecho. No sé qué diablos estará pasando por su cabeza, pero no quiero que se detenga.

Entonces acerca su cabeza a mi pecho y me abraza con fuerza. Mis brazos reaccionan a su contacto y le devuelven el abrazo con el mismo ímpetu. La arropo con mimo, como si fuera de cristal, aunque en realidad sé que jamás podría romperse.

Y espero.

Espero a que pase la tormenta. A que se sienta preparada para comerse el mundo como cada mañana. A que se dé cuenta de que se ha aferrado a mi cuerpo como si fuera su salvavidas. A que

no se arrepienta de haberlo hecho.

Todavía siento las piernas temblar cuando, sin soltarme, alza la cabeza y me mira. Si antes pensaba que estábamos cerca, me equivocaba. Ahora sí lo estamos. Algunos mechones de su coleta despeinada me acarician la mejilla y me obligo a mantener los ojos abiertos para memorizar dónde empieza y dónde acaba cada línea de su rostro.

—Yo... —Se aparta muy despacio, acariciándome sutilmente en el proceso—. Lo necesitaba.

Doy un paso hacia atrás para darnos un poco de espacio. Creo que ambos necesitamos asimilar lo que acaba de pasar.

—Yo también —respondo con sinceridad. A decir verdad, no sabía que lo necesitaba hasta que he tenido su cuerpo pegado al mío.

El último abrazo que recibí fue de Erin antes de marcharme. Desde entonces, no he mantenido este tipo de contacto con nadie. Ni una caricia, ni un beso. Cero. Nada. Y lo cierto es que no me interesaba hasta ahora. Hasta que la he sentido. Ahora creo que querré más abrazos como estos a menudo, y no puede ser.

«No puede ser. Fin de la historia, Aiden. Has disfrutado mientras podías, ahora aguántate», piensa mi maldito subconsciente.

Cojo mi mandil y lo ato a mi cintura bajo su atenta mirada. Me está poniendo nervioso, pero trato de que no se me note. Si no, estaría perdido.

—¿Preparada para un nuevo día? —hago la pregunta que ella formula cada mañana, y consigo que sonría.

—Preparada.

Se suelta el pelo para hacerse de nuevo la coleta, esta vez bien hecha, y se dirige a la puerta.

—Esto..., Julia. —Se da la vuelta con una mano ya sobre el pomo—. Sé que hoy en día algunas personas visten un poco raro, pero no me suena haber visto a nadie todavía con la ropa al revés.

Mira hacia abajo y cuando se da cuenta de lo que le estoy diciendo, suelta esa risilla que tanto me gusta. Ahí estás de nuevo, Julia. Te echaba de menos.

Perdida

Julia

No puedo quitarme de la cabeza nuestro abrazo.

Ni siquiera las horas que paso en la cafetería, que normalmente me ayudan a desconectar, hace que lo olvide. Fue un impulso. Estaba deseando salir de esas cuatro paredes que parecían asfixiarme y de repente su pecho estaba demasiado cerca como para ignorarlo.

Y sucedió.

Y me devolvió el abrazo.

Aiden es tan cálido que lo único en lo que podía pensar era en por qué no lo había hecho antes. Necesitaba ese abrazo más que cualquier otra cosa. Las últimas semanas han sido una pesadilla y estoy segura de que lo que me espera no es mejor.

Pero tenía que pintarme la sonrisa en la cara y aparentar que todo iba bien, aunque por dentro fuese un auténtico desorden. Pensaba que lo disimulaba bastante bien hasta que he pillado a Aiden mirándome varias veces y algo me dice que no es por el abrazo.

Tal vez haya sido la camiseta al revés, que no haya querido una galleta de coco de mis preferidas cuando Lucía me la ha ofrecido o que no he regañado a Jordan cuando ha apuntado su número de teléfono en una servilleta y se lo ha dado a una clienta escondidas, como el que pasa droga. Sabe que algo me pasa, y aunque con él tengo una conexión que no he sentido con ninguno de mis compañeros, no quiero que vea esta parte de mí. La más vulnerable. La más perdida.

Así que cuando termina mi jornada y cerramos el bar para ponernos a limpiar, suelto un largo suspiro. Llevo cuatro años aquí y desde entonces no ha habido un día que se hiciera eterno..., hasta hoy.

De camino al cuartito para coger la escoba y la fregona, evito abrir el bolso y mirar el móvil. Una parte de mí quiere saber qué ha contestado, pero la otra quiere dejarlo estar porque no solucionará nada. Se va a ir a Ibiza con sus amigos toda una semana. Mi semana de vacaciones, para ser exactos. Llevo meses esperando esos siete días para poder relajarme y desconectar como para pasarlos ahora en esta ciudad porque todo lo que busque a estas alturas ya es demasiado caro. Pensaba que disfrutaríamos las vacaciones juntos intentando arreglar lo que sea que ocurrió entre nosotros la semana pasada. Pero me equivocaba.

Cojo lo que necesito y me olvido una vez más del móvil.

Aiden y yo pasamos los siguientes diez minutos poniendo orden en la cafetería en completo silencio. Mientras él limpia, yo lo dejo todo listo para esta semana que no voy a estar. Jordan se encargará de lo que haga falta, está más que preparado. Aunque no creo que aguante tanto tiempo sin venir por aquí ni una vez en toda la semana. Al fin y al cabo, no me voy a mover de la ciudad.

—Listo. ¿Nos vamos? —comenta Aiden.

Levanto la cabeza de los papeles que tengo delante y echo un vistazo por todo el espacio. Es cierto, está todo listo. Este chico lo hace cada vez mejor y más rápido. Como ya dije en su momento, un truquito por allí y otro por allá y tiene la cafetería en su bolsillo.

—Claro.

Lo guardo todo y voy a por mi bolso. Cuando lo cojo, me da la sensación de que pesa una tonelada. Maldito móvil y maldita curiosidad que no me deja tranquila.

Aiden hace lo propio y nos encaminamos a la puerta. Entonces nos damos cuenta de que está diluviando y que, por supuesto, ninguno ha traído paraguas. ¿Cómo es posible si esta mañana hacía un sol radiante?

—Vaya mierda de vacaciones. Empiezan bien —murmuro asqueada.

Aiden recorre toda la cafetería para meterse en el cuarto de empleados. Segundos después sale con un mandil entre sus manos. Se acerca hasta mí y se encoge de hombros.

—Es para ponerlo encima. Mañana lo devuelvo —aclara.

—¿Y para mí no hay?

—Es para los dos. Tú vienes conmigo. —Voy a replicar, pero vuelve a hablar antes de que pueda hacerlo—: En esto no hay discusión, cabezota. Lo de ahí afuera es el apocalipsis, no voy a dejar que caigas en sus garras.

Sonríe y me contagia. Ha querido llevarme a casa desde que nos conocimos y no le culpo. Él siempre viene en coche y el camino que escoge para ir a su casa pasa por mi calle. Más de una vez, en mi día libre, me he asomado por la ventana y lo he visto. Podríamos ir juntos, al fin y al cabo no le cuesta nada. Pero me parecía que era otro tipo de intimidad. Compartir trabajo y ahora, también, compartir coche.

Así que pasarme los siguientes diez minutos metidos en un cubículo escuchando su respiración, su música o los latidos frenéticos de mi corazón no es lo más ideal. No después de lo que ha pasado esta tarde entre nosotros. No es que tenga miedo... Bueno, sí. Tengo miedo de lo natural que me siento cuando estoy con él. De lo fácil que es ser yo misma.

Asiento con la cabeza al darme cuenta de que seguimos de pie, sin hacer ni decir nada. Mi mano sobre la puerta para abrirla y él con el mandil listo para enfrentarnos al apocalipsis.

Abro y salimos con rapidez. Por suerte, la cafetería tiene un pequeño saliente que hace que no nos mojemos. El resto es historia. Meto la llave en la cerradura y cuando me aseguro de que está todo perfectamente cerrado para evitar inundaciones, me giro y lo encuentro frente a mí. Muy cerca..., demasiado.

Mi corazón da un saltito y lo obligo a tranquilizarse. Solo está cerca porque no quiere que me moje. Nada más.

—¿Vamos? —pregunto con la voz un tanto áspera.

—Agárrate, así nos mojaremos menos.

Se acerca un poco más a mí y, sin pensármelo dos veces, me aferro a su cintura y pego su costado al mío. La electricidad de su cuerpo me traspasa y me da una sacudida desde los pies a la cabeza.

Agacho la cabeza. No puedo mirarlo. No quiero hacerlo porque entonces no podré dar un paso y quiero llegar a casa lo antes posible.

Aiden me sigue y juntos avanzamos hasta su coche que, por suerte, no está muy lejos. Apenas son dos minutos lo que tardamos, pero juro que se me han hecho eternos. Que he notado cómo cada terminación nerviosa sentía su calor. Cómo mi cuerpo se acomodaba más al suyo en cada paso. Cómo sus músculos no se han tensado ni un milímetro, como si esperara mi contacto. Cómo ambos estábamos tan cómodos que hasta podrían confundirnos con una feliz pareja.

Entonces me acuerdo de Max.

¿Qué diablos hago abrazando a otro chico cuando tengo novio? ¿Qué hago pensando en su cuerpo, en cómo sería estar juntos, en cómo...? Basta. No puedo seguir con esto.

En cuanto alcanzamos el coche y las luces indican que Aiden lo ha abierto, me lanzo a la puerta del copiloto para meterme dentro. Tengo la respiración agitada y no es por la carrera. Estoy agotada mentalmente. Necesito dejar de pensar antes de que me explote la cabeza.

Aiden no tarda en subirse al coche y arrancar. Está empapado, como yo. Trago saliva y aparto la mirada.

—¿Tienes frío? ¿Quieres que ponga la calefacción?

Niego con la cabeza. Ahora mismo tengo tanto calor que siento que podría convertirme en cenizas.

—¿Y música? ¿Quieres que ponga la radio? Igual la que yo escucho no te gusta y...

—La tuya está bien —lo interrumpo un poco brusca, pero él no dice nada. Lo único que quiero es que nos vayamos ya de aquí.

De camino a casa y por el tráfico que está causando la lluvia, nos da tiempo a escuchar algunas de sus canciones. Tiene un estilo que me gusta. Ed Sheeran, Maroon 5, Kelly Clarkson... Pero cuando empieza a sonar esa voz tan rasgada se me eriza la piel. James Arthur es único.

Los primeros acordes de la canción inundan el pequeño espacio. Cierro los ojos para empaparme de la sensación. Es preciosa.

—¿Cómo se llama? —pregunto alzando un poco la voz para que me escuche por encima de la música.

—*Falling Like The Stars*. Lo dice en el estribillo, escucha.

Sube un poco el volumen y comienza a cantar junto a James con voz suave. Es como si estuviera susurrando la letra.

*—And I need you to know that we're fallin' so fast, we're fallin' like the stars, fallin' in love.
And I'm not scared to say those words with you, I'm safe. We're falling like the stars, we're
falling in love...*

Definitivamente, estoy perdida.

Contigo

Aiden

Tardamos más de diez minutos en llegar a su calle. Diecisiete, para ser exactos.

Diecisiete en los que la he notado ausente, dolida, perdida. Como si algo en su cabeza no la dejara en paz.

Aparco lo más cerca de su portal para que no se moje demasiado al salir, aunque ambos estamos a estas alturas calados hasta los huesos. Apago el motor y espero a que se decida a hablar. No la presiono, jamás podría. Pero necesito escuchar su voz mientras se despide. Un escueto adiós. Un hasta luego. Algo. Lo que sea.

Pero no lo hace. Se queda callada mirando cómo las gotas de lluvia salpican el cristal del coche. Parece que mantiene una lucha interna sobre si irse o no. Y yo, por supuesto, no quiero que lo haga. Ahora, estando ella de vacaciones, se me hará muy raro no verla dando saltos por toda la cafetería. Sí, raro de cojones.

—Yo... —susurra—. Debería irme. Todavía tienes que llegar a casa y es tarde para que estés en la carretera con esta lluvia.

—No tengo prisa.

Por fin alza la cabeza y clava sus ojos en los míos. Puedo ver un ligero brillo en ellos, como si mi respuesta le hubiera gustado. Si me pidiera estar aquí toda la noche, lo haría.

—Estás empapado.

—Tú también. —Me encojo de hombros.

Me observa despacio, como si estuviera analizándome. Me mira los ojos, el pelo mojado sobre mi frente, la nariz... Y por último se detiene en mis labios. Veo cómo entreabre los suyos para coger una bocanada de aire y aparta la mirada con miedo.

—Voy a buscar las llaves para no tener que hacerlo bajo la lluvia —murmura buscando en el interior de su bolso—. Mierda.

—¿Qué pasa?

—No están.

Da la vuelta al bolso y vacía su contenido sobre sus piernas. Vuelve a meterlo todo, uno por uno, pero tampoco están. Empieza a ponerse nerviosa.

—Que no cunda el pánico —comienzo a decir. Me quito el cinturón de seguridad y me pongo de lado para poder verla mejor—. Cuando has salido esta mañana de casa, ¿las has cogido?

Parece sopesarlo, pero entonces niega con la cabeza.

—He salido con prisa.

Oh, sí. La prisa. Lo recuerdo. Su camiseta era una prueba de ello.

—¿Tienes una copia en algún lado? Bajo el felpudo o en una maceta, no sé.

—Mi compañera de piso tiene una, pero está de viaje. Vuelve mañana por la mañana. Voy a llamarla.

Coge su móvil y marca con rapidez. Su amiga tarda un poco en contestar, pero, cuando lo hace, la voz de Julia suena desesperada. Estoy atento a cada uno de sus movimientos. Frunce el ceño y se mordisquea una uña mientras escucha lo que le están diciendo al otro lado de la línea.

—Vale. No te preocupes, me las apañaré. —Se queda callada un momento—. Tranquila, no corráis en la carretera. Estaré bien.

Cuelga y vuelve a dejarlo dentro de su bolso.

—¿Puedes dejarme otra vez en la cafetería, por favor? —pregunta con algo de vergüenza.

—¿Tienes una copia allí?

Me mira y por un momento creo que me va a mentir. Pero susurra una respuesta negativa que me deja aturdido. ¿Para qué querrá ir allí si no...? A menos que...

—¿Vas a dormir en la cafetería? —Asiente con la cabeza—. No. Claro que no, Julia.

—No te estoy pidiendo permiso, Aiden. —Su voz suena tan autoritaria que me congelo en mi asiento. Pero no me pienso amedrentar.

—Te estoy dando otra opción que no sea dormir en el suelo de un local donde puede entrar el agua de la lluvia en cualquier momento. Además, ¿quieres que le dé un infarto a Jordan cuando mañana abra y vea a una persona allí durmiendo?

—No le dará nada porque le enviaré un mensaje. ¿Contento?

—Contento estaré cuando aceptes ropa seca y un sitio donde dormir.

Julia bufá, cansada de discutir. No es que a mí me encante estar así con ella. Pero debe entender que no la voy a dejar en la calle cuando hay espacio en mi casa, joder. ¿Tan difícil es que acepte sin más? No tiene muchas opciones donde elegir.

—¿Por qué eres tan cabezota? Ya me has llevado a casa, que es lo que querías y...

Espera, espera. Alto el carro.

—Nunca te obligaría a hacer algo que no quisieras —la interrumpo con voz seria—. Si he insistido algunas veces es porque no me gusta que te vayas andando sola a casa pudiendo llevarte. Somos compañeros, Julia. Solo quiero lo mejor para ti.

—¿Por qué?

—Porque me importas.

Por un momento temo haberme pasado, pero lo dicho dicho está. No voy a retirarlo. Solo he sido sincero. Me preocupa que algunas veces se vaya sola a casa cuando ya ha caído la noche. Sé

que es muy independiente y Dios me libre de cortarle sus alas, pero pensaba que le podía echar una mano a algo tan sencillo como llevarla en coche. La mayoría de las veces trabaja demasiado y sé que acaba molida cuando cerramos. ¿Qué tiene de malo facilitarle un poco las cosas?

Pero de ahí a que haga algo que no quiera... No. Eso sí que no. Jamás me lo perdonaría si eso pasara.

—No me obligas a nada —susurra.

—No importa —respondo del mismo modo.

Cojo una gran bocanada de aire y me pongo el cinturón. Será mejor que la lleve donde me diga, aunque me cueste. Es su decisión, voy a respetarla.

Arranco el coche y salgo de su calle. Pero, cuando voy a dar la vuelta en la rotonda, escucho su voz.

—Me quedaré contigo.

* * *

Esta vez no pongo la música. Ni tampoco hablamos. Desde su última frase, nos ha envuelto un silencio bastante incómodo, a decir verdad.

Una parte de mí siente que la estoy obligando. Que quiero que se quede en mi casa por beneficio propio. Dios, ni que me fuera a aprovechar de ella. Solo quiero que esté a salvo. Que sepa que puede contar conmigo cuando lo necesite. Pero es tan cabezota... Aunque ella diga que yo también lo soy.

Estaciono el coche en el hueco libre. Por suerte el alquiler incluye una plaza de garaje, así que no nos mojaremos de camino a casa.

—¿Estás segura? —me atrevo a preguntar.

Ella se quita el cinturón y se pone de lado para enfrentarme. Yo la imito. Nos quedamos uno frente al otro meditando cada palabra. Joder, nos conocemos desde hace un mes y esto no ha hecho falta hasta ahora. Los silencios, los ceños fruncidos, las inseguridades... Los miedos.

—Lo siento.

—No tienes que disculparte, Julia.

—Sí, quiero hacerlo. Llevo un día de mierda y lo he pagado contigo. Tú solo quieres ayudar y yo solo quiero...

Se queda callada y yo termino la frase por ella:

—Huir.

Aparta la mirada porque sabe que he dado en el clavo.

—Venga, anda. Vamos a por algo de ropa seca.

Asiente con la cabeza y salimos del coche. Mañana estará hecho un desastre por dentro, pero ahora mismo me da igual. Solo quiero llegar a casa y que podamos descansar. Esa es mi prioridad en este momento.

Esa y rezar para que mi compañero de piso no esté en casa. Últimamente está demasiado disperso y con bastante... compañía. Su habitación se ha convertido en una boca de metro. Lo bueno es que pasa tiempo en casa, y lo malo es que está muy hablador.

En el ascensor, su olor nos envuelve. No importa que esté mojada hasta los huesos, siempre olerá bien. Olerá a coco. Olerá a ella.

—Eh —acaricia levemente su mano con la mía tratando de llamar mi atención—. ¿Todo bien?

La miro y el mundo se detiene. Juro que se detiene. Sus mejillas sonrojadas, su coleta despeinada y mojada, sus ojos brillantes y sus labios rosados. Es más de lo que puedo soportar. Ahora mismo, lo único que siento es...

—Ven aquí —digo sin pensar. Porque, si no lo hago, nunca me atreveré y lo necesito. Lo necesito mucho.

Y sé que ella también porque no tarda en lanzarse a mí en un abrazo que nos deja sin aliento.

Miedos

Aiden

Nos separamos en cuanto escuchamos la campanita del ascensor para avisarnos de que hemos llegado. Ambos tenemos una pequeña sonrisa en la cara que se me esfuma en cuanto entro en casa y veo a mi compañero de piso en el salón comiéndose una pizza.

Mierda. Ojalá pudiéramos hacernos invisibles porque sé que no lo va a dejar pasar. Por suerte está absorto en lo que sea que esté viendo en la tele.

Cierro la puerta muy despacio y me llevo un dedo a los labios para pedirle a Julia que no haga ruido. Ella asiente con la cabeza y me sigue lentamente, apenas rozando el suelo. Pero el oído de mi compañero es supersónico y no tarda en mirarnos mientras sigue masticando su trozo de pizza.

Julia y yo nos paralizamos. Como pareja de incógnito no valdríamos nada.

—Es una chica —dice señalando a Julia—. Y está mojada.

Y hasta ahí la inteligencia de Bill, mi compañero de piso.

—Ya —murmuro.

—Pensé que eras gay. Nunca traes chicas a casa.

—Ya las traes tú por los dos —comento algo molesto.

Julia suelta una risilla y yo agarro su mano para llevarla hasta mi habitación. En cuanto nuestros dedos se rozan, siento una descarga de electricidad que me recorre todo el cuerpo y me deja paralizado.

No sé si ella también lo habrá notado. La miro y ella ya lo está haciendo. Sus ojos brillan de una forma distinta a como lo han estado haciendo desde que la conozco, y me deja un poco aturdido porque no logro descifrar qué ha cambiado.

Da un paso hacia mí y aprieta un poco mi mano entre la suya. Se me eriza toda la piel al sentirla tan cerca. No sonrío. Yo tampoco lo hago. Creo que no nos damos cuenta de lo serios que ambos estamos por lo que puede suceder si ella sigue acercándose más y más a mí.

—¿Os dejo solos?

La voz de mi compañero pincha la burbuja y ella vuelve a su posición inicial. Por un momento me siento avergonzado de haber entrado en trance delante de él. Lo que me faltaba es que ahora

me estuviera molestando por haber traído una chica a casa. Una chica que, además, me paraliza cada vez que la tengo cerca y que él acaba de verlo. Eso podría jugar en mi contra.

Puede que mi compañero y yo no tengamos mucha relación, pero últimamente pasa más tiempo en casa y creo que lo que pretende es que seamos amigos, o algo así, porque intenta mantener una conversación cada vez que nos vemos. Si hasta desayunamos juntos algunos días cuando me preparo para ir a la cafetería, y eso que él ni siquiera madruga.

—Soy Julia, su compañera de trabajo. —Su voz me saca de mis pensamientos.

—¿Compañera? —Su mirada se dirige a nuestras manos unidas—. Sí, ya. No hace falta que me mintáis cuando las paredes de esta casa son como el papel de fumar y podré escuchar lo que hagáis en la habitación. Aunque si queréis que suba el volumen de la tele solo tenéis que decirlo. No me pone eso de escuchar a escondidas, me va más la acción.

Palidezco en cuanto escucho toda la parrafada que ha soltado. ¡Qué cabrón! Cuando lo pille mañana a solas le voy a cantar las cuarenta. ¿Cómo se le ocurre insinuar eso? Joder, es Julia. Mi encargada. Mi compañera de trabajo. La chica que me gusta y que... Espera, eso no se lo voy a decir.

Con rapidez, alejo a Julia de las garras de Bill. Vamos hasta mi habitación y cuando estamos dentro, suelto su mano para cerrar la puerta con fuerza. Apoyo la cabeza sobre esta y suspiro. Con todas las noches que tiene la semana y Bill se tiene que quedar en casa justamente hoy.

Me doy la vuelta para enfrentar a Julia y, cuando la veo, está tratando de controlar la risa.

—No tiene gracia. Lo he pasado muy mal ahí fuera —susurro para que ni siquiera Bill pueda escucharnos a través de las paredes de papel.

Pero ella sí me escucha y empieza a reírse como nunca le había visto hacerlo. Su risa desinhibida, su hoyuelo que se marca a la perfección y sus mejillas teñidas de rojo solo hacen que sienta unas ganas irrefrenables de besarla. Los dedos me hormiguean por acariciar su rostro y acercarla hasta que nuestros labios se rocen, pero cierro los puños para evitar hacerlo y me dejo llevar por la imagen tan maravillosa que me está dando.

Dejo mi peso caer sobre la puerta y comienzo a reír con ella. He de admitir que su risa es contagiosa y que estaría dispuesto a pasar de nuevo por lo de hace un momento si el resultado es este.

—Perdona —dice una vez se ha calmado—. Tu compañero de piso es un buen fichaje.

—En realidad fue él quien me fichó a mí. Esta es su casa, yo solo alquilo la habitación.

—¿Os conocéis desde hace mucho?

—Poco más de un mes.

Voy hacia el armario y cojo algo de ropa para que pueda darse una ducha. Todavía estamos empapados de la lluvia y, si seguimos así, cogeremos una gripe.

—Toma —le tiendo una camiseta y un pantalón—. El baño está justo enfrente, puedes darte una ducha. Las toallas están guardadas en el armario blanco.

Julia deja su bolso sobre el escritorio con cuidado y coge la ropa que sostengo. Cuando lo

hace, sus dedos acarician los míos y ambos nos apartamos como si nos hubiéramos quemado.

Se separa un poco y me rodea para salir de la habitación. Yo me quedo anclado al suelo, sin saber qué hacer. Cuando estoy a solas, suelto el aire que estaba reteniendo en los pulmones.

—Mierda, Aiden. ¿Qué coño estás haciendo? —me reprocho en voz baja.

—Estás viviendo, pequeño saltamontes. Ya era hora. —La voz de mi compañero me sobresalta.

Me doy la vuelta y lo encuentro apoyado en el marco de la puerta. Tiene los brazos cruzados y una sonrisa de canalla en la cara. De fondo se escucha el ruido del agua de la ducha. Al menos Julia no escuchará nuestra conversación.

—Es solo una amiga —intento justificarme.

—Antes era tu compañera. Ahora es una amiga. ¿Va evolucionando como los *pokémon*? ¿Cuál es su tercera evolución?

—¿Estás comparando a una chica con los bichos esos con los que juegas? No creo que así ligues mucho.

—¿Eso significa que puedo ligar con Jimena?

—Se llama Julia —mascullo—. Y no, no puedes ligar con ella porque es mi encargada y porque te lo prohíbo desde este mismo momento.

—Me lo prohíbes. —Me mira fijamente. Está empezando a ponerme nervioso—. Ya...

Creo que no os lo he dicho, pero Bill tiene una mirada penetrante que me pone la piel de gallina porque nunca sé por dónde va a salir. Con su metro noventa de estatura, el pelo castaño alborotado, los ojos oscuros y la mandíbula marcada, es lo más parecido a un Christian Grey en versión joven que me voy a encontrar en la vida. Con sus defectillos, pero guapo el muy capullo. Y lo sabe..., claro que lo sabe.

—¿Podemos hablar de esto en otro momento? Julia está a punto de salir de la ducha y no quiero que nos vea hablando de ella. O mejor, ¿podemos no hablar de ello? Olvidar lo que acaba de pasar.

—Ni lo sueñes.

Sonríe y se va de mi habitación. Sabía que no lo dejaría pasar. ¿Por qué de repente se preocupa tanto por mi vida sentimental? Si hasta hace dos días no se acordaba de cómo me llamaba. Y yo creo que sigue sin acordarse porque ha cogido la manía de llamarme *pequeño saltamontes*. ¿Por qué? Es un misterio.

Cojo algo de ropa para darme yo también una ducha en cuanto salga Julia del baño. Después, cenaremos algo y a dormir. Lo que menos quiero es darle charla a mi compañero, es horrible cuando le dan cuerda.

—Ya estoy —dice Julia entrando en mi habitación con mi ropa puesta.

Se ha dejado el pelo suelto. Ahora cae en forma de hondas sobre sus hombros, haciéndola más joven de lo que ya parece. Mi ropa no le queda tan grande, al fin y al cabo, soy solo un poco más alto y corpulento que ella.

Sostiene entre sus manos la ropa mojada con algo de timidez. Es increíble cómo cambia cuando

sale de su zona de confort. No es la misma que se mueve de un lado al otro por toda la cafetería, ni la que atiende a los clientes con soltura, ni la misma de hace unas horas. Está distinta, menos ella. Y me preocupa. No quiero que se sienta incómoda a mi lado.

—¿Estás bien?

Ella asiente con la cabeza y sonrío un poco, aunque no lo suficiente para que me quede tranquilo.

—Es solo una noche —comento.

Vale, eso ha sonado muy mal. Mal y pervertido.

—Quiero decir... —Me rasco la nuca, sin saber cómo arreglarlo—. No se me dan bien estas cosas, ¿sabes? Traer chicas a casa, dejarles mi ropa y todas esas cosas.

—A mí tampoco que se me olviden las llaves y tengan que acogerme. Pero de todo se aprende, ¿no? —Sonríe y esta vez sí es auténtica. La que esperaba ver—. No te lo he dicho antes, pero gracias. A decir verdad, no me entusiasmaba quedarme en la cafetería. ¿Te ha contado Jordan que una vez entraron dos ratas y tuvieron que venir los del control de plagas porque no sabíamos de dónde habían salido?

—Me acabas de dar un motivo para no estar nunca solo por allí.

—¿Te dan miedo las ratas?

—Me dan miedo demasiadas cosas...

Julia me mira con atención. Sé que está tratando de descifrar qué he querido decir con eso, pero no hay nada escondido detrás. Hay demasiadas cosas en esta vida que me dan miedo. Y no me refiero solo a algo tan simple como una rata, sino a cosas peores. Que un día me despierte y lo haya perdido todo, hasta la esperanza. Que no sienta ese cosquilleo en la piel cuando la brisa me acaricie. Que no recuerde la sonrisa de las personas que quiero porque he estado fuera demasiado tiempo. Que un día me despierte y no tenga sueños.

Sí, eso sí me da verdadero pánico porque entonces dejaré de ser yo. Me perderé y no tendré fuerzas para encontrarme.

—Dame, la pondré a secar —digo pidiéndole su ropa mojada, y me la da. Con la otra mano cojo mi ropa limpia sobre el escritorio—. Voy a darme una ducha. Sé que es mucho pedir, pero ¿podrías quedarte en la habitación? Bill puede llegar a ser un poco pesado cuando se lo propone y creo que hoy es su día tonto del mes.

Julia asiente y me quedo un poco más tranquilo.

No recordaba que las noches fueran tan largas...

Locura

Julia

Escucho los pasos de Aiden desde el pasillo. Viene acelerado y no es de extrañar. Me ha pedido que me quedara en su habitación y no le he hecho caso.

Estoy en el salón con Bill. En cuanto escuchó que Aiden se metía en la ducha, vino corriendo a la habitación para invitarme a un trozo de pizza con queso de cabra. Mi preferida. ¿Cómo iba a decirle que no?

Aiden aparece en el umbral de la puerta y me mira con sorpresa. Después mira a su compañero y frunce el ceño. Bill le sonrío como respuesta.

—Tenía hambre —trato de justificar por qué estoy aquí y no en su habitación—. Y me aburría un poco. Bill es un buen conversador.

—¿Has oído bien? —se burla su compañero—. Soy un buen conversador. A ver si se te pega algo.

Aiden frunce más el ceño y yo lo rescato.

—Oh, venga. No seas así. Aiden y yo hablamos todos los días. Es inteligente y tiene un buen sentido del humor.

Bill se hace el sorprendido llevándose una mano al pecho de manera dramática.

—Me pinchas y no sangro —comenta.

Miro a Aiden y sé que está tratando de esconder una sonrisa, aunque no le está saliendo muy bien. Sabe que su compañero es un charlatán, pero que en el fondo no es mala persona. Le dejo un hueco a mi lado en el sofá, donde me he acomodado hace unos minutos, y le hago una señal con la cabeza para que se siente.

Cuando se acomoda en medio de los dos, el olor a su jabón me envuelve y me veo inhalándolo sin que ninguno de ellos se dé cuenta. Huele a fresco, a menta y a él.

Ambos comienzan a discutir entre risas y yo los miro embobada. Me gusta la fluidez con la que se desenvuelven. Se pican entre ellos, aunque Aiden es un poco comedido. Tiene algo de confianza con él, pero no la suficiente. Lo sé porque conmigo es él mismo y no como está siendo ahora. Es desconfiado por naturaleza y eso hace que piense primero lo que tiene que decir para no cagarla.

A excepción del ascensor. Creo que ahí se dejó llevar porque, si lo hubiera pensado un poco más, tal vez no me habría dado ese abrazo. Y tal vez ahora yo no estaría más pendiente de cada roce de nuestra piel que de lo que están hablando entre ellos.

Estoy sentada de lado, con un brazo sobre el respaldo del sofá y con las piernas encima. Y él está a mi lado, con las manos sobre sus muslos, como si no supiera dónde meterlas. El problema es que cuando se inclina sobre la caja de pizza para coger un pedazo, la camiseta se pega a su espalda y me revuelvo un poco incómoda en el sofá. Y el segundo problema sucede cuando vuelve a su posición inicial y mis rodillas acarician su pierna.

Sé que debería apartarme un poco, pero algo dentro de mí me dice que no estoy haciendo nada malo. Solo estamos sentados, y como no hay espacio suficiente en el sofá, nos estamos rozando. Nada más.

Intento desviar la mirada hacia otro lado. Pero entonces me topo con su lengua lamiéndose los labios por el trozo de pizza y se me seca la garganta. ¿Por qué estoy pensando en Aiden de esta forma? Es un buen amigo y compañero de trabajo. Es cierto que es divertido, amable, inteligente, atractivo y muchas más cosas, pero es... Aiden. No puedo mirarlo con otros ojos. No quiero hacerlo.

—¡Venga ya! Seguro que querrá. ¿Verdad, Julia?

La voz de Bill me obliga a apartar la mirada de la boca de Aiden. Me sonrojo al pensar que me ha pillado *in fraganti* y después le cuente cómo estaba babeando por él. Madre mía, qué vergüenza.

Carraspeo para que mi voz salga lo más normal posible y clavo mis ojos en él. Evito mirar a mi compañero de trabajo por miedo a que vea algo distinto en mí. ¿El qué? No tengo ni idea porque ni siquiera yo sé por qué ahora es distinto.

—¿Cómo dices?

—Dentro de tres días hay una fiesta en casa de unos amigos y me han invitado. Puedo llevar a quien quiera, ya sabéis eso de que, cuantos más seamos, mejor. Así que le estoy diciendo al aburrido de Aiden que podéis venir y él me está diciendo que no querrás.

Por un momento pienso en negarme, pero después recuerdo el mensaje que me envió Max esta mañana y me planteo ir. Mañana por la tarde cogerá un vuelo a Ibiza junto a sus amigos. Al final se irá donde él quería, solo que sin mí. Según él, era una oferta que no podía rechazar. Una semana allí. Una semana haciendo vete a saber qué. Una semana que me servirá para plantearme si de verdad quiero seguir aferrada a una relación que está muerta desde hace tiempo.

—¿Puedo llevar a una amiga? —pregunto después de unos segundos en silencio.

Bill se carcajea y le da un pequeño empujón a Aiden para divertirse. Su risa es contagiosa, pero se me borra la sonrisa cuando la pierna de Aiden se aprieta un poco más contra mis rodillas por el empujón. Clavo la mirada a ese punto, justo donde nuestra piel se roza, pues su pantalón se ha subido un poco y deja al descubierto parte de su piel.

Y se me eriza todo el cuerpo al ver que no se aparta.

—Puedes traerte todas las que quieras. Tus amigas son ahora mis amigas.

Aparto la mirada de ese punto y observo en Aiden. Necesito saber si él también va a ir. Me encantaría que Mara lo conociese. Son muy parecidos, se llevarían genial. Además, me apetece disfrutar un poco de mis vacaciones y pasar un rato con él fuera de las paredes de la cafetería, haciendo algo normal. Escuchar música, charlar, reír, tomar algo... Me gusta mucho la idea.

—No pienso ir si tú no vas también —afirmo con seguridad, y le brillan los ojos.

—¿De verdad quieres ir a una fiesta con este pesado?

El aludido se queja y le da otro empujón. Aiden entorna los ojos y se pone de lado, imitando mi posición y dándole la espalda a Bill.

Ahora no nos tocamos. Su rodilla está a unos centímetros de la mía, pero no importa porque la manera que tiene de mirarme es más intensa que mil roces de su piel. Sus pupilas dilatadas parecen perderse en la oscuridad de sus ojos y sus gruesos labios piden a gritos un beso robado.

—No tienes por qué ir si no quieres. A Bill se le habrá olvidado mañana.

—Capullo —masculla su compañero, y lo vuelve a empujar, esta vez por la espalda.

Su cuerpo se inclina hacia el mío con fuerza y en un acto reflejo alzo las manos para que no nos golpeemos la cabeza. De repente, siento que el calor de su pecho me abrasa, pero no me quiero apartar. A pesar de que mis manos están entre nosotros, sus labios han quedado muy cerca de los míos.

No quiero moverme.

No quiero respirar.

No quiero obsesionarme con sus labios.

Aunque creo que ya lo he hecho.

Esto es una locura. Una locura que me arde por dentro y que quiero dejar que salga por cada poro de mi piel, pero no puedo.

No quiero ser esa clase de chicas que engaña a su novio cuando se siente atraída por otro chico. No quiero ser la que destroce la amistad que Aiden y yo tenemos. No quiero ser la que eche todo a perder por algo que puede que solo esté en mi cabeza.

Me aparto con cuidado y dejo las manos sobre mi regazo. Agacho la cabeza y evito mirarlo. No puedo hacerlo.

—Será mejor que descansemos —susurro—. Ha sido un día muy largo.

—Prepararé la cama para que puedas...

—Bill me ha dicho que puedo quedarme aquí, en el sofá cama —lo interrumpo.

Aiden se levanta e inmediatamente siento que vuelvo a respirar. Me atrevo a mirarlo mientras retira los restos de pizza que hemos dejado encima de la mesilla. Está tranquilo, como si no hubiera pasado un tsunami entre nosotros hace un momento. Seguro que solo han sido imaginaciones mías y que él reacciona así porque... No sé por qué, la verdad.

Miro el sillón donde debería estar Bill, pero ya no está. De fondo se escucha el sonido del agua de la ducha. En algún momento nos ha dejado solos. Tal vez fue cuando nos quedamos tan

cerca por su culpa. Una parte de mí quiere creer que se sentía culpable y por eso ha huido. Pero la otra me dice que quería dejarnos intimidad.

Ninguno de los dos sabe que tengo novio y sé que eso podría solucionarlo todo. No más abrazos, ni roces, ni miradas cómplices. El problema es que no sé si estoy preparada para perder todo eso ahora que sé qué se siente al tenerlo. Es frustrante.

Aiden termina de recogerlo todo y me ayuda a montar la cama del sofá. Ambos estamos en completo silencio, y aunque nada me gustaría más que seguir charlando con él, ahora es momento de callar antes de complicar más las cosas. Porque sé que soy yo quien lo complica todo y no quiero que Aiden se vea envuelto en mis líos.

Lo mejor será que sigamos siendo amigos. Que sigamos siendo los mismos que éramos antes de que esta mañana me lanzase a sus brazos como si fuera la respuesta a todas mis preguntas y el bálsamo para todas mis heridas.

—Buenas noches, Julia.

—Buenas noches, Aiden —susurro, y apago la luz.

Distracción

Aiden

—Prepárame un café y dos zumos de naranja, *porfa* —me pide Jordan.

—Marchando.

Mientras los preparo, no dejo de pensar en esta mañana. Cuando me desperté, Julia estaba charlando con Bill en la cocina. Parecía más animada que la noche anterior. No voy a mentir y decir que no me sorprendió verla allí. Pensaba que se iría en cuanto se levantara, al fin y al cabo, su amiga llegaría temprano a casa. Pero me equivocaba.

Me estaba esperando para desayunar juntos. Bill no, por supuesto. Algunas mañanas tiene demasiada hambre como para esperar a nadie. Pasamos un rato agradable. Mi compañero parecía haber entendido que ni Julia ni yo nos íbamos a tirar al cuello del otro, así que ya no bromeaba ni me empujaba para acercarnos. Es como si lo de ayer no hubiera sucedido, solo que sí sucedió. Fue demasiado real como para borrarlo algún día de mi mente.

Todavía estoy buscando la explicación a todo lo que ha pasado. El abrazo en la cafetería, el del ascensor, nuestra discusión en el coche, nuestras manos entrelazadas, sus ojos mirando mis labios cuando pensaba que no me daba cuenta... ¿Qué diablos pasó? ¿Se alinearon todos los astros para que todo se pusiera en mi contra y que no pudiera apartarme de Julia? Porque, por mucho que lo intenté, no pude.

No tengo fuerza de voluntad. Esa es la conclusión.

No pude evitar pedirle el abrazo. No pude soltar su mano aun sabiendo que no estaba bien agarrarla así. No pude apartarme cuando el maldito Bill nos empujó y acabé tan cerca de ella que podía sentir su aliento en mis labios. Y lo peor es que, en lugar de dejarlo estar y olvidarlo, me estoy aferrando más a la idea de lo mucho que me gusta tenerla cerca. Pero sé que, si no freno esto, nos llevará a un punto donde no podremos salir.

Esta mañana mientras la llevaba a casa antes de ir a trabajar, hemos estado en completo silencio y se me ha hecho raro. No quiero que perdamos la esencia que desprendemos cuando estamos juntos. No quiero que se acaben las miradas, las sonrisas y las palabras entre nosotros. Porque entonces no me lo perdonaría.

—Me la llevo —aparece Jordan y coge la bandeja.

Hoy me toca quedarme tras la barra mientras él atiende a los clientes habituales que no se han ido de vacaciones. Cada vez somos menos, y aunque me preocupa que mi trabajo peligre porque seamos demasiados para un sitio tan pequeño, Jordan me ha asegurado que no tengo que inquietarme porque pasa siempre. Unos días está muerto y al otro parece que regalamos algo porque se llena completamente.

De cualquier modo, la mañana pasa volando y llega mi turno de descanso. Es la hora de la comida y, aunque me muero de hambre, tengo que atrasarlo un poco más. Ayer mi primo me envió un mensaje para que fuese a su casa a hacerle un favor. Pensaba ir anoche, pero con Julia en casa lo dejé para hoy. No tengo ni idea de qué querrá, pero sé que no me va a gustar. No es que nos llevemos mal, al menos no demasiado, es solo que cada uno tiene su vida y no nos necesitamos para nada. Somos muy diferentes y su círculo de amistades no es santo de mi devoción.

Aun así, conduzco hasta allí y aparco en el primer hueco que veo. Espero perder el mínimo tiempo posible y que pueda irme a comer pronto.

Toco el porterillo y me abren sin contestar. Subo los cinco pisos en el ascensor y cuando llego, la puerta está abierta. Infierno, allá vamos.

—¿Hola? —pregunto al no ver a nadie en el salón, donde normalmente suelen estar sus amigos.

Camino hacia el pasillo y veo a mi primo en la puerta de su habitación besándose apasionadamente con una chica. La forma en la que se están besando es tan salvaje que parece que lo vayan a hacer contra la pared de un momento a otro.

Me doy la vuelta con rapidez y vuelvo al salón. Debería de haberle mandado un mensaje para recordarle que iría y así no pillarlo tan... ocupado. Me quedo de pie, evitando sentarme en el sofá. Vete a saber qué han hecho ahí, como para sentarme.

Me acerco para mirarlo mejor cuando un carraspeo me hace dar un respingo. Me doy la vuelta y me encuentro con la chica de antes. Me sonrío mientras se atusa su increíble melena roja. Es muy guapa.

—Hola —saluda con voz chillona.

—Hola, soy Aiden. Tú debes de ser la novia de...

Mi primo cruza el umbral de la puerta y se carcajea. Se pone al lado de la chica y la abraza por la cintura con posesión. Ella parece encantada.

—Primo, primo. —Aparta la mirada de mi rostro y repasa el cuerpo de la chica de arriba abajo—. Cuánto te queda por aprender.

La chica suelta una risilla que más bien se parece al sonido de una rata. Los miro de hito en hito hasta que lo entiendo. No es su novia.

—Perdona. Pensaba que era tu novia. No sabía que habíais roto.

—Y no lo hemos hecho. Ella es una distracción, ¿verdad, cielo? —Le da una palmada en el culo y tengo que aguantar la arcada que me produce esta situación—. Ya sabes que soy muy disperso, primito.

«Y también un gilipollas», pienso. ¿Cómo puede ser tan miserable? Sabía que no era de fiar,

pero después de esto en lo único que puedo pensar es en el asco que me da. Doy gracias a Dios de no tener una relación más estrecha con él.

Él, al ver mi cara de espanto, se ríe aún más y le empieza a comer la boca a la chica delante de mis narices. Es una marioneta porque deja que él haga lo que quiera con ella.

—¿Me vas a decir para qué me has llamado? Entro a trabajar dentro de un rato y todavía tengo que ir a comer.

—¿Al final encontraste trabajo? —pregunta apartándose de la chica, parece sorprendido—. Da igual, iré al grano. Me voy de viaje una semana y necesito que estés pendiente del piso.

—¿No puede hacerlo alguno de tus amigos? —mascullo.

—¿Crees que te lo pediría si ellos pudieran hacerlo? —Golpe bajo—. Ellos vienen conmigo.

Bufo, cabreado por la situación. No me apetece estar pendiente de su casa. Ya tengo bastante con mis cosas. Todos tenemos problemas, ¿sabes? Y no se acaba el mundo si no se solucionan, aunque a veces lo parezca.

—No puedo estar pendiente de tus cosas.

—¿Quieres dinero, capullo? No te tenía por alguien así.

Le hace una señal a la chica y se marcha como alma que lleva el diablo. Da un portazo y nos quedamos a solas. Si esto hubiera pasado hace unos años, me habría meado en los pantalones. Él siempre me ha dado miedo, pero ahora solo me da pena porque tiene una vida de mierda y, lo que es peor, parece vivir a gusto en ella.

—Lo que quiero es que dejes de llamarme para pedirme favores —digo recordando cuantas veces me llamaba de niño para que le cubriese las espaldas. Ya me he cansado.

Él me mira desafiante, esperando que diga algo más. Yo no aparto la mirada. Quiero que sepa que no soy el mismo niño. Ahora soy un adulto y, si tengo que plantarle cara, lo haré.

Entonces hace algo que no espero. Suaviza la mirada y se sienta en el sofá. Estoy atento a cada uno de sus movimientos, no me fío ni un pelo. Pero, cuando me mira, no veo nada de chulería en él.

—Uno de mis amigos está teniendo problemas con su exnovia. Acaban de romper y ella tiene una copia de las llaves, así que pensamos que vendrá a por sus cosas esta semana y lo romperá todo. Tiene un carácter que ni el mismísimo demonio.

—Lo entiendo, pero no sé dónde encajo yo en todo esto.

—Necesito que vengas a echarle un ojo a la casa para saber si está todo bien. No te lo pediría si no la viera capaz de dejar la puerta abierta y que se meta cualquiera. —Se rasca la cabeza, parece preocupado. Nunca lo había visto así—. Hay okupas en la zona y, si se llegan a enterar de que aquí no hay nadie, perderemos la casa.

La cosa parece más grave de lo que pensaba. Suspiro con pesar. No quiero hacerle el favor porque no quiero verme involucrado en nada que tenga que ver con él ni con sus amigos, pero pueden jugarse el techo y eso no me gusta ni un pelo.

Así que acepto. Es solo una semana.

—¿Es suficiente con que mire si la puerta está cerrada?

—Oh, venga. Te voy a dar una llave, no te cuesta nada entrar. Ven.

Se levanta del sofá y se dirige al pasillo. Lo sigo y se mete en la última habitación. Cuando entro, uno de sus amigos está sobre la cama preparando la maleta para el viaje.

—Tío, este es mi primo. Se encargará de tu novia.

¿Eh? Yo no diría que vaya a hacer eso. Es más, no pienso hacerlo. Vendré, veré que todo está en orden y me iré. Punto final.

—¿Qué pasa, tío? —me saluda con la cabeza—. Gracias por el favor.

Me encojo de hombros. Supongo que ellos harían lo mismo por mí. Bueno, no. ¿A quién quiero engañar? Ellos no harían nada por mí. Ni yo tampoco les pediría jamás un favor.

—Mira, Aiden —me pide mi primo, y yo lo hago. Señala unas braguitas rojas de encaje sobre la estantería. ¿Quién tendría ropa interior de mujer a la vista de todo el mundo?—. Cuando vengas necesito que entres en esta habitación y mires si están. Si siguen aquí, la ex no habrá pasado.

—¿Cómo estáis tan seguros de que se las llevará?

Ambos se miran y sonríen.

—Son sus preferidas. Se las quité a propósito —comenta su amigo con una risilla.

—¿Y qué se supone que hago si entro para revisar la casa y la encuentro dentro?

—Tíratela, lo mismo la calmas.

Los dos comienzan a reírse por las palabras de mi primo. Me recuerdan a dos gorilas del zoo, solo les falta darse golpes en el pecho.

—Será mejor que te busques a otro —espeto, y me marcho de allí. Toda esta situación me está asqueando y ya he perdido demasiado tiempo.

—Espera, espera.

Mi primo corre por el pasillo y me agarra del hombro para impedirme que me vaya. Me suelto con brusquedad y me doy la vuelta para enfrentarme. Debo de parecer muy cabreado porque abre los ojos con sorpresa. No esperaba que me pusiera así y es normal. Siempre he sido el chico callado que acataba todo.

—Era solo una broma, Aiden. Si te la encuentras, te das media vuelta o dices que eres mi primo y te dejará en paz. Por favor.

—Está bien —finalmente, cedo.

Mi primo va a su habitación a por una copia de las llaves mientras espero en el salón. Esto no es una buena idea, lo sé. Pero, como soy tonto, pues he aceptado. No aprenderé nunca...

Con las llaves en el bolsillo, me marcho en busca de algo que sacie el hambre que tengo. A ver si mejora el día.

Errores

Julia

Desbloqueo la pantalla del móvil otra vez y deslizo la barra de notificaciones. Nada, ni un mísero mensaje de WhatsApp.

Max se fue con sus amigos hace dos días y la única respuesta que he tenido a los mensajes que le he enviado para saber si había tenido un buen viaje ha sido que quería desconectar esta semana de todo lo que tenía aquí. Incluida yo.

Me meto en la aplicación y bufo al comprobar que ha quitado la hora de su última conexión. Accedo a los estados y ahí está. Ha subido una foto a las 22:03. Hace exactamente un minuto. La observo y una sensación de tristeza me embriaga. Está rodeado de sus amigos tomándose algo en una terraza cerca del mar. Todos sonrían a la cámara y él está radiante con esa camisa blanca que realza su bronceado. ¿Por qué no puedo dejar de echarlo de menos? Y lo que es peor, ¿por qué no puedo quitarme de encima la sensación de que este viaje es parte de nuestro final?

No soy tonta. Sé que Ibiza es un lugar donde el sexo, las drogas y el alcohol abundan. No en toda la isla, claro. Pero sé que Max y sus amigos no se han ido a unas tranquilas playas. Aun así quiero confiar en él. Si quisiera hacer algo con otra chica, habríamos roto antes de irse, ¿no?

—Julia —dice Mara sobresaltándome.

Bloqueo el móvil y lo meto dentro de la pequeña mochila que llevo hoy. Alzo la cabeza y antes de mirarla ya sé lo que me voy a encontrar. Le prometí que disfrutaríamos de esta noche y voy a tratar de cumplirlo. Dejaré a un lado a Max, de verdad que sí.

—¿Falta mucho para llegar? —le pregunto al taxista.

Este me mira a través del retrovisor y me dice que en apenas unos minutos habremos llegado a nuestro destino. Mara, mientras tanto, saca un pequeño espejito de su bolso y se retoca el pintalabios, aunque sabe que lo tiene perfecto. El color rojo le sienta muy bien por la tez morena que tiene. A veces la envidio por tener tan buen color durante todo el año, mientras que yo soy demasiado pálida para mi gusto, aunque al final una acaba acostumbrándose.

Se atusa su melena castaña y se recompone su vestido blanco. Está preciosa, aunque a veces se sorprenda cuando se lo digo. No está acostumbrada a los elogios, así que cada vez que puedo se lo digo. Es una persona increíble tanto por dentro como por fuera, pero un poco insegura.

—Déjate ya el pelo. —Aparto con suavidad su mano. Así no conseguirá que le duren las ondas que tanto ha tardado en hacerse—. Estás perfecta.

—Tú también. Te queda bien la trenza. Pareces la de *Frozen*, pero en morena.

Me regala una sonrisa deslumbrante y yo se la devuelvo. Aunque no voy tan arreglada como ella, me siento cómoda y a gusto, que es lo importante. He optado por unos pitillos negros ajustados y una blusa fina de color azul que deja la mitad de mi espalda al descubierto. Tampoco llevo tacones como ella, solo unas sandalias a juego con la blusa y una pequeña mochila que será mi fiel compañera esta noche. En cuanto al maquillaje, solo me he puesto un poco de rímel y mi pintalabios rosa favorito. Me gusta la sencillez.

El conductor nos avisa de que hemos llegado. Le pagamos y al salir nos encontramos con una enorme casa con vistas a la playa. Mara y yo nos quedamos boquiabiertas. Es la primera vez que voy a esta zona de la ciudad, ya que nunca se me ha perdido nada allí. Es una zona con categoría cuyas casas están bastante alejadas las unas de las otras, pero lo mejor es el paisaje. Es verde por la hierba y azul por el mar. Precioso.

Mara me agarra de la mano y nos conduce al interior de la casa. La puerta está abierta, así que puede entrar cualquiera. No creo que sea lo más recomendable, se podría colar todo el mundo.

—Deja de analizarlo todo y disfruta. ¡Estamos en una fiesta! —grita sobre la música que, a medida que avanzamos, es cada vez más fuerte.

Desde que le dije que Bill nos había invitado a la fiesta de unos amigos, Mara se volvió loca. Las últimas veces que hemos hecho algo juntas ha sido ver películas y comer helado. Es verdad que es triste porque vivimos juntas y eso nos da más oportunidades de divertirnos, pero entre mi trabajo y su ajetreada agenda con sus padres, es difícil disponer de un día entero. O como ahora, de una noche entera.

En cuanto llegamos al salón, Mara se marcha a por unos refrescos. Me pongo a un lado para no entorpecer a la pareja que baila como si fueran zombis con un ataque epiléptico y busco a Aiden con la mirada.

Desde que me dejé en casa aquella mañana no he vuelto a saber nada de él. No me he atrevido a mandarle un mensaje para saber si estaría aquí y ahora me arrepiento. ¿Y si no ha venido? ¿Y si Mara encuentra a algún chico con el que pasarlo bien y yo me quedo aquí sola y aburrida? No suelo ser muy sociable, que digamos. En la cafetería me resulta sencillo tratar con las personas, pero aquí me siento como pez fuera del agua.

—¿Escondiéndote de alguien? —susurra una voz en mi oreja.

Con el corazón en la boca por el susto, me doy la vuelta y me encuentro con Bill. Un Bill que parece un poco borracho porque es incapaz de mantenerse quieto.

Se acerca hasta mí con brusquedad y me planta dos besos en las mejillas. Me quedo aturdida por su efusividad. Que le gusta coquetear es un hecho, ya lo intentó conmigo mientras desayunábamos aquel día en su cocina, pero no se había acercado tanto como hoy.

—Si buscas a Aiden, debe de estar por... —Mira la masa de cuerpos que tenemos al lado y

niega con la cabeza—. He perdido a mi pequeño saltamontes.

Suelto una risilla. Me hace gracia que lo llame así, aunque ni él mismo sepa el motivo.

—Estás aquí —dice Mara a mi espalda. Me doy la vuelta y cojo el refresco que me tiende. En esta casa hace demasiado calor—. ¿Y tú quién eres?

No me da tiempo a presentarlos porque Bill se acerca a darle un abrazo y dos besos. Mara le responde con el mismo ímpetu y, si no fuera porque llevamos en la fiesta menos de cinco minutos, pensaría que está bebida. No es dada a las muestras de afecto y menos en público.

En cuanto se separan, la miro sin dar crédito. ¿Qué está pasando aquí? Ella me responde con una gran sonrisa y se acerca más a Bill, que no tarda en rodear su cintura con el brazo.

—Es Bill —dice ella señalándolo, como si eso explicara que se esté comportando así—. Mi mejor amigo del colegio.

—Fui su primer novio —comenta él sacando pecho.

No doy crédito a lo que estoy viendo ahora mismo. ¿El compañero de Aiden fue el primer novio de Mara? Esto es una clara prueba de que las coincidencias existen.

—No nos vemos desde los doce años. ¿Qué ha sido de ti todo este tiempo, chico bueno?

Bill mira sus labios y chasquea la lengua. Le gusta, se ve a la legua, y a Mara también porque no se ha apartado desde que la agarró. Se la ve a gusto, tranquila. En su salsa.

—Ya no soy tan bueno. —Suelta una risilla y después me mira—. ¿Te importa que te la robe un rato? Aiden tiene que estar por alguna parte. Mándale un mensaje y vendrá corriendo.

Me guiña un ojo y se marchan todavía agarrados. Genial. ¿Qué se supone que voy a hacer ahora toda la noche?

Una parte de mí quiere buscar a Aiden porque sé que, con él, la fiesta será diferente. Con él las cosas son más fáciles, más fluidas. Pero la otra parte quiere dejar que vuele libre, que no se prive de pasarlo bien con otras personas por estar conmigo.

Salgo del salón y me voy a la terraza. Nada más salir, el inmenso mar me golpea y me deja sin aliento. La luna llena se refleja sobre el agua y la leve brisa me acaricia, sofocando el calor que tenía minutos atrás.

Dejo el refresco sobre la madera que rodea la casa y saco el móvil de la mochila para hacer una foto. Pero no llego a hacerla porque me quedo paralizada cuando veo una notificación. Max me ha escrito un WhatsApp.

Lo abro y los segundos que tarda el móvil en reaccionar se me hacen eternos. No tengo ni idea de lo que me voy a encontrar. ¿Me estará dejando por mensaje? ¿Estará con otra chica? O lo que es peor, ¿le habrá pasado algo?

Esto es alucinante, Ju.

Te echo de menos.

Se me seca la boca nada más leerlo. Ni en mis mejores sueños hubiera pensado que me diría algo así. Con el corazón en un puño, le pido algo que sé que no va a hacer por más que lo intente.

Entonces vuelve, por favor.
Podemos buscar algo y escaparnos unos días.

Necesito esto.

—Y yo te necesito a ti —susurro acariciando la pantalla.

Max sigue en línea mientras sopeso qué decirle. No sé qué responderle. Sé que puede resultar egoísta pedirle que vuelva, pero necesito creer de nuevo en nosotros. Que podemos superar este maldito bache que no para de ponerse en nuestro camino y que lo complica todo cada vez más. Necesito recuperar la fe en el amor antes de pensar que no es más que una pantomima que nos inventamos para sentirnos queridos.

Entonces me atrevo a dar el salto que nos puede llevar de vuelta adonde empezamos, o hacerme caer en lo más profundo. Tecleo mi siguiente respuesta con seguridad.

¿Y si cojo el primer vuelo que salga a Ibiza?

Todavía estamos a tiempo de disfrutar juntos de mis vacaciones 😊

Max no tarda en leerlo, pero se desconecta inmediatamente. Comienzo a mordirme una uña impaciente. Seguro que se lo está contando a sus amigos para avisarlos de que voy para allá.

Dios, tengo que ver cómo están los vuelos para Ibiza. Probablemente costarán un ojo de la cara, pero quiero arriesgarme y salvar nuestra relación.

El móvil no tarda en sonar, pero esta vez es una llamada. Max me está llamando.

—¿Qué me dices? —digo con alegría nada más descolgar—. Meto algo de ropa en la maleta y voy para allá. Estaré allí mañana y...

—Julia —me interrumpe con voz seria. De fondo se escucha la música, probablemente esté de fiesta—. No quiero que vengas.

Su respuesta me paraliza y toda la felicidad que tenía por la idea de poder vernos se esfuma con el viento.

—Me has dicho que me echabas de menos.

—Sí, pero... Mierda. —Bufa—. No pensaba que me propondrías eso.

—¿Y qué querías que hiciera? Ya que no vas a volver, iré allí y pasaremos tiempo juntos. Lo necesitamos, Max. Nuestra relación no es la misma y quiero creer que tiene arreglo.

—¿Y no puedes elegir otro momento para arreglarlo que no sea viniendo aquí y fastidiándome las vacaciones?

—¿Fastidiarte las vacaciones? —suelto con brusquedad—. Cuando planeamos una escapada propusiste que los dos fuéramos allí. Pero, claro, eso era antes de que decidieras irte con tus amigotes.

Sé que estoy perdiendo los nervios y que, cuando Max se siente acorralado, reacciona. Pero no puedo dejar que me maree de esta forma. Primero sí, luego no... Estoy agotada con tanta tontería.

—¡Yo también tengo derecho a salir con mis amigos! —grita fuera de sí—. Que tú seas una amargada no implica que yo también tenga que serlo. Tengo una vida y, si no quieres estar en ella,

ya sabes dónde está la puerta.

—¿Estás rompiendo conmigo? ¿Por teléfono?

—Estoy diciendo que necesito mi espacio y tú no me lo das.

—Te has ido de vacaciones a miles de kilómetros de distancia, te vas de fiesta casi todos los días cuando estás aquí —comienzo a enumerar cada cosa que hace con voz calmada. Creo que ambos hemos perdido demasiado los nervios—. Apenas pasamos una noche juntos a la semana y, cuando quiero hacer algo normal contigo, desapareces porque tienes otros planes. No hablamos por teléfono, no comemos ni cenamos juntos, no vamos al cine... Ni siquiera sé la última vez que me diste un beso porque sí, no porque quisieras acostarte conmigo.

Suspiro y me obligo a contener un sollozo. Se me escapa una lágrima y la retiro con rapidez de mi mejilla. No quiero llorar y mucho menos quiero que me escuche hacerlo. Trago el nudo que tengo en la garganta y vuelvo a hablar.

—Mi error ha sido darte tanto espacio, Max.

—Y mi error es estar tan enganchado a ti como un estúpido.

Cuelga y cierro los ojos con fuerza, sabiendo que lo nuestro no tiene arreglo.

Amor

Aiden

Sé que las fiestas no son lo mío y aun así he venido. Soy masoquista, lo sé.

Hace unas horas que he perdido a Bill de vista y, entre tanta gente, no sé si Julia está aquí. Supongo que se habrá echado atrás porque, de haber venido, la habría visto. La casa es grande, pero no tanto.

Estoy cansado de beber tantos refrescos y me estaba quedando medio dormido en la hamaca que tienen al lado de la piscina cuando una pareja ha decidido que mi cuerpo era más cómodo que un colchón para montárselo. Se me han echado encima, lo juro. Así que no me ha quedado más remedio que salir corriendo de allí.

Ahora me encuentro buscando a Bill por toda la casa para decirle que me voy, por si quiere que lo lleve. Hemos venido en mi coche porque de los dos, era yo el que no iba a beber.

Busco en la planta baja... Nada. Incluso en la preciosa terraza con vistas al mar que ya me gustaría haber descubierto antes. Pero tampoco, está desierta. Qué desperdicio de belleza. Subo las escaleras y miro en las habitaciones con cuidado, ya he tenido bastantes sorpresas con la pareja de la piscina. Por último, subo a la buhardilla para comprobar que esté allí y me encuentro a una chica. Está saliendo de la habitación con cuidado. Tiene una blusa que deja la espalda al descubierto y me quedo absorto en el pequeño tatuaje que tiene en la nuca. Es un avión de papel.

Cierra con un suave clic y, cuando se da la vuelta, ambos nos quedamos de piedra. Es Julia. ¿Qué hace saliendo de allí como si no quisiera que la pillaran?

Entonces la puerta se abre y Bill asoma la cabeza. Está despeinado y sin camiseta. Oh, Dios, no. Dime que no se han acostado, por favor.

Julia se da la vuelta y, cuando lo mira, se sonroja. Se me revuelve el estómago de inmediato. Pensaba que a Bill no le interesaba, pero me equivocaba. ¿Por eso aceptó venir a la fiesta? ¿Para estar juntos? Joder... ¿Cómo he podido estar tan ciego?

—No he visto nada —dice ella de forma atropellada.

—Julia. —Bill sale de la habitación e intenta acercarse, pero ella se aleja como si quemara.

—Tengo que borrarlo de mi mente —murmura fuera de sí—. Borrar, borrar...

Se masajea la sien mientras corre escaleras abajo. ¿Qué demonios ha pasado aquí?

Bill me mira y se encoge de hombros restándole importancia. Cuando voy a hablar para pedirle una explicación, me da la espalda y se mete dentro de la habitación.

Confuso, vuelvo a la fiesta para buscar a Julia. ¿Cómo es que ha estado todo el rato aquí y no la he visto? «Fácil, Aiden. Porque ha estado muy ocupada con Bill», piensa mi subconsciente, y estoy tentado a mandarlo a la mierda.

No debería sentir el pellizco en el pecho que tengo desde que los he visto juntos. Julia y yo somos amigos. Los dos días que hemos pasado sin vernos me han servido para reflexionar acerca de lo que pasó entre nosotros y mi conclusión es que no hay un *nosotros*. Todo han sido imaginaciones mías. Me dejé llevar porque hace mucho tiempo que no estoy tan bien con una chica. En Irlanda tenía dos amigas maravillosas con las que pasaba la mayor parte del tiempo. Desde que fui allí con dieciséis años y Erin se convirtió en mi vecina, no pasaba ni un día sin pisar su casa. Ellas eran sus nietas, así que nos convertimos en mejores amigos casi desde el primer instante.

Pero ahora ya no las tenía cerca. Lo más parecido a una amiga era Julia, y como con ellas tenía mucha confianza, me está pasando lo mismo con Julia..., o eso creo.

La busco por todas partes y finalmente la encuentro en la terraza. Me acerco despacio para no asustarla y la escucho carcajearse. ¿Qué mosca le habrá picado ahora?

—¿Qué es tan divertido? —pregunto al llegar a su altura.

Julia se calla de golpe y me mira con los ojos brillantes por la risa. Cuando se da cuenta de que ha estado riéndose como una loca, se sonroja.

—No me creerás si te lo cuento. ¿Sabías que Bill y Mara ya se conocían?

—¿Tu compañera de piso? —Asiente con la cabeza—. No tenía ni idea.

—Y no solo eso. —Se da la vuelta dándole la espalda al mar, y se apoya sobre la valla de madera—. Fueron novios.

—¿Bill con novia? ¿De verdad?

No me imagino a mi compañero de piso con novia. A decir verdad, no me lo imagino con ningún tipo de compromiso. Según él, es un espíritu libre que tarde o temprano caerá en las garras del amor, pero no será ahora.

—Sí. Y digamos que he pillado su fogoso reencuentro. —Suelta una risilla—. Aunque en mi defensa diré que estaba buscando el baño. El de abajo estaba ocupado y pensé que arriba habría otro. Si te cuento cómo los he encontrado...

—Oh, tranquila —comento apoyándome también sobre la madera, a su lado—. Te olvidas de que vivo con él. Lo he visto en situaciones bastante comprometedoras.

—¿No fastidies?

Ambos nos miramos tratando de aguantar la risa. Pero es imposible cuando se trata de las cosas que hace Bill. Son vergonzosas, sí, pero también graciosas. Si no estuviera todo el tiempo como los conejos, no nos estaríamos riendo a su costa ahora mismo. ¿Qué? Es el precio que tiene que pagar por manchar nuestras mentes con la imagen de él desnudo.

Cuando paramos de reírnos, nuestros ojos conectan y no puedo soltarme. O no quiero, más bien. Llevo toda la noche esperando saber si estaba en la fiesta, y ahora que la tengo delante, no sé qué decir ni hacer.

—¿Llevas toda la noche en la fiesta? —pregunta, y asiento—. ¿Y dónde te habías metido?

—Puede que me haya quedado un poco dormido en una de las hamacas.

—¿En serio? Dios, Aiden, eres de lo que no hay.

Niega con la cabeza y yo me encojo de hombros. ¿Para qué voy a edulcorar la verdad? Es mejor ser sincero.

—¿Y tú? ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Aquí mismo. —Se da la vuelta y observa el mar—. Es precioso, ¿verdad?

—He descubierto este lugar cuando he ido a buscar a Bill. El olor a mar me recuerda a Irlanda.

—¿Lo echas de menos?

—No sabes cuánto.

Cierro los ojos con la esperanza de que el olor me traslade allí un instante. Solo necesito uno para sentirme vivo, sentirme yo mismo. Sentir que estoy otra vez en casa, como si nada hubiera pasado. Como si, en realidad, esta ciudad no me estuviera consumiéndome por dentro.

—¿Por qué volviste? —Su suave voz me hace abrir los ojos—. Pareces feliz cuando piensas en ello.

Cojo aire y lo suelto muy despacio.

—Pensé que las cosas serían distintas, pero me equivocaba. Son más difíciles. —La miro y ella me devuelve la mirada sin comprender nada de lo que he dicho. Es normal, a veces ni yo mismo me entiendo—. Volví para ayudar a alguien de allí, pero ahora no creo que sea tan buena idea.

—¿Y cómo puedes ayudarle si estás tan lejos?

—Porque lo que necesito está aquí.

Esta vez asiento con la cabeza clavando sus ojos oscuros en los míos. No sé si será la forma que tiene de mirarme, el sonido del mar de fondo o la brisa que nos acompaña, pero hoy está más preciosa que nunca. De la trenza se le escapan unos mechones y le acarician la mejilla. Me dan envidia porque me encantaría ser yo quien lo hiciera.

—¿Y tú? —pregunto para desviar mis pensamientos—. ¿Tienes un lugar especial? ¿Alguien lejos al que echas de menos?

Mi pregunta la incomoda porque su cuerpo comienza a moverse de forma nerviosa. Coloca los mechones sueltos tras la oreja y se mordisquea una uña. Me mira con cautela, como si no supiera si contármelo o no.

Permanezco callado, dándole el tiempo suficiente para que se decida.

—Siempre he vivido aquí. Mi padre trabajaba en el mar y nunca estaba en casa. Mi madre sí, pero era como si no estuviera. Pasaba las horas frente a la televisión y se olvidaba de todo. Podía

pasar días enteros viendo su telenovela favorita, solo se levantaba del sillón para hacer algo de comer hasta que crecí y empecé a hacerlo todo yo sola.

Observo cómo su rostro va cambiando con cada cosa que me cuenta. Le entristece contar todo esto, pero necesita dejarlo ir. Así que continúa con su discurso y yo la escucho con atención.

—Un día fui a la habitación de mi madre y no estaba. Había una nota en la mesa donde decía que había ido a comprar, pero nunca volvió. —Retuerce sus manos, como si lo que estuviera a punto de decir la desgarrase—. Tuvo un accidente de coche y murió. Nunca supimos qué pasó. Mi padre volvió para enterrarla, pero después siguió con su trabajo. Entonces tenía dieciocho años y podía cuidar de mí misma. Busqué un trabajo y conocí a Doña María y a Mara. El resto es historia. Ellas son mi familia.

Su confesión me pilla desprevenido. No era lo que esperaba. Siempre he pensado que Julia había tenido una infancia feliz y por eso ahora es como es. Alegre, sonriente, amigable..., pero me equivocaba. Pasar por eso no tuvo que ser fácil. Más aún si todavía piensa en ello y le duele tanto. Puede que hayan pasado años de lo ocurrido, pero la herida sigue abierta, aunque intente esconderla de los demás.

—Eres una luchadora —susurro.

Ella niega con la cabeza.

—No, en serio —digo esta vez en voz alta—. Has luchado durante cuatro años con la odiosa máquina de café que tenemos en la cafetería, has visto a Bill desnudo y no te has quedado traumatizada y has sobrevivido a esta fiesta sin quedarte dormida como yo. Tía, eres genial.

Comienza a reír y es magia para mis oídos. Podría quedarme aquí toda la eternidad. La noche, el mar, su risa... Querría congelar este momento y guardarlo para siempre en mi memoria.

—Eres increíble, Aiden. —Deja de reír y suspira—. ¿Puedo pedirte un consejo? Como amigo, ya sabes.

—Claro.

—¿Has tenido alguna vez una relación en la que sintieras que todo está acabado, pero que aun así no puedes dejar de intentar arreglarlo? Como si algo te empujara a seguir día tras día, a pesar de que conoces el final.

Su pregunta me deja un poco descolocado. He tenido dos relaciones en mi vida y no salieron muy bien. La primera fue antes de marcharme de aquí, con dieciséis años. Fue un amor de instituto con el que tuve mis primeras veces. Besos, caricias, sexo, discusiones... Todo lo habido y por haber. Pero me tuve que ir y todo se fue al garete. La segunda fue hace tan solo un año, en Irlanda. Apenas estuvimos dos meses, pero fue bonito mientras duró. Nos empeñamos en que funcionara cuando sabíamos que, en realidad, no estábamos hechos el uno para el otro.

—He tenido varias relaciones, pero nunca me he sentido así. Pensarlo es... —Busco qué palabra escoger para no hacerle daño, pero ella termina la frase por mí.

—Triste, lo sé. Llevo unos meses luchando por una relación que está muerta —confiesa.

Por un segundo, dejo de escuchar a mi corazón. No tenía ni idea de que Julia tuviese novio. Es

más, nunca lo ha dicho o insinuado. Siempre se ha mostrado abierta con todo el mundo, pero esto... Esto es toda una sorpresa y todavía estoy tratando de averiguar por qué me importa tanto.

—Sé que pensarás que soy estúpida, pero a veces creo que no lo he dado todo y por eso sigo intentándolo.

—No pienso que seas estúpida, Julia. —Bufo. Jamás pensaría eso de ella. No soy quién para juzgar—. ¿Quieres mi opinión? ¿Es eso?

—Sí —susurra.

—No soy un experto en estas cosas. De hecho, si lo pensamos bien, ¿qué sé yo de relaciones? —Me encojo de hombros y la miro a los ojos. Parece perdida, como si no encontrara el rumbo y yo fuese el faro que la va a guiar hasta la orilla—. Lo que creo es que te empeñas en darlo todo en tu relación y al final te olvidas de dejar algo para ti. Y las relaciones no tienen por qué ser así, todos estamos equivocados. No tenemos que quedarnos vacíos porque sabemos que lo que damos después nunca lo recuperamos intacto. Hay veces que incluso ni lo recuperamos y, si nos perdemos a nosotros mismos, no tenemos nada por lo que luchar después.

Julia se queda callada y no sé si me he pasado. Podría mandarme a la mierda y lo aceptaría. Hasta yo mandaría a la mierda a alguien si viene a decirme cómo debo llevar mi relación. Pero ha pedido mi opinión y, aunque no le guste, es esa.

—Dime algo, Julia. —Trato de llamar su atención y ella no duda en mirarme en cuanto pronuncio su nombre—. Cuando escuchas la palabra *amor*, ¿qué es lo primero que te viene a la cabeza? No lo pienses mucho, di lo primero que se te ocurra.

—Constancia.

—¿Y crees que tienes eso en tu relación? —Abre la boca, pero no la dejo responder—. Dime una segunda palabra. Corre.

—Confianza.

—¿Tienes eso también? Piensa si todo lo que crees que significa el amor lo sientes con él. Dedicáte un tiempo a ti misma. Escucha tus sentimientos, ellos tendrán la respuesta.

Asiente con la cabeza y veo cómo una lágrima recorre su mejilla. Joder, debería haberme quedado calladito en lugar de ir por ahí haciendo de teléfono de la esperanza.

—Eh. —Me acerco a ella un poco más y seco la lágrima con los dedos—. Lo siento, no pretendía hacerte daño.

Estamos muy cerca, demasiado para no sentir cómo me hormiguea la piel. Sé que debería mantener las distancias, más aún después de lo que me ha contado, pero no puedo. No puedo cuando su corazón está rompiéndose y no tiene a nadie que guarde sus pedazos.

—No me haces daño, Aiden —susurra, y apoya su frente en la mía.

Nos quedamos en esta posición durante varios segundos... o minutos; no lo sé porque, cuando estoy con ella, el mundo deja de girar.

Añicos

Aiden

El tiempo se detiene.

Tener su frente pegada a la mía, mis dedos sobre sus mejillas, mis manos acunando su rostro, mis labios tan cerca de los suyos, casi rozándose... Es más de lo que puedo soportar.

Cierro los ojos con fuerza, tratando de buscar la mejor forma de separarme antes de que haga algo de lo que me arrepentiría más tarde. Y no me refiero a acariciar sus labios como llevo queriendo hacer desde hace semanas, sino besar a una chica que tiene novio.

Julia está con alguien y, por mucho que me fallen las piernas o se me acelere la respiración cuando estoy a su lado, no debo olvidarlo. La necesito, sí, pero más necesito su amistad.

Unos pasos acercándose son la excusa perfecta para separarnos y volver a nuestra posición inicial. Antes de que la bomba estallara. Antes de sentir la primera cicatriz en mi corazón. Antes de saber la razón por la que no podía besarla durante horas.

—¿Nos vamos?

Bill y una chica que debe de ser Mara aparecen con las mejillas rojas y el pelo revuelto. Ni qué decir que mi compañero tiene la camiseta del revés. Miro a Julia de reojo y ella ya me está mirando, pero no de la misma forma que yo. Mientras que en mis ojos hay una risa contenida por la situación entre nuestros amigos, en los suyos hay remordimiento, pesar..., dolor. Y no me gusta. Desearía haberme mordido la lengua antes de hacerla sentir así. A veces soy un bocazas.

No soy quién para meterme en las relaciones de los demás, ni siquiera cuando me piden opinión. Recuerdo cuando las nietas de Erin querían escuchar la «versión masculina» y yo me inventaba cualquier excusa para salir pitando y volver a casa. No me gustan estos líos porque, cuando uno da su opinión y el resto está de acuerdo, todo está perfecto; pero cuando les dices lo que no quieren escuchar, apaga y vámonos. Por eso lo evito. O al menos lo intento.

Pero siempre hay una excepción, ¿no? La mía es Julia, mi talón de Aquiles. Un imán que me atrae allá donde está y que, si me mantengo muy cerca, corro el riesgo de no querer soltarme nunca. Y no debería ser así, joder. Ella es libre, no es de las que tienen que estar pegada a nadie. Ni siquiera a esa relación que no parece hacerle bien. Ella se merece tantas cosas que no creo que alguien pueda dárselas nunca.

—Tú debes ser Aiden —dice la chica. Aparto la mirada de Julia y la miro. Asiento con la cabeza, dudo mucho que ahora mismo me salga la voz—. ¿Pasa algo? ¿Estás bien, Julia?

Julia se queda callada y yo miro el suelo. Soy incapaz de mirar a nadie. Me siento culpable por lo que ha pasado. Le he hecho dudar de sus sentimientos, he puesto en tela de juicio su relación y me he acercado tanto a ella que seguro que la he agobiado. Joder, ¿no me puedo estar calladito ni un día? Debería de haberme ido sin buscar a Bill. Ahora mismo estaría en casa dándome una ducha relajante después de un día intenso.

La cafetería, la casa de mi primo y la fiesta son más cosas de las que puedo soportar en un solo día. Pensé que podría pasármelo bien, pero ha sido un completo desastre. ¿No se da cuenta Bill de que no estoy hecho para estas cosas? Me dan ganas de reprochárselo, aunque prefiero callar porque en el fondo nadie me ha obligado a venir. Cuando hago tonterías como esta, yo soy el único culpable.

En completo silencio y sin mirar a nadie, me marchó de allí. Lo hago a paso lento, como si mis pies pesaran, y no voy a negar que es como si tuviera cemento en ellos, pero el verdadero motivo por el que lo hago es por si su voz me llama. Sería la única persona capaz de detenerme en este instante, capaz de retenerme allí. Y no importa si lo hace para mandarme a la mierda si con eso deja salir lo que le está comiendo por dentro. Necesito que hable, que exprese cómo se siente porque no sé cómo interpretar su silencio. No se imagina que me está haciendo añicos por dentro.

Cuando entro en el salón atestado de personas, sé que no va a llamarme y algo se quiebra dentro de mí. Me doy más prisa, como si aquí dentro hubiera un incendio y quisiera salir antes que nadie para sobrevivir. Alcanzo el coche en pocos minutos. Ni siquiera sé cómo lo he localizado tan pronto entre tantos vehículos, supongo que las ganas de marcharme y romperme a solas son mayores que cualquier otra cosa.

Me subo y suelto el aire contenido en los pulmones. Apoyo los brazos y la cabeza sobre el volante intentando analizar todo lo que ha sucedido esta noche, cuando un golpe en los cristales me asusta.

—Aiden, baja la ventanilla.

Por suerte es Bill. O por desgracia, claro. Tiene el ceño fruncido y las manos en las caderas. Sigue teniendo la camiseta mal puesta y estoy tentado a decírselo, pero no creo que le haga demasiada gracia. Parece enfadado.

Bajo la ventanilla hasta el final y no tarda en encararme.

—¿Se puede saber qué le has hecho? Está llorando.

—¿Crees que sería capaz de hacerle algo?

—Ni siquiera podíais miraros —comenta con desdén. Esto es lo que me faltaba para completar el día, una bronca con Bill—. Mara se ha quedado con ella, estaba preocupada. ¿Ha pasado algo entre vosotros?

Me quedo callado, incapaz de pronunciar en voz alta que la he cagado por fijarme en alguien que tiene pareja. Por crearme ilusiones como un estúpido. Por abrazarla cada vez que he podido.

Por pensar en cómo sería besarla durante toda la noche y ver al día siguiente el aspecto que tendría. Pero no, eso no se lo puedo decir porque suena ridículo hasta pensarlo.

—¿Sabías que tiene novio?

Su pregunta me deja noqueado. ¿Bill lo sabía y no me ha dicho nada hasta ahora? Esto es el colmo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —espeto apretando el volante con fuerza—. Sabes de sobra que me gusta, Bill. Y ahora todo se ha ido a la mierda porque no he sido capaz de mantener las distancias como debería.

—Es tu amiga, Aiden. Deberías saber ese tipo de cosas y, si ella te lo ha ocultado todo este tiempo, será por algo. Así que no lo pagues conmigo porque aquí los únicos culpables sois vosotros dos.

Observo cómo regresa a la casa con paso decidido. En este momento siento cómo la sangre bulle dentro de mí porque tiene razón. La culpa es nuestra por no haber hecho las cosas bien, por acercarnos aun sabiendo que no podíamos. Por sentir algo hacia una persona que jamás me va a corresponder.

Una persona que, en cuatro días, volverá a formar parte de mi vida diaria como si fuera el aire que respiro. Y no sé si eso me alegra o me asusta.

Egoísta

Julia

«Ojalá no hubiera ido a la fiesta», eso es lo primero que pienso en cuanto abro los ojos y siento cómo mi cabeza va a estallar de un momento a otro.

No he pegado ojo en toda la noche y sé muy bien por qué. La conciencia no me ha dejado. Mi vida se ha convertido en un puñetero desastre que no sé cómo arreglar y me da miedo. Miedo porque llevo años apañándomelas sola, sobreviviendo, arreglando mis cosas, tratando de no hacer daño a nadie. Y en una sola noche lo he tirado todo por la borda.

Cierro los ojos con fuerza y veo las estrellas. Necesito una pastilla ya, y una ducha también.

Cojo ropa limpia y voy a hurtadillas hacia el baño, no quiero que Mara me haga el tercer grado antes de ser persona. Anoche ya lo intentó y, como no surtió efecto, lo dejó estar. Y sé que de esta mañana no me libro.

Mientras el agua corre sobre mi piel, no puedo dejar de recordar a Aiden. Sus dedos acariciándome, sus ojos tan sinceros como siempre, sus palabras... Madre mía, qué tonta he sido. Lo he perdido sin siquiera darme cuenta de que lo tenía. Tenía su amistad, su risa, su mirada, su apoyo... Me lo había dado todo y yo le había ocultado que tenía novio. ¿Por qué? Tampoco lo sé. Supongo que me daba miedo que después de saberlo me tratase diferente, que ya no quisiera darme un abrazo cuando más lo necesitara o que ya no sonriera de esa forma tan especial cuando me mira pensando que no me doy cuenta.

Fui una egoísta, lo sé. Permití que nos acercáramos sabiendo que no podía darle más de lo que le estaba dando, pero juro que, cuando lo tengo a mi lado, lo demás deja de importarme. Los problemas son menos y los momentos son más. Sumo y no resto, como me pasa con Max. Y ahora lo he perdido.

Las lágrimas se mezclan con el agua y dejo que todo fluya. Necesito dejarlo ir para enfrentar lo que está por llegar. Necesito poner las cartas sobre la mesa y saber qué es lo que quiero. Necesito aclarar mi cabeza para no volver locos a los demás. Necesito... sentir, en lugar de pensar tanto.

Salgo de la ducha y me visto con rapidez. Total, ¿para qué alargar lo inevitable? Además, cuanto antes me tome la pastilla, antes se me irá el dolor de cabeza. Camino hasta la cocina y, al

entrar, Mara clava sus oscuros ojos en mí. No dice nada, espera a que sea yo la que dé el primer paso.

Mientras camino por la estancia en busca de algo que desayunar, el silencio nos invade. Respiro profundo y suelto el aire poco a poco, preparándome.

—No sé por dónde empezar —murmuro sentándome frente a ella en la mesa que tenemos para comer.

—¿Qué tal por explicarme por qué estabas llorando cuando llegamos? Pensaba que Aiden era un buen chico.

—Y lo es —contesto, y ella arquea una ceja, como si no me creyera—. Te lo juro, Mara. Lo que sucedió es que me sobrepasaron las emociones y después no supe controlarlas.

—Eso no te pasa a ti, Julia. Te conozco desde...

—Lo sé —la interrumpo—, pero pasó. Hablamos de mis padres y después de Max. Le pedí consejo sobre qué hacer y su respuesta me desbordó.

—¿Qué te dijo? —pregunta con curiosidad mientras da un sorbo a su café.

—Hizo que me cuestionase si lo que siento por Max es amor y no supe qué responder.

Mara me mira con atención, pero no dice nada. Y me desahogo. Le explico todo. Mi conversación por WhatsApp con Max, su negativa porque fuera a Ibiza, lo que Aiden me hacía sentir, las veces que nos habíamos acercado... Todo.

Cuando termino, ella remueve lo último que le queda en el vaso y se lo bebe. Su silencio me pone nerviosa. Nunca ha reaccionado así. Cuando le cuento algo, después me da su versión. No se queda callada como ahora, lo que hace replantearme muchas cosas. ¿Tanto la he cagado?

—Di algo, por favor —susurro suplicante.

—No sé qué decir, Julia —suspira—. Max es un estúpido, eso ya lo sabes. Es el perro del hortelano que ni come ni deja comer. Pienso que, si no ha querido que fueses allí, es por algo. Lo único que se me escapa es por qué no rompe contigo. Si quisiera estar con alguien más allí, lo habría hecho.

—¿Y si lo hace porque me quiere? Lo de no romper nuestra relación, digo. Algún motivo tiene que haber.

—Si prefieres engañarte pensando eso, hazlo. Pero si te quisiera no te trataría así. —Se levanta y deja la taza en el fregadero—. En cuanto a Aiden, me cae bien. Quiero decir, ayer quería matarlo cuando vi que estabas llorando, pero ahora que sé lo que ha pasado creo que te hace bien tenerlo cerca. No es que seas distinta con él, es que eres más tú misma que con cualquier otra persona.

—Pero le he ocultado que estaba con Max.

—¿Acaso él te ha dicho alguna vez si tiene novia? —Niego con la cabeza—. Cuando estáis juntos el resto deja de importaros, lo que significa que os olvidáis hasta de que la tierra se mueve. Te gusta, Julia, eso no lo puedes negar.

No lo niego, pero tampoco quiero admitirlo porque si lo digo en voz alta sentiré que estoy traicionando a Max y no quiero sentirme así.

—Escúchame. —Pone una mano sobre la mía y la acaricia con mimo—. No eres mala por gustarte otra persona, Julia. Eres humana.

—Pero quiero que lo nuestro funcione. Quiero volver a intentarlo con Max y a la vez no quiero alejar a Aiden. Y sé que, después de lo de anoche, nuestra amistad no será la misma.

—¿Por qué? ¿Aiden te ha insinuado eso? Porque cuando Bill y yo llegamos estabais casi besándoos y entonces ya sabía que tenías novio. Estará ahí contigo, sea como sea.

—No quiero hacerle daño —susurro con un hilo de voz.

—Puede que se lo hagas igualmente. Y en realidad deberías preguntarte si también te lo harás a ti con la decisión que vas a tomar.

Se me escapa un sollozo y Mara me abraza con fuerza. ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? Quiero a Max, o eso creo porque tengo tantas cosas en la cabeza que me cuesta separar unas de otras. Lo que sí tengo claro es que, de una forma u otra, quiero a Aiden en mi vida. Somos compañeros de trabajo y amigos, nuestra relación no se puede romper así porque sí. Ni tampoco quiero.

Y entonces lo comprendo. Entiendo la diferencia entre Max y Aiden, más allá de lo evidente. Uno quiero que esté en mi vida, al otro lo necesito. Parece lo mismo, pero no lo es porque desde que me he levantado lo único que he querido es arreglarlo con Aiden, no con Max. Es como si estuvieran en una balanza donde tuviera que rescatar lo primero que está a punto de caer y hacerse añicos para después tratar de ver cómo rescato lo que está arriba, pues puede derrumbarse de un momento a otro.

Me separo de Mara, me limpio las lágrimas y me voy a mi habitación donde paso gran parte de la tarde mirando el techo. Pensando en todo lo que debería hacer y no hago. Cuando ya es de noche, cojo las llaves para marcharme. Necesito poner orden a lo que estoy sintiendo, escuchar aquello por lo que mi cabeza y mi corazón están luchando, entender cada situación y actuar.

Y sin darme cuenta, camino y camino hasta llegar adonde me espera la persona que más necesito en este momento. El local ya está cerrado, aunque dentro siguen dos personas. Me siento en el banco de enfrente y espero hasta que salen. Nada más verlo, comienzo a sentir el vértigo recorrerme.

Me levanto y voy hacia ellos, aunque mis ojos solo tienen cabida para él.

—Hola, chicos.

Sinceridad

Aiden

Quiero llegar a casa y dormir tanto que después tenga que mirar el calendario para saber en qué día estamos, pero no puedo.

La jornada de trabajo ya ha terminado y todavía me queda ir a la casa de mi primo para ver si la chica esa ha hecho acto de presencia o si, por el contrario, sigue haciéndome la vida imposible. Y no puedo más. Juro que en cualquier momento voy a estallar y en el fondo no sé si eso puede ser bueno o no.

Anoche no pude dormir. Me había pasado ya varias veces durante estos meses, exactamente desde que me mudé a esta ciudad en la que me estoy perdiendo. Porque lo sé, no soy el mismo de entonces. Ya no escribo cartas, no llamo a mis padres una vez por semana, ni tampoco salgo a pasear o a respirar con lo mucho que me hace falta.

Me estoy ahogando.

Esta ciudad me está ahogando y no sé cómo pararlo.

No puedo volver ahora que he conseguido lo que quería. Un trabajo donde puedo ganar el dinero que necesito y que nos ayudará a cumplir nuestro sueño. Por eso tengo que quedarme y aguantar.

Es increíble cómo la vida puede cambiar tan rápido. Hace unos días disfrutaba de las pequeñas cosas que tenía en mi día a día. El ceño fruncido de doña María, el olor a café de mi trabajo, la familiaridad con la que cada cliente me trata, el cariño que recibo sin dar nada a cambio, la socarronería de Jordan, la dulzura de Lucía... Y ella. Al completo. Julia.

No me he atrevido a llamarla. Y ganas no me faltan, a decir verdad. Pero sé que necesita tiempo para asimilarlo todo, como yo. Intento sacarla de mi cabeza cada vez que aparece, aunque es difícil hacerlo cuando cada paso que doy en la cafetería me recuerda a ella.

Anoche tuve mucho tiempo para analizar lo que pasó, y por extraño que parezca viniendo de mí, la conclusión a la que llegué fue que lo mejor es olvidar mis sentimientos. Enterrarlos profundamente y ser amigos. Actuar, al fin y al cabo, porque una cosa es que quiera enterrarlos y otra muy distinta es que ellos se dejen. Porque, cuando los sentimientos son tan fuertes, no se pueden controlar. Y lo que siento hacia Julia es intenso. No me había dado cuenta hasta anoche,

cuando sentí que la perdía, de lo mucho que me importa y de lo mucho que siento cuando estoy a su lado.

Pero ahora nada de eso importa porque ni siquiera nos hablamos. Podría tratar de engañarme y decir que no tengo su número de teléfono en el móvil, pero sería mentira. Desde el primer día que entré a trabajar en este sitio, me incluyeron en un grupo de WhatsApp donde estamos Lucía, Jordan, Julia y yo. Es cierto que nunca hemos hablado por privado y que podría hacerlo, pero no me atrevo. Soy un cobarde, lo sé. Pero, mientras no hablemos de lo que pasó anoche, nuestra relación tendrá una cuenta pendiente y eso me da un rayito de esperanza.

Jordan y yo recogemos en completo silencio. Lucía se fue en cuanto las puertas de la cafetería se cerraron porque tenía prisa. Hoy les tocaba cerrar a ellos, pero me pidió un favor y no pude negarme.

Mi compañero me mira de soslayo mientras barro. Sabe que algo me pasa porque no me río cuando hace una broma o no me quejo cuando se mete conmigo. Quiero cerrar, meterme en mi coche y volver a casa a descansar. O a intentarlo, porque ni siquiera sé si Bill estará esperándome o no.

Esta mañana no me esperaba para desayunar. Por un momento pensé que no estaba en casa, pero la puerta de su habitación estaba cerrada, señal inequívoca de que dormía. O no, yo qué sé. El caso es que no hemos hablado y no entiendo por qué. No le hice nada a Julia... Bueno, tal vez hablé demasiado, pero eso, al fin y al cabo, es asunto nuestro. ¿Mara y él están juntos? Me parece bien, pero nuestros problemas siguen siendo nuestros. Sin ellos de por medio.

Jordan y yo salimos de la cafetería una vez tenemos todo listo. Cuando pongo un pie fuera, la brisa que corre me estremece de pies a cabeza.

Pero en cuanto escucho su voz, sé que no ha sido el viento, sino ella la que lo ha provocado.

—Hola, chicos.

Estoy de espaldas, cerrando la verja de la cafetería y, aun así, siento cómo sus ojos me taladran, esperando que me gire. Con un suspiro que se escapa de mis labios lo hago.

Jordan está entre sus brazos y ella sonríe, pero no se le marca el hoyuelo. Me mira como si me estuviera buscando, sin saber que hace tiempo que me ha encontrado.

—¿Qué tal las vacaciones? —pregunta Jordan separándose de ella. Julia lo mira un momento—. Se te echa de menos por aquí.

—Están siendo... —duda— distintas.

Al pronunciar la última palabra, clava sus oscuros ojos en los míos y me tiembla hasta la respiración. Que haya venido hasta aquí para... para lo que sea que quiera hacer, me da miedo. Miedo porque, si esto es el fin de nuestra amistad, prefiero salir corriendo y no escucharla.

Nos quedamos en silencio y Jordan nos mira de hito en hito. Es listo y sabe que algo ha pasado entre nosotros. Se despide de Julia con un beso en la mejilla y me da un apretón en el hombro, como si supiera que necesito fuerzas para enfrentarme a lo que está por venir.

Observo cómo se aleja y, cuando lo pierdo de vista, encaro a Julia con la mirada.

—Aiden —comienza a hablar, y que siga pronunciando mi nombre así, como si nada hubiera pasado entre nosotros, me calma un poco—. ¿Tienes un momento?

Asiento con la cabeza, incapaz de pronunciar ninguna palabra. Camino hasta el banco que hay frente a la cafetería y me siento. He estado tentado de ir hacia mi coche, así tenemos más intimidad, pero, si me va a partir el corazón, prefiero que lo haga aquí fuera, donde no pueda recordarlo cada día.

Ella me sigue y se sienta a mi lado, invadiéndome con su olor.

—Siento mucho todo lo que dije ayer —intervengo antes de que sea demasiado tarde—. No debí meterme en tu relación, ni decirte todas esas cosas. Tampoco debí acercarme después. Yo... No sé qué me pasó. Quise ser tu amigo y acabé hundiendo el dedo en la llaga.

Escucho cómo coge aire y lo suelta muy despacio. No me atrevo a mirarla.

—Sigues siendo mi amigo, Aiden. Eso no va a cambiar. —Ahora el que suelta el aire de los pulmones soy yo—. Mi relación está mal desde hace un tiempo, no funciona. Ya te dije que estoy intentando que salga a flote, pero ahora mismo no sé si es lo mejor. Lo que me dijiste me ayudó, aunque no lo creas. Tal vez no en ese momento, pero sí cuando tuve tiempo de analizarlo. Hablamos de tantas cosas que me sobrepasaron y me vi incapaz de decir nada más.

—Aun así, no soy quién para meterme en la vida de los demás.

—Te metiste en mi vida porque yo te lo pedí, así que deja de sentirte culpable. —Su voz suena autoritaria y me obligo a mirarla para tratar de adivinar qué más está pasando por su cabeza.

Y cuando lo hago, lo único que puedo ver es sinceridad y arrepentimiento.

—Entonces, ¿por qué te arrepientes? —murmuro.

—De lo único que me arrepentí anoche es de haberte dejado marchar sin aclarar las cosas. Escúchame, Aiden. —Me agarra la mano y su calidez me envuelve de inmediato—. Necesito...

No dice nada más. Giro mi mano y su palma queda sobre la mía. No puedo evitar entrelazar mis dedos con los suyos. Unirlos resulta tan fácil que siento un pinchazo en el corazón cuando me doy cuenta de que me estoy volviendo a acercar a ella y que no está bien.

Intento soltarme, pero ella me da un apretón para que no lo haga.

—Necesito ser sincera contigo. Mi vida amorosa es un caos, eso ya lo sabes. Y no me había dado cuenta hasta hace bien poco. O más bien no quería darme cuenta. Sé que es difícil de entender que no me encuentre bien con Max y que aun así quiera luchar por nosotros. Supongo que me da pena tirar por la borda siete meses de relación.

Dejo de escucharla en cuanto sus labios pronuncian el nombre de su novio. Un escalofrío me recorre el cuerpo paralizándome por completo. No puede ser, ¿verdad? No es más que una coincidencia. O que no la he escuchado bien. Sí, eso es. Estoy tan nervioso que he confundido el nombre. Probablemente se llame Marc o algo así.

Las dudas me comen por dentro y tras unos segundos en silencio, pregunto algo que podría destrozarme pero que necesito saber.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—¿Quién? ¿Mi novio? —pregunta confundida. Yo asiento—. Max.

Y entonces siento cómo la tierra se parte en dos y la enorme grieta se sitúa entre nosotros dos, alejándonos.

Me levanto de súbito separando nuestras manos. Me doy la vuelta y la miro. Julia parece sorprendida por mi comportamiento, pero es que... Dios, el cabrón de mi primo es su novio. ¿Cómo diablos me he metido en este lío? ¡Me gusta su novia! Joder, joder y más joder.

—Yo... —Intento pensar algo rápido que me libere de esta situación—. No te preocupes, Julia. Está todo bien entre nosotros. Al fin y al cabo, somos compañeros de trabajo.

Mi respuesta no parece convencerla porque frunce el ceño y se levanta. Trata de acercarse y yo doy un paso atrás por instinto.

—¿Eh? Pero ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

Entonces, por primera vez desde que nos conocemos, le miento un poco.

—Sí, tranquila. Apenas he dormido esta noche y hoy ha sido un día intenso en la cafetería. Estoy un poco cansado.

—¿Seguro?

Se acerca un poco más e intento quedarme donde estoy. No quiero asustarla. Ya bastante miedo tengo yo al descubrir quién es. Aunque puede existir una posibilidad de que su novio y mi primo se llamen igual, ¿verdad? No tiene por qué ser la misma persona. Mi primo está de viaje, su novio seguramente no.

Me relajo un poco mientras me aferro a esa idea. El destino no puede ser tan perro conmigo. Gustarme una chica con novio, vale. ¿Pero gustarme la novia de mi primo? Eso sería una putada de las grandes.

—Aiden. —Sus dedos tocan mi mejilla y la miro. Está a tan solo unos centímetros de mí—. Siento haberte metido en todo esto. Tú también eres importante para mí. Cuando estoy contigo yo... me siento bien. Demasiado bien, diría yo. Y no puedo evitar sentirme mal cuando nos tocamos o cuando estamos tan cerca, pero tampoco lo puedo frenar. Es como si un impulso me tirase hacia ti cuando estás a mi lado. ¿Soy mala persona por sentirme así?

Su voz suena acongojada y no sé qué responderle. Porque, si aquí hay una mala persona, soy yo. Por gustarme. Por escondérselo. Por saber que, si mis sospechas son ciertas y Max es su novio, la ha estado engañando todo este tiempo. ¿Y cómo la miro a la cara a partir de ahora cuando sé la verdad? ¿Cómo me callo que Max está jugando con ella?

Nos miramos a los ojos en silencio. Ella tras haber dicho tanto y yo diciendo tan poco. Ni en mil años me habría imaginado una situación así.

Trago el nudo que tengo en la garganta y me atrevo a hablar.

—No eres la única que se siente así, Julia. A veces me cuesta alejarme de ti cuando te siento tan cerca, pero... —Suspiro, poniendo una mano sobre la suya que todavía sigue en mi mejilla. La aprieto ligeramente para sentir su calor una vez más—. Seamos solo amigos, por favor.

Ella asiente con la cabeza. En su mirada veo que mi decisión la decepciona un poco. ¿Qué más

puedo decirle? Nada me gustaría más que besarla, que nos olvidásemos de todo por un instante. Pero la culpa después sería mayor y no puedo permitir que la brecha entre nosotros sea aún más grande. Jamás me lo perdonaría.

Dejo su mano ir y, con una triste sonrisa, se da la vuelta para marcharse. Tan solo da unos pasos cuando siento el impulso de ir tras ella. Es tan fuerte que me cuesta mucho retenerlo y, sin esperar mucho más, camino con prisa hasta donde se encuentra.

Al llegar a su altura, pongo una mano sobre su hombro y le doy la vuelta. Ella parece sorprendida al verme, pero no la dejo reaccionar porque la abrazo con fuerza. Me aferro a ella como si fuera la última vez que nos abrazáramos y tal vez sea así. Tal vez sea nuestra última oportunidad de tocarnos, de sentirnos.

Julia se acerca a mi cuerpo hasta que ambos encajamos y nos quedamos así lo que parecen horas. Ninguno de los dos quiere moverse. Mi cara descansa en el hueco de su cuello y aspiro su olor una y otra vez para mantenerlo en mi cabeza para siempre. Ella, por su parte, se aferra a mi camiseta con las uñas. Como si esto le doliese tanto como a mí porque, aunque ninguno queramos admitirlo, esto marcará un antes y un después en nuestra relación.

Ya nada será lo mismo. Habrá sonrisas, sí, y también miradas porque eso no va a cambiar de la noche a la mañana. Necesitaremos tiempo. Pero no podrá haber más abrazos, ni su mano sobre la mía, ni sus dedos entrelazados con los míos. Ni sus labios tan cerca de los míos. Ni la caricia de su aliento en mi boca. Nada.

Cierro los ojos con fuerza y cuento hasta tres antes de separarme. Cuando lo hacemos, nuestros cuerpos se quedan uno frente al otro. No nos tocamos, pero todavía siento su calor sobre mí.

Nos miramos con miles de palabras escondidas en los ojos. Con miles de explicaciones no dadas, de reproches silenciosos y de dolor. Un dolor que me ahoga, pero que está ahí para recordarme que Julia no es ni va a ser nunca una simple amiga.

Ella se acerca muy despacio hasta mí y me da un beso en la mejilla. Apenas tarda unos segundos en separarse, pero son suficientes para imaginarme lo que sería tener sus labios sobre los míos. Besarla como tanto me gustaría hacer...

Sacudo de mi cabeza esos pensamientos cuando veo su espalda alejarse.

—Adiós, Julia —susurro con un hilo de voz.

Ciega

Julia

Mañana vuelvo a la cafetería. Mis vacaciones han pasado muy rápido y, aunque en un principio estaba deseando volver, ahora no estoy tan segura.

Desde que fui a buscar a Aiden hace cuatro días todo ha ido de mal en peor. Mis palabras, su reacción, nuestro abrazo... Nada salió como esperaba. Aunque, ¿qué esperaba en realidad? ¿Que me recibiera con los brazos abiertos? ¿Que admitiera que también le gusto y luego... qué?

Por suerte no todo estaba perdido. Mantendríamos nuestra amistad. O al menos eso había dicho él. El problema es cómo evitaría acercarme a él como lo hacía antes. Nuestros acercamientos se habían convertido en parte de nuestra rutina. No es que estuviésemos todo el día tocándonos, pero teníamos una conexión que había crecido en la última semana. Más concretamente desde el día que lo abracé de improviso en el cuartito de empleados. Desde ese momento, había empezado a ir cuesta abajo y sin frenos. Y no era bueno.

Ahora sería difícil, lo sé, y a una pequeña parte de mí le duele. Duele haberlo perdido. Duele hacerle daño porque sé que se lo he hecho al ocultarle que estoy con alguien. Duele porque ya no sería el mismo Aiden que tanto me gusta.

Para colmo, no he vuelto a hablar con Max desde hace dos días. Al día siguiente de haber hablado con Aiden, me sentí preparada para enviarle un mensaje a Max preguntándole qué tal lo estaba pasando. Desde nuestra discusión no había sabido nada de él. Mis dedos querían teclear otra cosa, haciéndole saber que, cuando volviese, hablaríamos sobre lo nuestro. Pero no quería que tuviese un final agrisado de sus vacaciones y por eso decidí esperar.

Él me contestó. Claro que lo hizo. Fue escueto, demasiado. No volví a saber nada más sobre él hasta que uno de sus amigos subió anoche una foto a las redes sociales donde aparecían todos juntos con un grupo de chicas. ¿Dónde estaba Max? Entre dos de ellas, con ambas manos en sus traseros. Una de ellas tenía la cara en su cuello y la otra tenía sus tetas pegadas a su pecho.

Me dieron arcadas nada más verlo. Ahora entiendo por qué no contestaba a mis mensajes. Supongo que estaría muy ocupado. Quise llamarlo, pero no sucumbí a la tentación. Esperaría a que regresara para hablar de lo que había ocurrido en Ibiza, porque sé que algo había pasado. No soy tonta, aunque a veces Max lo crea.

Esa noche decidí apagar el móvil para evitar mirar si había más fotos de él. Y cuando lo encendí esta mañana, mi sorpresa fue aún mayor al ver que no solo no habían subido más fotos, sino que la que aparecía con las chicas había desaparecido. Ni rastro. Nada. Es como si no hubiera existido, como si quisieran borrar ese recuerdo. Solo que, en realidad, ya lo tenía grabado en mi memoria.

Y apostaría lo que fuera a que Max sabía que la había visto. Pero dicen que sin pruebas no hay delito, ¿no? Si la foto no estaba por ningún lado, él creería que no tengo con qué acusarlo. Qué iluso... Le pediré explicaciones igual.

Hoy vuelve de Ibiza y espero su llamada. Apenas me quedan uñas de tanto morderlas e incluso Mara se ha ido con Bill al cine para dejarme tranquila. Dice que hoy estoy demasiado nerviosa, pero ¿cómo no estarlo si tengo que hablar con mi novio sobre nuestra relación?

Si soy sincera, no sé cómo acabaremos. Algo dentro de mí me grita que nuestro momento ha pasado, que Max y yo somos historia. Pero otra parte se aferra a la relación como a un clavo ardiendo. Esta semana me ha venido bien para pensar sobre nosotros. Para pensar por primera vez en lo que yo misma necesito, en lugar de lo que necesitamos los dos. Max va por libre la mayoría de las veces. Piensa en sí mismo, así que ¿por qué no iba a hacer yo igual?

Estar estos días sin él me ha ayudado a comprender que mis sentimientos hacia él han cambiado. Si pienso en las palabras *te quiero*, no veo la imagen de Max a su lado y antes sí lo hacía. A veces me pregunto cómo los sentimientos pueden cambiar tan rápido, pero, si lo pienso más detenidamente, sé que esto no es de hace días. No es algo que me ha dado porque Aiden esté en mi vida, como pensé al principio. Aiden no tiene cabida entre Max y yo, eso lo tengo claro. Nuestra relación estaba mal desde hacía meses, solo que no lo quería admitir hasta que vi su parte más egoísta cuando se marchó. Supongo que le salió mal la jugada porque pretendía que lo echase de menos, cuando ha sucedido lo contrario. Lo he echado de más.

Paso la mañana leyendo una novela que tenía abandonada desde hacía meses. La compré en un mercadillo medieval el invierno pasado y, aunque la había empezado a leer, la abandoné cuando el trabajo en la cafetería fue mayor y llegaba a casa tan cansada que solo quería dormir. No recordaba lo mucho que me gustaba leer hasta que he vuelto a tener un libro entre mis manos.

Después de comer, recibo un mensaje en el móvil. Desbloqueo la pantalla y su nombre aparece en ella. Max me ha escrito. Quiere que nos veamos esta tarde. Le contesto con una rápida afirmación y me visto para ir a su casa lo más pronto posible. Cuanto antes empiece nuestra conversación, antes terminará.

No puedo evitar ponerme nerviosa mientras voy hasta su casa. ¿Qué será de nuestra relación? ¿Terminaremos? ¿Seguiremos juntos? El miedo al no saber qué pasará me invade de inmediato.

Cuando llego, el portal está abierto y subo los cinco pisos por las escaleras. En la puerta, trato de calmar mi respiración acelerada por la carrera. Arreglo mi coleta donde se han soltado algunos mechones y me recompongo un poco la ropa.

—Vamos, Julia. Tú puedes —susurro para infundirme fuerzas.

Pero cuando voy a tocar el timbre, la puerta se abre y me encuentro de frente con uno de los amigos de Max.

—¿Qué hay, encanto? —pregunta sonriendo.

No me da tiempo a responderle nada porque sale de la casa y baja las escaleras con rapidez, como si tuviera prisa.

Me encojo de hombros y entro. El salón está vacío, pero puedo escuchar la voz de Max al fondo. Está en su habitación con otro de sus amigos. Me acerco hasta allí y al llegar a su puerta lo veo de espaldas.

Tiene algo en la mano que no logro ver hasta que lo levanta y lo mueve como si fuera una bandera.

—Las toallas del hotel para ti —comenta con chulería—. Yo me he llevado esto de recuerdo.

—¡Qué cabrón! —dice su amigo riéndose.

Ambos comienzan a carcajearse mientras yo sigo en la puerta estupefacta. No puedo moverme. Tampoco puedo apartar la vista de la ropa interior que cuelga de su mano. Quiero una explicación. La necesito antes de precipitarme. Aunque en el fondo sé que lo que estoy pensando es verdad.

Deja las bragas sobre su escritorio y, al darse la vuelta, por fin se da cuenta de que no está a solas con su amigo. Estoy aquí y lo he visto todo. Ya no hay vuelta atrás. Esto no es como la foto que puede borrar. Esto es muy distinto... y doloroso.

—¿Julia? ¿Cuándo has entrado? No me has avisado. —Intenta disimular sentándose en el escritorio sobre la ropa interior para esconderla.

—¿Qué has hecho en Ibiza, Max? —Voy al grano—. Y espero que después de lo que he visto me digas la verdad.

Max mira a su amigo y este se marcha para dejarnos solos. Cierro la puerta y me cruzo de brazos encarándolo. Él se levanta del escritorio y va hasta su cama. Se tumba con los brazos tras la cabeza y sonríe como siempre. Como si no hubiera pasado nada.

—¿No vienes aquí conmigo? Estarás más cómoda.

Sé lo que pretende. Quiere que vaya hasta su cama para que nos acostemos. Probablemente me haya llamado solo para eso, como siempre. Pero se acabó. No pienso ceder más.

—¿No te ha bastado con follarte a media Ibiza? —escupo con altanería.

Max se incorpora y se queda sentado en la cama. Su mirada es afilada. Intenta intimidarme, pero yo no se lo permito.

—Cuidado con lo que dices.

—¿Acaso es mentira? Entonces deberías buscarte una buena excusa para decirme qué diablos es eso —afirmo señalando la ropa interior—, porque estoy segura de que es de alguna de las dos chicas con las que estabas anoche.

—¿Me has estado espiando? ¿Esa es la confianza que tienes en mí? Increíble, Julia, esto es increíble.

Trata de hacerse la víctima. Lástima para él que ya conozca todas sus facetas. Y esta, en

concreto, es la más falsa que tiene.

—Increíble es que creas que soy idiota y no sospeche que me has engañado cuando hay pruebas suficientes para pensarlo.

—No te he engañado —contesta indignado.

Por un momento le creo. Pero entonces recuerdo que no quería que fuese cuando se lo propuse, que ha estado días sin contestarme a ningún mensaje, que su amigo subió una foto y después desapareció, y que se ha traído unas bragas como recuerdo que ha tratado de esconder en cuanto me ha visto. Y no le creo. No puedo hacerlo cuando sé que lo ha hecho; que me ha engañado, que ha estado con otra chica estando conmigo.

—Me has decepcionado, Max. Siempre he creído en ti..., en lo nuestro. Pero ahora ya no puedo más.

—¿Qué coño estás diciendo?

Esta vez se levanta de la cama y camina hacia mí. No quiero tenerlo cerca. Doy unos pasos atrás hasta que la pared se convierte en mi jaula, pues Max no duda en acorralarme entre sus brazos.

—¿Estás rompiendo conmigo? ¿Es eso?

—¡Esto te lo has cargado tú! —Alzo la voz cansada de todo—. No me hagas parecer la culpable porque eres tú quien ha hecho todo esto.

Él me mira con los ojos en llamas y yo le sostengo la mirada. Ahora mismo tengo ganas de gritar, de llorar, de echar a correr... Pero sé que, si no zanjamos esto aquí, no estaré tranquila.

Venía con la intención de saber si lo nuestro tenía arreglo y ahora sé que jamás volverá a ser lo mismo. No quiero estar con Max. Ya no. Nunca más.

—¿Qué quieres que haga? —espeto con fuerza—. ¡Dímelo!

—No me grites, Max —contesto intentando sonar tranquila, aunque por dentro estoy hecha pedazos—. Estoy cansada de tus tonterías. De tus idas y venidas. De todo. Esto se tiene que acabar.

Pongo las manos sobre su pecho y lo empujo, pero no logro moverlo ni un poco. Por el contrario, él pone sus manos en mis caderas y pega su cuerpo al mío. Me remuevo un poco intentando soltarme, y él se pega aún más.

Su cara está a centímetros de la mía. Quiero girarme, hacerle saber que mi postura no va a cambiar y que lo mejor es que estemos separados. Pero sigo enfrentándolo. Llevo meses mirando hacia un lado cuando él me reprochaba que era mi culpa que nos viésemos tan poco. Cuando me pedía que me fuese a casa después de acostarnos porque tenía una fiesta a la que acudir. Y ya ha llegado la hora de no hacerlo más.

Me mantengo firme ante lo que pueda decir o hacer. No soy la misma Julia que antes, de eso estoy completamente segura. Lo desafío con la mirada y él malinterpreta mi gesto porque no duda en juntar sus labios con los míos de forma salvaje.

Sentir el calor de sus besos me deja paralizada durante unos segundos. Por un instante me

recuerda lo que teníamos hace unos meses y cierro los ojos, dejándole hacer lo que quiere. Pero, en cuanto la oscuridad aparece, la imagen de él con otra chica me revuelve el estómago y me separo de él.

Él intenta besarme de nuevo y yo aparto la cabeza como puedo, pues me tiene todavía agarrada de la cintura. Al ver que he girado la cara y que no va a conseguirlo, apoya su frente en mi mejilla y se ríe. Es una risa seca, irónica.

Mi respiración está agitada y el corazón me va a mil. Sabía que esto iba a ser difícil, pero no tanto. No como para que Max no me dejase ir.

—¿Ya no te diviertes conmigo? ¿Te aburro, pequeña Julia? —murmura contra mi mejilla.

—Nuestra relación terminó en el momento en que decidiste divertirte con otra —susurro con un hilo de voz.

—Podemos solucionarlo.

—¿Ni siquiera te molestas en negarlo?

—¿Para qué? —Se separa de mí y me deja libre al fin. Apoyo mi espalda contra la pared para sostenerme y observo cómo sonríe con crueldad—. ¿No querías que fuese honesto? Lo seré entonces. Me acosté con ellas esa misma noche, a la vez, y me llevé una de sus bragas de recuerdo. ¿Contenta?

Me aparto de donde estoy y me acerco a él para golpearle la cara con fuerza. Es la primera vez que le pongo una mano encima y, aunque me arrepiento al instante, ya no hay vuelta atrás. Puede que a él le haya dolido, pero a mí me ha hecho mucho más daño. En el corazón, donde es más difícil de reparar.

Llevo una mano a mi boca para ahogar el sollozo que sale de mis labios. ¿Cómo ha podido hacerme esto? ¿Cómo?

—Creo que con esto estamos empatados —dice llevándose una mano a la roja mejilla—. ¿Qué tal un polvo de reconciliación?

—Vete a la mierda, Max.

Con las lágrimas a punto de derramarse, me marchó con prisa de allí.

Dicen que no hay peor ciego que el que no quiere ver y ahora lo sé. He estado ciega mucho tiempo y ahora me tocará sufrir las consecuencias de una relación que ha llegado a su fin de la peor forma.

Equivocada

Aiden

—Sí, mamá. Estoy comiendo bien. —Entorno los ojos.

—Vale, hijo —contesta ella al otro lado de la línea—. Tienes que llamar a Erin, está preocupada porque no ha vuelto a recibir más cartas tuyas. ¿Está todo bien por ahí?

Me gustaría decirle la verdad, que en realidad nada va bien, pero no puedo porque la preocuparía. Mis padres no se tomaron nada bien que viajara a la ciudad después de tantos años allí y menos aún para lo que quería hacer. Al principio pensaban que era un farol, pero cuando me vieron en la puerta de casa con la maleta y el billete de avión en la mano, supieron que iba muy en serio.

Es cierto que prometí llamarlos todas las semanas para contarles qué tal mi día a día, aunque últimamente no lo estaba cumpliendo. No es que me olvide de ellos, no podría, pero tengo tantas cosas en la cabeza que, cuando me acuerdo, en Irlanda es demasiado tarde para hacer una llamada.

En cuanto a Erin, no tengo excusa. No le escribo cartas desde hace dos semanas porque quiero esperar a tener algo que poder contarle. ¿Qué podría decirle? ¿Que he conocido a una chica que no era para mí? ¿Que me estoy acostumbrando a sentirla en silencio? ¿Que nuestro sueño está estancado? Ni siquiera sé cómo manejar mis sentimientos, como para escribirlos en papel.

—Le escribiré pronto, lo prometo. Te tengo que dejar, mamá. Hablamos en breve.

Mi madre me lanza un beso y colgamos. Dejo el móvil sobre el escritorio y me froto la sien con los dedos. Sé que no puedo retrasarlo más. Hace dos meses que estoy aquí y no he conseguido nada. Apenas queda un mes y medio para que termine el verano, el tiempo se agota.

Enciendo la pantalla del ordenador y accedo a las últimas webs que estuve mirando anoche. Tal vez podrían valer, aunque no estoy seguro. Tendré que comprobarlo con mis propios ojos.

Apunto los números de teléfono y las direcciones en un trozo de papel y me marcho antes de que se haga más tarde. Como pille tráfico, llegaré tarde a la cafetería y, tal y como están los humos últimamente por allí, mejor no tentar a la suerte.

Hace tres días que Julia se reincorporó tras las vacaciones y, desde entonces, la cafetería no es la misma. Es curioso porque pensaba que, en cuanto volviese, tendría otra vez ese toque que ella le daba. Me equivocaba. El primer día, Julia volvió con ojeras, la coleta despeinada y seria. Muy

sería para su forma de ser. Intenté entablar conversación varias veces a lo largo del día, pero ella solo contestaba con monosílabos o con gruñidos. ¿Qué le pasaba? Era un misterio. Ese día yo me encargué de las mesas y ella de la barra para evitar un poco el trato con los clientes.

Al día siguiente, cuando Jordan la saludó con esa efusividad tan característica en él, Julia ni se inmutó. Seguía en las mismas y estaba empezando a preocuparme. Hoy no sé lo que me encontraré, es todo un misterio pues, además, me toca cerrar con ella.

Solo espero que la jornada no se complique. Yo tampoco estoy teniendo mi mejor día.

* * *

No aguanto más.

No soporto su silencio. Entiendo que puede tener un día malo, pero ya son demasiados, y lo peor es que no creo que vaya a mejor. Cuando alguien le pregunta si está bien, ella da evasivas. Si Jordan intenta bromear para que sonría, ella niega con la cabeza. Si yo procuro acercarme a ella, se aleja.

¿Qué se supone que debemos hacer? Estamos tratando de ayudarla, pero ella no quiere. Sé que los problemas los tiene que arreglar cada uno, pero un poco de apoyo no estaría mal, ¿no?

Necesito que vuelva la Julia de antes, o que se quede la de ahora, pero que por lo menos haga algo, que diga algo. Lo que sea para que suelte lo que tiene dentro y pueda seguir con su vida.

—¿Seguimos siendo amigos? —pregunto cuando las puertas de la cafetería se han cerrado y solo quedamos nosotros dos para limpiar.

Julia me mira con el ceño fruncido, como si no entendiese la pregunta, pero creo que he sido bastante claro.

Alzo las cejas esperando su respuesta. Ella asiente muy despacio, como si no estuviera segura.

—No lo parece. Sé que las últimas veces que hemos hablado se me ha ido la lengua y entiendo que ahora no me quieras contar lo que te pasa. Pero quiero ayudarte y no sé cómo. No te imaginas lo impotente que me siento al verte así y no poder hacer nada, lo que sea —digo de corrido.

—No me pasa nada —murmura en voz baja.

—Y una mierda —exclamo un poco alterado.

Cuando me doy cuenta de que he alzado la voz, me disculpo en un susurro. Lo último que quiero es que se cierre más de lo que ya está. La miro con arrepentimiento, pero ella tiene la mirada clavada en el suelo. ¿Qué diablos estará pasando por su cabeza?

Dejo la escoba apoyada en la barra y me acerco hasta ella. Sé que prometí guardar las distancias, pero no puedo cuando está así. No cuando está pidiendo a gritos que alguien esté ahí, con ella.

En cuanto siente mi presencia, alza la vista. Tiene la mirada empañada, aunque aún no ha soltado ni una lágrima. Observo su rostro despacio. Tiene los ojos cansados, la piel demasiado pálida y le tiembla el labio. No está nada bien y eso me preocupa más aún.

Sin pensarlo, agarro su mano con delicadeza y tiro de ella para que su cuerpo se mueva y quede junto al mío. Ella no duda en echarse sobre mí y abrazarme. Sus sollozos son lo único que se escucha en todo el local. Eso y el ritmo acelerado de mi corazón golpeando mi pecho. No se imagina que su dolor, sea por el motivo que sea, también es el mío.

Cuando se calma un poco, se separa de mí y me regala una sonrisa tímida. Se la devuelvo con la esperanza de que, tras este momento, vuelva a ser la misma. Es la primera sonrisa después de tres días. Sé que es poco tiempo, pero cuando echas de menos algo parece infinito.

Julia coge una de las sillas que ocupa la mesa que tenemos al lado y se sienta. Yo hago lo mismo y espero a que hable. A que se sienta preparada para contarme lo que la está matando por dentro.

—He dejado a Max.

Contengo la respiración en cuanto escucho el nombre de mi primo. Porque sí, sé que es él.

Aquella noche en la que Julia y yo acordamos ser solo amigos, fui a casa de Max. Tenía que hacer mi visita rutinaria y cuando entré en su casa para comprobar que todo estaba en orden, no pude evitar ir hasta su habitación. Trataba de buscar alguna prueba que me indicase que Julia y él estaban juntos, que no era un error. Busqué en los cajones, incluso en el mueble, y no encontré nada. No había nada que los relacionase. Entonces, cuando creía que podía respirar tranquilo, entre unos papeles que había en el escritorio la vi. Una foto donde aparecían los dos juntos.

Al principio quería creer que mi mente veía a Julia por todos lados y que la de la foto, en realidad, no era ella. Pero ¿a quién quería engañar? Jamás podría confundirla con otra chica. Julia era Julia. Y ahí estaba, junto a la persona que más daño le estaba haciendo con cada engaño que le ocultaba.

¿Cómo iba a mirarla a partir de ahora? Sabía que mi primo la estaba engañando. Lo había visto con mis propios ojos aquel día cuando fui a por la llave. Y ahora tenía que ocultárselo porque demasiado me había metido en su relación ya como para echar más leña al fuego. Pero ¿cómo se oculta algo así a la chica que te gusta?

Una parte de mí quería hacer la vista gorda. Pero otra me gritaba que dijese la verdad, que le hiciera ver que ese cabrón no la merecía.

Al final opté por callarme. Julia tampoco parecía querer hablar estos días, así que no me costó demasiado guardar el secreto.

—Me engañó. —Su voz rota me devuelve al presente—. Se fue de viaje y se acostó con dos chicas. Podría haber roto conmigo antes de irse y habernos ahorrado todo esto, pero no lo hizo y no entiendo por qué.

Me quedo callado. No sé qué decirle. Si no parezco sorprendido es porque, en realidad, sé toda la verdad. Sé que la lleva engañando un tiempo, que esto no es nada nuevo. Me resulta ruin por mi parte. Soy un cabrón que sabe que la chica que le gusta se iba a romper en mil pedazos en cuanto se enterase, y que no ha sido capaz de avisarla.

—¿Y sabes lo que más me duele? —prosigue—. Que él sabía tan bien como yo que nuestra

relación estaba muerta y aun así prefirió hacernos esto.

—Verás, Julia, yo... —comienzo a decir. Necesito contarle la verdad de una vez por todas.

—Fui estúpida por seguir con él, lo sé —me interrumpe—. Pensaba que lo quería, pero estaba equivocada. Quería lo que teníamos, no a él. Ahora lo tengo claro.

—Tú no eres estúpida, Julia. Max sí por retenerte cuando sabía lo que estaba haciendo. Es un egoísta.

—Y un cabrón —añade ella—. Siento haberos puesto las cosas más difíciles por aquí estos días. A veces me encierro en mí misma y no me doy cuenta de lo que pasa a mi alrededor.

—Solo queremos que estés bien. Mientras tanto, aquí nos tienes para apoyarte en lo que necesites.

—¿También te tengo a ti? —dice con inseguridad.

Su pregunta me sorprende. Es cierto que he estado un poco alejado con todo lo que ha pasado. Enterarme de quién era Max para ella y que después viniese con ese humor no me lo ha puesto nada fácil. Aun así, creía haberle demostrado que estaría aquí si me necesitaba. Pero me equivocaba.

—Pues claro —sonrío—. ¿Por qué piensas que no?

—La última vez que hablamos no terminamos muy bien. Pensé que habías dicho lo de ser amigos para salir del paso y que a partir de ahora seríamos solo compañeros de trabajo.

—Somos compañeros, Julia, pero también amigos. Si me necesitas, aquí estaré. No lo olvides nunca, por favor.

—Estos días he necesitado a un amigo —murmura—. Pero he sido una tonta por no decírtelo.

Me mira con timidez, como si sintiera vergüenza por lo que está admitiendo. Qué tontería, como si yo no la hubiese necesitado también. A cada minuto, a decir verdad, y a cada segundo.

—¿Sabes lo que piensa tu amigo? —pregunto mientras me levanto de la silla—. Que necesitas otro abrazo y que no sabes cómo pedirlo.

Y, tras tres días, sus ojos vuelven a brillar. Asiente con la cabeza mientras intenta esconder una sonrisa sin éxito porque, en cuanto ve la mía, la suya se amplía. Se levanta de la silla y se pone frente a mí.

—Mi amigo lleva toda la razón del mundo. Y no se imagina la suerte que tengo de que forme parte de mi vida.

Cortocircuito

Julia

Las cosas parecen ir mejor. A la mañana siguiente de hablar con Aiden, me reuní con Jordan y Lucía en la cafetería y les pedí disculpas por mi comportamiento. Si una cosa he aprendido en todos estos años es que los problemas personales no se pueden llevar al trabajo, y viceversa. Lo había cumplido desde que empecé a trabajar en la cafetería, pero esta vez me había pasado todo por el forro y había afectado a mis compañeros.

Admito que, si Aiden no se hubiera acercado a mí aquella noche, tal vez ahora seguiría así. No se puede imaginar lo mucho que le agradezco que lo hiciera, ahora vuelvo a ser yo misma..., o al menos lo intento.

Enterarme de que Max me había engañado puso mi mundo patas arriba. Es cierto que, cuando fui a su casa aquel día, la balanza se inclinaba más hacia el lado de que lo nuestro debía acabar. Pero tampoco quería que terminase de ese modo. Conmigo hecha pedazos y él como si nada. Sentirse engañada y traicionada es la peor sensación que uno puede sentir. Y aunque ahora duele un poco menos, sé que puse empeño porque la relación continuase antes de que la bomba estallase. Ahora comprendo más que nunca aquello que Aiden me dijo sobre que no había que darlo todo porque, cuando todo acaba, nos quedamos vacíos.

Yo sentía que lo había dado todo con Max, pero me equivocaba. Me costó tres días asimilar que, en lo más profundo de mi interior, la Julia de siempre seguía estando ahí. Lo que significaba que no todo se lo había llevado Max. Él se quedaría con los recuerdos, con los siete meses que estuvimos juntos, con besos y caricias, pero con nada más. No se llevó mi corazón porque en realidad nunca lo tuvo.

Ahora me siento más liberada. No voy a mentir y decir que estoy perfectamente. Como ya he dicho, duele, pero es soportable. No puedo echar de menos demasiadas cosas porque lo que tuvimos durante los últimos meses fueron encuentros esporádicos, nada más. A veces me pregunto qué estará haciendo, pero enseguida lo borro de mi cabeza al pensar que estará con otra. Dudo mucho que haya perdido el tiempo. Si lo hacía estando conmigo, ¿por qué no lo hará ahora que está soltero?

Han pasado dos semanas desde que rompimos y todavía no he tenido noticias suyas. No es que

quiera que me llame o que me mande un mensaje, pero es triste que todo terminase así. En ocasiones pienso que es un sueño y que, cuando me levante, le escribiré un mensaje como hacía cada mañana, como si no hubiera pasado nada.

Mara y Aiden me están ayudando mucho para que no piense en él, y Bill también, claro, porque no se despega de mi amiga. Algunos días están aquí, en casa, y otros somos nosotras las que nos trasladamos a la suya para ver una película los cuatro. Porque sí, Aiden también se incluye en el plan. Es mi único requisito para soportar una tarde donde Mara y Bill están más entretenidos en sus bocas que en la película. Resulta incómodo cuando Aiden y yo estamos delante, como para estar yo sola.

En estos días hemos visto películas, hemos ido a la playa y también hemos charlado mucho. Siempre en los huecos que nos deja la cafetería, claro. ¿Cómo es posible que Aiden no hubiese ido todavía a la playa? Es de las mejores cosas que tiene esta ciudad. Al principio no quería ir, pero al final Bill logró convencerlo.

Por suerte la relación entre ambos ya vuelve a ser la misma. Aiden me contó que, tras lo que pasó aquella noche en la fiesta, apenas hablaban. Bill pensaba que me había hecho algo y, como amigo de él y novio de Mara, prefirió mantenerse al margen. Hasta que mi amiga y yo los obligamos un poco a que pusieran las cartas sobre la mesa. No iban a pasarse toda la vida enfadados, ¿no? Vivían juntos, por el amor de Dios, tenían que hablarse.

En cuanto a mi relación con Aiden, ha avanzado muchísimo en estas semanas. Aunque me cuesta no sentir esas mariposas en el estómago cada vez que lo veo entrar en la cafetería o cada vez que me sonrío, he terminado por asumir que somos amigos, nada más. Me gusta pasar las horas con él. Charlamos, reímos, paseamos, bromeamos, vemos películas y series... Incluso vamos en su coche cuando abrimos o cerramos la cafetería los dos solos. Nunca podría imaginarme que aquel desastroso chico que entró en el local aquella mañana podría convertirse en alguien tan importante para mí.

Mara está convencida de que algún día admitiremos que nos gustamos. Lo que ella no sabe es que ya lo hicimos y fue un desastre. Podría decir que Max se interponía entre nosotros, pero en realidad fueron más cosas. Fuimos nosotros los que creíamos avanzar un paso y después nos alejábamos dos. No era nuestro momento y tal vez no lo sea nunca, no lo sé. Lo único que tengo claro es que no quiero dejar escapar lo que tenemos. Nuestra amistad ahora mismo es una de las cosas más valiosas que tengo en mi vida.

Tampoco quiero pensar en que un día Aiden volverá a Irlanda. Una tarde, mientras la cafetería estaba vacía, me contó que solo estaba aquí de paso. Estaría unos meses más, aunque no lo sabía con seguridad. Todo dependía de lo que tenía entre manos. Nunca llegó a contarme de qué se trataba porque entonces entraron unos clientes y nos olvidamos de la conversación. Algún día le preguntaré, algún día...

Mientras tanto, pienso aprovechar cada momento que pasamos juntos como si fuera el último. Solo espero que, cuando se marche, podamos mantener el contacto. Nada me gustaría más.

—Plan para hoy —dice Aiden nada más entrar al cuartillo de los empleados—. Bill va a presentar a Mara a sus amigos y me ha pedido que esté allí con ellos.

—Y quieres que vaya contigo, ¿verdad?

Asiente con la cabeza.

—El caso es que cuando me mudé a la ciudad y conocí a Bill, tuve un encontronazo con uno de ellos y no le caigo muy bien. Será muy incómodo porque Bill estará más pendiente de Mara que a otra cosa. Ven conmigo, porfa.

—Solo si me cuentas qué hiciste para tenerle miedo.

Se sienta en el banco y bufa. Me recuerda a un niño pequeño cuando la madre le pide explicaciones sobre la última trastada que ha hecho. Y esto suena a trastada de las gordas.

—Le tiré la marihuana que tenía por el desagüe —se encoge de hombros.

—¿Cómo dices?

Trato de aguantarme la risa porque sé que, si me río, no terminará de contármelo. Se hará el ofendido y volverá a su puesto de trabajo para después actuar como si nada. Es como si lo estuviera viendo.

—A ver, cuando me mudé a casa de Bill encontré un paquetito de marihuana en mi cama. Pensé que llevaba tiempo ahí porque tenía un color raro y, como Bill no estaba en casa para pedirle explicaciones, lo tiré por el desagüe. Al final resultó ser de un amigo suyo y, cuando se enteró, me dio un puñetazo. Fue mi primera pelea al llegar a la ciudad..., y la última, claro. Desde entonces no tiro nada que me encuentre.

Ahora sí me carcajeo. ¿Por qué esas cosas solo le pasan a él? Aiden debe de ser de otro mundo. Él me mira con el ceño fruncido y se levanta del banco. Antes de que siga moviéndose, ya sé qué va a hacer. Me mira con una sonrisa ladeada y se acerca hasta mí. Yo me pego a la pared mientras me tapo la boca con una mano para aguantar las carcajadas.

—¿Te ríes, mala amiga? —dice frente a mí—. Pues ahora te vas a reír más.

Intento escaparme de su agarre, pero es imposible. Aiden comienza a hacerme cosquillas en la barriga, y sabe perfectamente que es donde más tengo. Me remuevo para que me suelte sin poder parar de reír, pero solo consigo que sus dedos vayan más rápido y las cosquillas sean más intensas.

Entre risas le pido que pare y, segundos más tarde, me da una tregua. Los dos nos quedamos en silencio tratando de acompasar nuestras respiraciones. Ni siquiera me doy cuenta de lo pegados que estamos hasta que su pecho roza el mío con cada exhalación.

Él no se aparta.

Yo no me muevo.

Hacía tiempo que no estábamos tan juntos, y aunque mi corazón está brincando de felicidad en mi pecho, en el fondo estoy tan nerviosa que temo que él se dé cuenta.

Sonrío para restarle importancia. Solo somos dos amigos que acaban de pasar un momento divertido. Pero él no me devuelve la sonrisa. Está serio mientras observa cada parte de mi rostro

como si quisiera analizarme. Sé lo que está haciendo, está tratando de entender qué pasa por mi cabeza. Lo suele hacer tan a menudo que ya lo conozco. Pero no va a encontrar nada, lo sé. A veces puedo llegar a ser muy hermética y esta es una de ellas. No quiero que descubra que me gusta estar así, pegada a él, sintiendo su calor.

Mis manos sobre su pecho sienten cada latido frenético de su corazón. No sé en qué momento han acabado ahí, solo sé que no me quiero mover hasta que sea él quien lo haga. Porque, si de mí dependiese, estaría horas en la misma posición. O besándonos, ya de paso.

Dios, Julia. ¿Cómo puedes estar pensando en eso ahora? Es Aiden, un amigo. No debería olvidarlo.

Con ese pensamiento en mi cabeza, bajo las manos para quitarlas de su pecho sin pensar que, en el camino, acaricio su piel a través de la camiseta. Esto es mucho peor, pues sus pupilas se dilatan y su respiración se contrae.

Sé que debo parar antes de que las cosas se compliquen, pero algo me lo impide. Quiero continuar para saber hasta dónde podemos llegar. Y es una locura, lo sé. Pero no me importa si es con él con quien la comparto.

Cuando mis manos llegan a la altura de sus caderas, las rodeo y toco su espalda. Él sigue quieto con sus brazos alrededor de mi cintura. No mueve ni un músculo y quiero gruñir de frustración. Quiero que él también me toque como yo estoy haciendo. Pero no lo hace.

Aprieta la mandíbula cuando sigo mi recorrido por su espalda y entonces comprendo lo que está pasando. Se está controlando y eso me hincha el pecho porque sé que está sintiendo lo mismo que yo en este momento.

Cuando llego hasta donde mis manos pueden acariciar en esa posición, le doy un suave empujón para que se acerque más a mí. Entonces reacciona y pega su frente a la mía. Cierra los ojos y, cuando los abre, están tan brillantes que podrían iluminar una ciudad entera.

Deseosa por cubrir mi boca con la suya, inclino la cabeza y acerco mis labios a los suyos. El movimiento es tan lento que se me antoja eterno, pero quiero darle tiempo a que se aparte si no quiere que esto ocurra. Aunque después me arrepiento de haber dejado escapar la oportunidad...

Pero no lo hace.

No se aparta. Mis labios rozan los suyos y ya puedo sentir la electricidad que nos recorre ante tan mínimo movimiento, como si un cortocircuito estuviera a punto de desatarse.

Me acerco un poco más para cubrir mis labios con los suyos, pero no llego a hacerlo porque, un segundo más tarde, Aiden me ha soltado y se ha alejado.

Aturdida por lo que acaba de pasar, escucho la voz de alguien. Jordan está en la puerta y quiero matarlo por habernos interrumpido.

—Será mejor que vuelva al trabajo —murmura Aiden con la voz ronca.

Asiento con la cabeza y veo cómo se marcha la única oportunidad de saber a qué saben sus besos.

Miradas

Aiden

Termino de arreglarme mientras mi cabeza no para de dar vueltas a nuestro «casi beso».

Hemos estado a puntito de hacerlo, y aunque ahora me arrepiento de haberme quedado quieto y no lanzarme a ella como quería, sé que ha sido lo mejor. Julia y yo estamos muy bien ahora como para complicarnos. Nuestra relación de amistad va viento en popa. Juntos lo pasamos muy bien y sé que, si nos besamos, por muchas ganas que tengamos, no volverá a ser lo mismo.

Ya estuve a punto de perderla una vez, no me gustaría volver a repetirlo.

Así que seguiremos como hasta ahora. Juntos, pero cada uno por su camino.

Suena convincente, ¿verdad?

Ahora solo tengo que creérmelo, porque la teoría está muy bien, pero la práctica no tanto, y mira que trato de contenerme cuando la tengo cerca, lo juro. Estas semanas se me han hecho insoportables cuando ella estaba en mi casa o yo en la suya, y Bill y Mara nos dejaban solos. No es que no pasemos tiempo a solas en la cafetería, pero no es lo mismo porque allí sabemos que estamos trabajando y somos compañeros. Sin embargo, en casa el terreno es distinto. Podríamos acercarnos si quisiéramos, pero no lo hacemos. Será por algo, ¿no?

El caso es que siento que la tensión que hay entre nosotros es cada vez más grande. Hay días en los que pienso ¿por qué no? Al fin y al cabo, Julia ya es libre y si nos buscamos es porque ambos sentimos lo mismo. Pero otros días lo veo todo demasiado negro y pienso en todas las cosas que han pasado entre nosotros y en lo mucho que se puede ir a la mierda si damos el paso.

Porque sí, sé que un simple beso suyo puede hacer que todo el puto sistema solar se congele. ¿Lo he probado? No. ¿Lo he sentido? Sí.

Cuando esta mañana nuestros labios se han rozado, he perdido la fuerza para resistirme. Solo quería hacerle cosquillas como había hecho ya algunas veces. Su risa se había convertido en mi sonido favorito y no perdía la oportunidad cada vez que podía escucharla. Lo que no imaginaba era que nos quedaríamos tan juntos, que ella no se apartaría ni yo tampoco. Que nos dejaríamos llevar durante un instante. Uno muy pequeño, pero suficiente para no olvidarlo.

¿Y qué se supone que debería hacer ahora? En unos minutos la veré y me temblará el cuerpo por las ganas de tocarla. Lo sé porque ya siento el hormigueo en los dedos y tan solo lo estoy

pensando.

—¿Estás listo? —pregunta Bill desde el umbral de la puerta del baño—. Las chicas están a punto de llegar.

Asiento con la cabeza. Aliso con las manos la camiseta negra que he escogido y me miro en el espejo. Llevo puestos unos vaqueros y unas deportivas. Por suerte esta noche refresca un poco, así que puedo ir con pantalones largos sin temor a cocerme.

En cuanto a mi pelo, es difícil controlarlo. La última vez que me lo corté fue en Irlanda, antes de venir aquí, y es más que suficiente para que crezca y no sepa cómo peinarlo.

—Yo lo dejaba así —dice mi amigo mirándome a través del espejo—. Estás *sexy*, pequeño saltamontes. A Julia se le caerán las bra...

—Prefiero que no se le caiga nada, gracias —lo interrumpo con brusquedad.

—¿Quieres batir algún récord de castidad? ¿Vas a dejar la cafetería y meterte a monje?

Le lanzo una mirada afilada a través del espejo. No sé cuántas veces tengo que explicarle que una amistad entre un chico y una chica puede existir sin sexo de por medio. Mara y él eran amigos de pequeños mucho antes de que salieran juntos. Es cierto que después se dieron cuenta de que se gustaban. Y también es cierto que puede que a Julia y a mí nos esté pasando lo mismo, pero no somos unos críos. Somos adultos y sabemos controlar nuestros impulsos... a veces, o eso creo hasta que la tengo demasiado cerca.

Es como si todos mis sentidos dejaran de hacer caso al exterior y se centrasen únicamente en ella; en Julia, nada más.

—Lo que quiero es que dejes de lanzarme a sus brazos cada vez que me doy la vuelta, a ser posible.

—Lo hago por vosotros, tío. Si vieses con mis ojos cómo os miráis...

Me doy la vuelta y lo encaro. Bill es de pocas palabras, pero cuando habla es como si subiera el pan.

—¿Cómo nos miramos?

—Como si quisierais deciros con los ojos todo lo que no os atrevéis a confesar en voz alta.

No respondo. No puedo. Que Bill se haya dado cuenta de lo que pasa entre nosotros, más allá de lo que nuestra amistad puede revelar, significa que las cosas se nos han ido de las manos. Él no suele estar atento a esos detalles. Menos aún últimamente, que solo tiene ojos para Mara.

Pensaba que estaba manteniendo mis sentimientos bajo llave para que nadie los pudiera descubrir, pero me equivocaba. Y si él lo sabe, puede que Julia también se haya dado cuenta y por eso se acerca cada vez más a mí.

¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Mandar todo a la mierda y besarla en cuanto la vea? Ganas no me faltan. Lleva en mi cabeza tanto tiempo que ya se ha convertido en una parte de mí.

Pero no. Julia no necesita que la besen de forma atropellada, con urgencia. Ni yo tampoco. Quiero que, cuando nos besemos, lo hagamos despacio, siendo conscientes de cómo cada terminación nerviosa de nuestro cuerpo se contrae. De cómo su boca se funde con la mía con tanta

facilidad que después no podamos soltarnos. De cómo su piel se eriza al contacto con la mía. De cómo me volveré loco después de besarla. Aunque en realidad ya lo estoy.

Joder, estoy loco por ella y ni siquiera soy capaz de decirlo en voz alta. Por primera vez en mi vida me dan miedo mis sentimientos porque no puedo controlarlos cuando la tengo delante. Lo intento, pero a estas alturas me está resultando imposible.

El sonido del timbre me saca de mis pensamientos. Ya están aquí.

Bill me da un apretón en el hombro y se marcha a abrirles. La noche va a ser muy larga.

* * *

Los minutos pasan tan rápido que, cuando quiero darme cuenta, la noche está a punto de terminar.

Reconozco que cuando llegamos a la playa donde había una hoguera y los amigos de Bill a su alrededor, empecé a incomodarme. Apenas éramos doce entre todos. Mara y Julia no eran las únicas chicas, como esperaba. Había dos más que estaban agarradas al brazo de sus respectivos novios. En cuanto al mastodonte de la marihuana, venía solo y clavó sus ojos en los míos en cuanto me vio. Daba miedo.

Así que me limité a saludar a todo el mundo y a sentarme en el sitio opuesto a él, junto a Julia. Bill no tardó en presentar a Mara con el pecho hinchado, orgulloso de traer a una chica a sus quedadas. Al parecer, allí solo iban chicas que eran muy amigas o las novias de alguien. Bill no había llevado a nadie antes, esta era la primera vez y eso hizo que Mara no se separase de su brazo en toda la noche.

Los envidiaba, la verdad. ¿Quién no querría reencontrarse con su primer amor y vivirlo siendo ya más adulto? No sabría decir si se quieren, aún es pronto, pero lo que tienen es especial. Solo hay que verlos para darse cuenta de que se adoran.

Las conversaciones entre nosotros fluyeron con naturalidad, como si todos fuéramos amigos. No hubo más miradas rencorosas por parte del mastodonte, ni tampoco malos rollos. Solo risas... y miradas.

Julia y yo estuvimos toda la noche mirándonos de reojo. Ella sonreía a cada instante y a mí se me hinchaba el corazón. Siempre me ha parecido una chica preciosa, pero hoy está radiante. Y no sé si es la luz que desprenden las llamas que le ilumina toda la cara, ese color de pintalabios que me encanta y que me hace querer morderle la boca o el calor que irradia su cuerpo sentado al lado del mío, pero el caso es que hoy no puedo reprimirme. La necesito cerca y no dudo en rozarla suavemente cada vez que aparece la oportunidad.

A veces pensaba que debía controlarme un poco hasta que era ella la que buscaba mi contacto y yo me dejaba guiar por mis instintos. Y estos me decían que no la dejase escapar. Que la agarrase con fuerza y no la dejase escapar.

—Nos vamos ya, chicos —se despide Bill de sus amigos, y nosotros hacemos lo mismo.

Mientras caminamos hacia el coche atravesando la oscura playa, Julia y yo permanecemos en silencio. Mara y Bill están delante haciéndose arrumacos antes de llegar a casa. Llevan toda la noche así.

—Hacen bonita pareja, ¿verdad? —murmura Julia a mi lado.

Asiento con una sonrisa y seguimos caminando, sintiendo su cuerpo cada vez más cerca del mío. En algún momento, Julia se ha acercado tanto que nuestros brazos se tocan. Entonces, con una sutil caricia sus dedos rozan los míos dibujando su contorno. Agarro su mano antes de que la aparte y entrelazo mis dedos con los suyos. Su calor me envuelve de inmediato y me siento completo.

Esta vez no nos miramos. No hace falta. Nos limitamos a sentir lo que estamos viviendo, a escuchar lo que nuestros cuerpos piden en silencio. A descubrir poco a poco lo importantes que somos el uno para el otro.

Y solo soltamos nuestras manos cuando llegamos al coche y me pongo tras el volante. El camino de vuelta pasa como si fuera un segundo. Con Bill y Mara en la parte trasera parlotteando sin parar, parece que el tiempo se detiene. Y ojalá fuese así porque el hecho de tener que dejar a Julia en su casa y que la noche llegue a su fin no me entusiasma demasiado.

Mara se quedará a dormir con Bill. Ha intentado convencer a su amiga, pero, como mañana tiene que abrir la cafetería bien temprano, prefiere descansar en su cama.

Cuando aparco frente a su portal, ella se despide con voz dulce y se marcha. Pero antes de cerrar la puerta del coche salgo yo también de él.

—Espera, te acompaño.

Estoy seguro de que nuestros amigos han dejado los mimos para otro momento y han pasado a ser espectadores de lo que va a pasar a continuación. ¿Y qué va a pasar? No tengo ni idea porque esto no estaba planeado. Nada de lo que ha pasado hoy lo ha estado. Las cosquillas, el «casi beso», las miradas, su mano sobre la mía, tenerla frente a mí en este preciso momento con lo preciosa que está... Nada.

—Lo he pasado muy bien esta noche —comienza a hablar una vez llegamos al portal.

—Yo también. ¿Quién iba a decir que los amigos de Bill iban a ser tan majos?

Ambos reímos por mi intento de broma. Estoy nervioso. Es curioso porque no lo había estado en toda la noche, pero la incertidumbre del qué pasará en esta despedida me acaba de convertir en un flan.

—Sabes que a nuestros amigos solo les faltan las palomitas, ¿verdad? —comenta mirando por encima de mi hombro. Yo no los veo porque estoy de espaldas a ellos, pero me lo puedo imaginar.

—¿No se cansan nunca? ¿Qué esperan ver realmente?

—¿Un beso de despedida, tal vez? —Me quedo mudo. No esperaba que fuese tan directa—. Aiden, ¿crees que si nos besamos complicaríamos las cosas?

Sopeso su pregunta, aunque en realidad sé de sobra cuál es la respuesta.

—Creo que se complicaron en el instante en que te conocí.

Y, tras decir eso, me muevo un poco para tapar a Julia con mi espalda y que los cotillas de nuestros amigos no nos vean, y me acerco a ella despacio. Acuno su cara entre mis manos como tanto he querido hacer y acerco sus labios a los míos. No espero a que se aparte, pues sé que no lo hará.

Ella inclina un poco la cabeza en mi dirección y facilita que nuestros labios se encuentren antes de lo esperado..., y la beso.

Apenas es un suave roce de nuestros labios, pero el suficiente para hacernos temblar a la vez. Nada me gustaría más que profundizarlo, saber qué esconde su boca, memorizar su sabor y poder perderme en ella cada día, cada segundo por el resto de mi vida.

Le doy un dulce beso y me separo antes de que me pida otro de despedida porque, si lo hace, será muy distinto al que le acabo de dar. Y no quiero cuando nuestros amigos están atentos a todo lo que hacemos.

—Buenas noches, Julia —susurro en sus labios antes de marcharme.

Familia

Aiden

Al día siguiente de nuestro beso, me quedo en casa descansando. Es mi mañana libre, y aunque llevo esperando toda la semana a que llegase, ahora solo quiero que termine para poder ver a Julia; algo que no será hasta esta tarde, para mi desgracia.

Los turnos en la cafetería han cambiado y ahora trabajaremos algunos días completos y otros turnos sueltos. No voy a mentir y decir que no me vienen bien, al contrario. Así puedo ponerme al día con todo lo que tengo pendiente.

Lo primero que hago después de desayunar es escribirle una carta a Erin poniéndola al día. No son muchas cosas, pero entre eso y que hace tiempo que no tiene noticias mías, no me lo pienso cuando me siento en el escritorio para ponerme manos a la obra.

Le cuento que sigo trabajando en la cafetería y que he visitado algunos locales para nuestro proyecto. No le digo que todos ellos, al final, no resultaron ser como esperaba para que no crea que estoy perdiendo el tiempo. Si supiera cómo van las cosas, me pediría que regresara y entonces sabría que ha tirado la toalla. Y no quiero. Es su sueño mucho más que el mío, y nada me gustaría más que que se cumpliera antes de que sea demasiado tarde. No quiero ni pensarlo...

También me atrevo a hablarle de Julia, aunque solo me refiero a ella como una buena amiga. Erin es muy avispada y sé que atará cabos rápidamente. Mientras no piense que le voy a pedir matrimonio y que vamos a irnos a vivir allí para criar a nuestros retoños, me doy por satisfecho.

El resto de la mañana lo paso poniendo en orden todo lo que tengo escrito en la libreta sobre nuestro proyecto. Con cada cosa nueva que se me ocurre, más ilusionado estoy. Ver cómo un sueño se va formando poco a poco para hacerse realidad es una sensación única.

Al mediodía, Bill y Mara me invitan a ir a comer con ellos, pero declino la oferta. Desde que anoche volví al coche, han intentado que soltase prenda sobre lo que ocurrió entre Julia y yo. Por supuesto, no han conseguido nada porque mis labios están sellados. En el fondo saben que nos hemos besado, aunque ellos insistan en que no vieron nada con mi enorme espalda. Pamplinas. Sé que no nos dejarán tranquilos hasta que se enteren, pero, si esperan recibir algo de mí, lo llevan claro. No soy de los que habla de sus intimidades. Y para mí el beso que Julia y yo nos dimos fue más íntimo que cualquier otra cosa que haya experimentado con una chica.

Julia es así. Me hace sentir como si estuviera en una montaña rusa de sensaciones donde la subida es intensa y la bajada apoteósica. Y no pienso compartir eso con nadie.

Después de comer algo rápido y darme una relajante ducha durante la cual ninguno de los enamorados puede molestarme porque no están en casa, me visto y salgo hacia la cafetería para empezar mi turno de trabajo.

* * *

La tarde pasa incluso más rápida que la mañana. La cafetería ha estado hasta los topes y apenas he podido hablar con Julia. Yo me he quedado en la barra y ella ha servido a las mesas. Nuestras conversaciones se han limitado a decirme lo que cada cliente quería y a darle la cuenta. Ha sido agotador tanto física como mentalmente porque esperaba algo distinto entre nosotros después de nuestro beso de anoche.

No es como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Julia ha estado incluso más sonriente que de costumbre y sus ojos tenían un brillo diferente. Pero ha sido un día demasiado ajetreado como para pararnos a pensar en nosotros mismos, aunque fuese solo un segundo.

—Menudo día, ¿eh? —le digo a Julia al ver que ha dejado el teléfono en su sitio.

Para colmo, a última hora doña María ha llamado para hablar con ella y han estado así hasta entonces. No tengo ni idea de lo que ha pasado, solo sé que, si ha hecho la llamada durante sus vacaciones, algo necesita.

—Sí. —Se quita el mandil y lo coloca con el resto—. Doña María quiere que hagamos algunos cambios en el local para atraer a más clientes.

—¿Más? Si hoy hemos sido ciento y la madre.

Guardo la fregona en cuanto termino con el suelo y espero a que Julia recoja sus cosas. Ya es hora de irnos.

—Se ha enterado de que van a abrir una nueva cafetería a unas calles de aquí y quiere innovar. Poner ofertas en los desayunos, decorar el local un poco más... Cosas así. Me ha pedido ayuda, pero yo no tengo idea sobre todo eso.

Me acerco hasta la barra, donde ella se encuentra detrás poniendo en orden algunos vasos.

—Tal vez pueda echar una mano —comento, y ella me mira con una ceja arqueada—. Estudié *marketing* hace unos años. No sé lo que buscará exactamente, pero podemos intentarlo.

—¡Eso sería genial!

Da unas palmadas y coge su bolso para irnos. Nos dirigimos a la puerta, y cuando la abro, Julia se acuerda de que doña María le pidió que cogiera una carpeta para echarle un ojo.

—Ve, te espero fuera para cerrar. Hoy hace demasiado calor aquí dentro.

Julia desaparece en el cuartito de empleados y yo salgo para que me dé un poco el aire. Anoche refrescaba y hoy hace un calor infernal. ¿Podrías aclararte, señor tiempo? No es la primera noche que hace esta temperatura e incluso tengo que poner un poco el aire acondicionado

de mi habitación al llegar a casa para poder dormir bien. Odio el calor. Con lo bien que se está en el invierno...

—¿Aiden?

Dirijo la mirada hacia la persona que ha pronunciado mi nombre y me quedo de piedra. Es Max. Está en el banco de enfrente y, cuando se levanta para caminar hasta mí, reacciono.

—¿Qué haces aquí? —espeto con dureza.

Desde que volvió de viaje no he vuelto a saber nada más de él. Ni siquiera para devolverle las llaves que, por cierto, tengo en el coche todavía. Si él no se preocupa, ¿por qué lo voy a hacer yo?

Por un momento pienso que ha venido a por ellas, pero después recuerdo que jamás le dije dónde trabajaba. Entonces solo queda una opción: ha venido por Julia.

—Lo mismo podría preguntarte a ti. —Se queda frente a mí y me encara con chulería.

—Déjala tranquila, Max.

—¿A quién, primo?

Me mira con fiereza y yo sostengo su mirada. Chasquea la lengua como si acabara de comprender la situación, pero antes de que hable los dos escuchamos su voz.

—¿Max?

Mi primo se separa un poco de mí y pasa por mi lado, chocando su hombro contra el mío con fuerza. Me doy la vuelta y observo cómo se acerca a Julia con paso decidido. Me quedo quieto, esperando para ver la reacción de ella al tener a su exnovio delante.

Tengo entendido que no se han visto desde que rompieron —más o menos el mismo tiempo que a mí—, y que aparezca ahora, así como así, justo después de nuestro beso, me inquieta.

—¿Qué tal, pequeña Ju? —Su forma de dirigirse a ella me revuelve el estómago porque hace que recuerde que han estado juntos siete meses—. He venido a verte.

Julia me mira por encima del hombro de Max y sus ojos me piden perdón por la situación. Como si ella tuviera la culpa...

—Pues ya te puedes estar largando —dice con un tono que jamás había escuchado—. Lo nuestro acabó hace un mes. Así que.

Tras decir eso, Julia lo deja donde está y viene hacia mí para que nos vayamos. Cuando llega a mi altura, nos damos la vuelta en dirección a mi coche. No ha ido tan mal, ¿no?

O eso creo hasta que Max vuelve a hablar.

—¿Sois amigos?

Yo sigo caminando, pero Julia se detiene en seco y yo la imito. Se da la vuelta y vuelve a enfrentarse a Max con la cara hecha una furia.

—No te importa. No tienes ningún derecho a meterte en mi vida —espeto con rabia.

—Tranquila, fiero. —Max alza las manos y sonrío. Es esa sonrisa que avisa de que va a soltar una bomba y sé perfectamente cuál es—. Pensaba que no querías nada que te recordase a nosotros. Es curioso, porque con quien compartes tu día a día es de mi familia.

¿Ahora soy su familia? ¡Venga ya! Si no se ha preocupado por mí jamás. Ni siquiera de

pequeños cuando estábamos en el mismo colegio y, en una ocasión, a mí me pegaron, tuvo narices de defenderme. Él se quedó allí viendo cómo uno de sus amigos me partía la cara porque sí, porque le apetecía. Es un miserable.

—Puede que compartamos una familia, pero nunca lo seremos, Max —intervengo con un sabor amargo en los labios.

Él comienza a carcajearse y Julia me mira sin comprender lo que acaba de pasar. Agarro su mano con fuerza, aferrándome como si estuviera a punto de perderla, y nos dirigimos a mi coche con su maquiavélica y estúpida risa de fondo.

Al llegar al coche, Julia suelta mi mano y se mete sin decir nada. Yo hago lo mismo y arranco, no quiero arriesgarme a que Max nos siga y continúe amargándonos la noche. Como si el día no hubiese sido suficientemente pesado.

Los diez minutos de coche se me antojan eternos. Julia no habla. Tampoco se mueve. Se mantiene con la vista al frente y las manos en su regazo, retorciéndoselas una y otra vez.

Cuando llego a su portal, apago el motor y decido hablar.

—Somos primos —susurro.

—¿Lo has sabido todo este tiempo? —me pregunta con un hilo de voz. No se atreve a mirarme y necesito que lo haga para saber que no he fastidiado la única oportunidad que teníamos.

—Lo supe aquella noche que viniste a la cafetería a verme. Dijiste su nombre y até cabos. Por eso quería que solo fuésemos amigos, Julia.

Me quito el cinturón y me pongo de lado para poder observarla mejor.

—Entiendo... —Libera una de sus manos y abre la puerta del coche—. Buenas noches, Aiden.

Y, sin más, se marcha dejándome con el corazón en un puño y con la sensación de que la he vuelto a perder por no haber sido sincero desde un principio.

Rota

Julia

Subo las escaleras como si mis pies pesaran toneladas y abro la puerta de casa con la esperanza de que esté Mara. Necesito contarle lo que acaba de pasar. Necesito desahogarme, decirlo en voz alta para terminar de creérmelo porque ahora mismo estoy en *shock*.

Max y Aiden se conocen. Y no solo eso, son primos. ¿Cuántas probabilidades había para que eso pasara? Muy pocas, y me las llevé yo todas.

De camino a casa me he quedado en un estado de letargo donde lo único que pasaba por mi mente era la posibilidad de que Aiden lo supiera todo este tiempo. Que viese una foto de Max y yo en su casa, y aun así hubiese callado.

Por suerte no es así. Podría haber dudado, no creerle, pero Aiden no es de los que mienten. Los dos no pueden ser más diferentes y le estoy eternamente agradecida al universo de que así sea. Con un Max en mi vida he tenido más que suficiente. Bastante cabrón es el karma poniendo a su primo en mi camino para que me guste incluso más que mi ex.

Busco a Mara por toda la casa, pero no la encuentro. En la cocina hay una nota pegada en la nevera. Es de ella, cenará con Bill. La despego y la tiro a la basura. Ahora que tiene novio, supongo que las amigas dejamos de existir por un tiempo.

Voy a mi habitación, pero me detengo en cuanto el timbre suena. ¿Quién puede ser a esta hora? Espero que no sea Max porque no tengo fuerzas para otro asalto.

Con el ceño fruncido, abro la puerta y me encuentro con Aiden. Parece abatido.

—No podía irme y dejarte así —dice con la voz rota.

Le hago una señal con la cabeza para que entre y me siento en el sofá. Espero a que me acompañe, pero prefiere quedarse de pie caminando de un lado a otro.

—Después de enterarme —comienza a contar, y yo lo escucho con atención—, esperé a que regresaras de las vacaciones. Sabía que hablarías con Max en cuanto volviese de viaje y no quería cagarla. Pero entonces tuviste esos días tan malos y me bloqueé cuando me dijiste que habíais roto. Tenía miedo.

—¿De qué?

—De perderte, Julia. De perderte. —Se lleva las manos a la cabeza y tira de sus pelos con

frustración—. Mi primo es un cabrón y no quería eso para ti.

Lo entiendo. Comprendo su silencio. Si hubiese pasado lo contrario, yo tampoco sabría cómo decirle lo que estaba ocurriendo, con qué clase de persona estaba saliendo.

—¿Puedes responderme a algo? —Él detiene su recorrido y asiente con la cabeza. Sus ojos se clavan en los míos y sé que en este instante me diría todo lo que necesito escuchar. Y esto lo necesito mucho—. ¿Me engañó antes de irse de viaje? ¿Hubo más veces?

—No puedes preguntarme eso —susurra con el rostro pálido—. No debería haber subido.

Comienza a moverse otra vez y temo que se marche y no conteste a la pregunta, aunque con su reacción ha dejado claro cuál es la respuesta. Me levanto con rapidez del sofá y me acerco hasta él.

Aiden se paraliza en cuanto me pongo delante y agarro su cara con ambas manos para que me mire. Sus ojos reflejan culpabilidad.

—Dímelo —suplico con un gran nudo en la garganta—. Por favor...

—No quiero hacerte daño, Julia.

—No eres tú quien me lo está haciendo.

Pego su frente a la mía y cierro los ojos, incapaz de retener por más tiempo las lágrimas. Estas recorren mis mejillas con lentitud, como si quisieran regodearse de mi dolor. Aiden me confirma mis sospechas con un susurro y se rompe conmigo. Me abraza con tanta fuerza que siento su miedo calándose en mis huesos.

Dejo ir todo el dolor que tengo dentro desde que me enteré del engaño de Max, solo que ahora se ha multiplicado por mil al saber que he estado ciega mucho más tiempo del que pensaba. Si antes no quería verlo, ahora lo detesto. Lo odio con todas mis fuerzas por vivir una relación de mentira. Por ser capaz de estar con otras y después buscarme. ¿Acaso no era suficiente que tenía que refugiarse en otros brazos? ¿Qué más quería de mí?

No lo entiendo. No entiendo cómo alguien puede ser capaz de destruir una relación de semejante forma. Cómo puede hundir a la persona con la que está. Engañarla, traicionarla... Romperla como él hizo conmigo.

Aiden se mueve y nos arrastra hasta el sofá para que nos sentemos. Me deja en su regazo y yo coloco mi cabeza en el hueco de su cuello mientras trato de acompasar mi respiración. Su corazón late frenético y su mano me acaricia la espalda tranquilizándome.

—Gracias por no marcharte —digo con voz queda.

Él me da un beso en la cabeza y cierro los ojos, dejándome llevar por la sensación de estar entre sus brazos. Sintíendome perdida y a la vez completa.

* * *

Me despierto al escuchar una puerta cerrarse. Abro los ojos tratando de averiguar dónde estoy. No sé en qué momento me he quedado dormida.

Estoy en mi habitación sin saber cómo he llegado hasta aquí. Entonces recuerdo a Aiden en casa. Volvió para saber cómo estaba y acabamos abrazados mientras dejaba salir todo lo que sentía a través de mis lágrimas.

Salgo de aquí para buscarlo y lo escucho en el salón hablando con alguien. Por su tono de voz parece nervioso. Me acerco un poco más sin hacer ruido y escucho lo que dicen, escondiéndome para que no me vean.

—¿Estabas saliendo a hurtadillas del cuarto de mi amiga después de acostaros? —Escucho decir a Mara fingiendo indignación—. Muy mal, Aiden, muy mal.

—No nos hemos acostado —murmura Aiden—. Y baja la voz, por favor, vas a despertarla.

—¿Eres virgen? ¿Por eso no te quieres acostar con mi amiga? ¿Qué tienes ahí abajo?

Rio cuando veo lo que está haciendo. Sabe que Aiden es muy reservado. Ni siquiera en un interrogatorio que Bill y ella le hicieron, que reconozco que me dio mucha vergüenza presenciar, soltó prenda.

Así que, por mucho que le pregunte, no conseguirá nada. Menos aún cuando no ha pasado nada entre nosotros.

—No me voy a acostar con ella porque vosotros lo digáis, Mara. La respeto.

—¿Quién está hablando de respeto? Estoy hablando de echar un polvo —discute ella.

Aiden bufá y decido salir para que Mara no siga con su tortura verbal. Vete a saber lo que puede salir de ahí si continúan hablando. Nada bueno, seguro.

Entro en el salón y el primero que me ve es él. Están de pie. Mi amiga está de espaldas y en cuanto ve que Aiden no le está prestando atención se gira. Sus ojos me recorren de arriba abajo nada más posarse en mí. Al llegar a mi cara frunce el ceño.

—Deja tranquilo a Aiden, Mara —intervengo.

—Yo ya me iba cuando ella ha llegado y... —comienza a decir Aiden.

—Tú quieto ahí. —Mara lo encara y lo señala con el dedo—. No te vas a ningún lado hasta que me entere de que mi amiga no está así por ti, tío. Y más te vale que cantes pronto porque ando escasa de paciencia y llena de mala hostia.

Aiden alza las manos y aprieta la mandíbula. Parece un poco cabreado.

—¿Y por qué siempre debo tener yo la culpa?

—Porque siempre estás en medio, por ejemplo. —Mara se encoge de hombros, como si eso lo explicase todo.

Observo cómo los dos se sostienen la mirada. Mara con desafío y Aiden con enfado. Entiendo que esté así porque, aunque a mi amiga le caiga bien, para ella siempre será el causante de los problemas. Si se entera de que es primo de Max... Prefiero ni imaginarlo. Así que, por el momento, prefiero callar. Ya se lo contaré algún día.

—Deja de hacer de poli mala. Él no tiene nada que ver en esto —comento, y consigo que él me mire, pero ella no. Entonces aprovecho para dar el golpe de gracia, ese que sé que le hará mirarme con tanta rapidez que hasta podría partirse el cuello—. Ha sido Max.

Y, efectivamente, mi amiga hace justo lo que estaba pensando. Me mira en menos de un segundo y sus ojos me taladran. Me exigen una explicación en silencio, algo que le daré en cuanto Aiden se vaya.

Pero lo primero es lo primero. Me acerco a Aiden y agarro su mano ante el escrutinio de mi amiga. Por suerte ya no dice nada. Nuestras manos encajan con rapidez, como si estuvieran acostumbradas a unirse. Lo arrastro hasta la puerta de casa y la abro para que ambos salgamos. No creo que mi amiga se ponga a fisgonear, aunque a estas alturas ya nada me sorprendería.

—Siento el espectáculo. Ya sabes cómo es.

—No te preocupes —contesta Aiden—. Me voy acostumbrando.

Ambos sonreímos con pesar. Me encantaría que se quedase y se lo pediría si supiera que va a aceptar. Pero entiendo que Mara está dentro y que la situación ya es bastante incómoda como para añadir algo más. Si no se hubiera levantado cuando me quedé dormida, tal vez habríamos pasado la noche juntos.

Dios, ¿soy una mala persona por pensar en dormir con Aiden cuando acabo de enterarme de que mi ex me ha estado engañando desde vete a saber cuándo?

Llena de dudas, decido callar y no pedirle que se quede, aunque me muera de ganas. Bajo la mirada para que no note el cambio dentro de mí y mis ojos se topan con nuestras manos aún entrelazadas. Entonces siento una presión en el pecho que me deja sin respiración.

Quiero soltarme, pero no puedo.

Quiero besarle, pero no debo.

Quiero decirle tantas cosas, pero me callo.

Él, por su parte, las sostiene como si en realidad nos estuviera sosteniendo a ambos y deja un beso sobre mi piel que me estremece..., y lo dejo ir. Dejo que la sensación se cuele en todos mis poros y me llene por completo porque cuando la siento es como si lo demás dejara de importar. Como si solo existiera su piel contra la mía. Como si estuvieran destinadas a encontrarse y por fin lo han conseguido. Como si me dijera que es él; que siempre ha sido él. Aiden.

Y que me maten si no me encanta la sensación, tanto como para volverme una adicta a ella. A él.

Encontrarnos

Aiden

Salgo de la ducha al mismo tiempo que el timbre de casa suena. Debe de ser Julia, tan puntual como siempre.

Son las nueve de la noche, las pizzas están en el horno y los papeles listos sobre mi escritorio. Hoy solo he trabajado por la mañana, así que he podido pasar el resto del día revisando algunos documentos de la cafetería. Julia, sin embargo, ha trabajado por la tarde y le ha tocado cerrar, por lo que no nos hemos visto en todo el día.

Hasta ahora. Hemos quedado para pensar en los cambios que podrían hacerse en el lugar donde trabajamos. Después de la llamada de doña María, hemos estado pensando algunas cosas, pero hasta no saber realmente cómo funciona el negocio no puedo ayudar mucho. Como llevo muy poco allí, Julia me ha dado la carpeta con todo lo que necesito saber. Ventas de los últimos meses, ofertas especiales, reformas que se han hecho..., todo. Y tengo que decir que, aunque el negocio va bien por el momento, unos cambios le vendrían geniales.

Escucho de fondo a Bill y a Julia charlando animadamente mientras me seco con rapidez el pelo. No es que no se lleven bien, al contrario, pero es que, cuando hay una chica delante, Bill se vuelve más gracioso de lo normal. Sea quien sea. Se suponía que Mara y él se verían esta noche, pero ella ha tenido que hacer una escapada rápida con su hermano para ir a ver a un familiar enfermo, o algo así. A veces habla tanto que pierdo el hilo de la conversación.

—Pequeño saltamontes —dice nada más verme entrar al salón. Ambos están sentados en el sofá—. Mira quién ha venido.

Alza las cejas de manera sugerente mientras señala con la cabeza a Julia, como si todo mi cuerpo no fuera consciente de que está aquí.

—Sabías que vendría, Bill. Así que haz el favor de no poner esa cara de perverso.

—Dejaré de ponerla cuando admitáis que os atraéis como dos perros en celo —replica, y yo me cruzo de brazos.

¿Por qué tiene que aparecer el sexo en cada una de las conversaciones que tenemos? Parece que no existen más palabras en su vocabulario.

—Tienes razón —interviene Julia captando la atención de mi amigo—. Porque estás aquí, que

si no ya me habría lanzado a por él.

—No te cortes. Puedo dejaros solos si queréis —contesta él siguiéndole el rollo.

—Tranquilo, tenemos toda la noche —contesta, y me guiña un ojo.

Entorno los ojos al ver el juegucito que se llevan estos dos. Solo faltaba que alguien le siguiera el rollo para no parar.

Escucho la campanita del horno y aprovecho para escabullirme a la cocina. Las pizzas están listas. Será mejor que cenemos ya y nos pongamos manos a la obra cuanto antes. No quiero que Julia se vaya muy tarde de aquí.

Las estoy sacando del horno cuando su inconfundible olor a coco me envuelve. Sé que está cerca, aunque podría distinguir su aroma a kilómetros de entre cientos de miles de olores más.

—Te ayudo —dice, y se pone a mi lado para echarme una mano y ponerlas en varios platos y cortarlas.

Lo hacemos en silencio, sin querer romper la electricidad que parece arroparnos cuando estamos juntos. Nos lanzamos miradas llenas de palabras silenciosas y mi pecho comienza a llenarse de calidez. Cada vez me gusta más estar con ella, compartir momentos..., recuerdos, al fin y al cabo, porque tampoco puedo evitar acordarme de que en algún momento me iré. Aunque mi intención es regresar algún día, no estaba en mis planes. Al menos hasta que apareció ella y rompió mis esquemas.

Con la cena lista, vamos al salón donde Bill sigue en el sofá, pero esta vez con el móvil en la mano. Teclea con una pequeña sonrisilla y sé que está hablando con Mara. Cada vez que habla con ella, la ve o están juntos, es imposible borrarla. ¿Quién iba a decir que saldría con alguien cuando cada fin de semana compartía cama con una chica distinta? Ha cambiado mucho desde que se reencontraron.

—¿Qué tal Mara? No he hablado con ella en todo el día —pregunta Julia.

Los tres comenzamos a cenar y conversar, empezando por Mara y terminando por los planes para este fin de semana. Por suerte, ambos tenemos la tarde libre y Bill ya ha pensado qué hacer. Iremos a practicar submarinismo. Uno de los amigos de Bill tiene un pequeño velero e iremos con él y con su novia. Estoy a punto de decir que me dan pánico las profundidades marinas cuando veo el entusiasmo de Julia. Nos cuenta lo mucho que adora el mar desde que era una niña y que su personaje favorito siempre ha sido la Sirenita. De niña quería ser una sirena y no me cuesta imaginarla como tal. Estaría preciosa. Por ella sí que me tiraría al mar cientos de veces.

Así que ya tenemos planes... ¡Yupi!

* * *

—¿Y una reforma?

—Yo también he pensado en eso —contesto mientras busco mis apuntes entre tanto papeleo—. Pero creo que entrar en obras a estas alturas haría perder dinero a doña María. ¿Qué tal una

remodelación? Es un lugar acogedor, pero puede serlo aún más si hacemos los cambios oportunos.

Julia me mira con fijación, atenta a cada una de mis palabras. No me lo está poniendo muy fácil esta noche, a decir verdad. A veces se queda tan absorta mirando mi boca que me dan ganas de atacar la suya y devorarla. De morderle los labios e impregnarme de su sabor para que me dure toda la eternidad.

Céntrate, Aiden. Te estás dispersando.

—¿Y crees que eso servirá para atraer a más personas?

—Puede que sí o puede que no. —Me encojo de hombros—. También he pensado en dar visibilidad al negocio en internet. Hoy en día la gente utiliza las redes sociales para decir qué película ha visto en el cine, dónde están, qué han comido o qué papel de baño usan. Aprovechemos eso.

—Doña María es más clásica —señala Julia.

—Lo sé, pero, si quiere dar un paso más, tendrá que intentarlo. Empecemos con una página en Facebook. Hagamos fotos a lo que servimos para subirlas y que la gente vea lo que puede encontrarse. Me vas a negar que los dulces que hace Lucía no parecen sacados de una revista. Esa chica tiene un talento innato.

Julia asiente con la cabeza y apunta en su cuaderno la idea. Ya tenemos unas cuantas para cuando doña María regrese de las vacaciones. Solo tenemos que pulirlas un poco más y vendérselas muy bien para que acepte.

Estoy observando su perfecta caligrafía cuando tocan la puerta de mi habitación. Miro el reloj, son las doce menos veinte de la noche. Llevamos casi dos horas aquí encerrados.

—Pasa, Bill —digo alzando la voz.

La puerta se abre, pero ninguno de los dos levantamos la cabeza de los papeles hasta que escuchamos una voz que no esperamos.

—¿Qué coño se supone que está pasando aquí?

Yo me paralizó y Julia me mira con sorpresa antes de darse la vuelta y encarar a su exnovio. Abre la boca para hablar, pero él no le deja.

—¿Es él? —espeta con furia—. ¿Os estáis acostando a mis espaldas?

Sus palabras me hacen reaccionar y me levanto de la silla de súbito. Entonces Max centra su atención en mí. En sus ojos se refleja asco y una rabia que hasta ahora no había visto en él. Alzo las manos para tratar de calmar la situación. En primer lugar, no sé qué diablos hace aquí cuando nunca ha pisado mi casa. Y, en segundo lugar, ninguno tenemos que darle explicaciones, sea verdad o mentira lo que está pensando.

—No sé a qué has venido, Max, pero será mejor que te vayas.

—¿Que me vaya? —vocifera, y Julia también se levanta de la silla. Se pone a mi lado y posa una mano sobre mi brazo para que me aleje de él, pero yo no lo hago. No le tengo miedo. Él, por su parte, no pierde detalle al movimiento y se enfurece más—. Eres un hijo de puta.

Su movimiento es tan rápido que no puedo apartarme cuando ya lo tengo encima de mí

golpeándome la mejilla con fuerza.

El golpe me aturde durante unos segundos, pero no lo suficiente como para ver que Max levanta de nuevo su brazo para un segundo asalto. Julia se pone delante de mí para enfrentarlo y la abrazo con rapidez por la espalda, dándome la vuelta para que ni la roce siquiera. Cierro los ojos con fuerza, esperando el golpe, pero este nunca llega.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —gruñe Bill—. ¿Has perdido la cabeza?

—Suéltame, desgraciado.

Me doy la vuelta con Julia todavía entre mis brazos y observo la escena. Bill tiene a Max agarrado por la espalda, sujetando sus brazos mientras mi primo intenta soltarse. Mi amigo me mira con los ojos llenos de dudas y asiento con la cabeza para que lo deje libre.

Yo suelto a Julia y la pongo a mi lado. Agarro su mano por si se le ocurre lanzarse contra su ex y ambos permanecemos impasibles ante el escrutinio que mi primo nos hace. Cuando Bill lo suelta, se recompone la ropa y escupe a nuestros pies.

—Me dais asco.

Y, tras esas palabras, se marcha con paso decidido. Julia se suelta de mi mano y comienza a sollozar en cuanto el portazo hace eco en toda la casa. Bill nos mira de hito en hito sin comprender lo que acaba de pasar. No le contesto. No puedo porque yo tampoco sé exactamente qué diablos ha pasado, por qué ha venido mi primo y por qué me ha golpeado cuando nunca lo había hecho. De pequeño me amenazaba con darme palizas si no hacía lo que me pedía, pero jamás se ha atrevido a ponerme una mano encima. Hasta ahora.

—¿Alguien puede explicarme qué está pasando aquí? —pregunta Bill molesto y preocupado.

Julia sale disparada hacia la puerta, pero él le corta el paso y ella no se resiste. Tiene la cabeza gacha y trata de contener los sollozos, sin éxito. Le susurra algo a mi amigo, pero él niega con la cabeza y pone una mano sobre su hombro.

—No vas a ir a ningún lado cuando ese loco está cerca todavía —contesta él.

Cierro los puños de frustración, sin saber qué hacer o qué decir. Estoy en *shock* y lo que menos quiero es que Julia se marche en ese estado.

—Tú —me señala Bill llamando mi atención—, ven conmigo.

Observo a Julia todavía de espaldas al lado de la puerta y suspiro. Bill se marcha de la habitación para darnos un momento de privacidad. Quiero acercarme a ella, pero no sé cómo. Por un momento, las palabras se han quedado atascadas en mi garganta.

Camino unos pasos y cuando ella siente mi presencia, veo cómo se encoge y se va haciendo cada vez más pequeña. Joder, no. Cualquier cosa menos ver cómo se vuelve a perder sin saber si podré recuperarla.

Cuando estoy a su altura, trago saliva con nerviosismo. No me acerco porque temo que se aparte y eso sí que no lo soportaría.

—No te vayas, por favor —me atrevo a susurrar.

No la miro, no puedo. Salgo de la habitación y me voy al salón, donde Bill me espera de pie

con los brazos en jarra.

—Ten, límpiate esa mejilla —coge la caja de pañuelos de papel que tenemos sobre la mesa y me la tiende.

Cojo uno y voy al espejo que está colgado en la entrada de la casa para ver qué es lo que mi primo me ha hecho en la cara. Me sorprende al ver la gota de sangre que cae sobre mi mejilla. El golpe ha dolido, pero no como para haberme partido la cara, literalmente.

Me limpio la sangre, preparándome mentalmente para lo que me espera. Porque sé que Bill no lo dejará estar hasta que le diga la verdad.

Arrugo el papel entre mis dedos y vuelvo adonde está para enfrenarlo.

—Max es el exnovio de Julia.

—Estás de coña —masculla.

—¿Crees que bromearía con algo así? —Me froto la cara con frustración—. Sé que parece sacado de una telenovela de las malas, pero te juro que no sabía que era él. Si no no me habría...

Me quedo callado antes de decir que, si hubiera sabido que Max y ella estaban juntos, no me habría fijado en Julia. Aunque ¿a quién quiero engañar? Me habría fijado igualmente. Desde que la conozco ha sido ella. Era imposible no caer irremediabilmente a sus pies. Me encanta y ahora no hay vuelta atrás.

Aunque sé que, si pudiera echar el tiempo atrás, haría lo mismo para llegar hasta donde estamos ahora mismo. Cada momento que he vivido con ella ha merecido la pena, haya sido mejor o peor. No lo cambiaría por nada del mundo.

—No te habrías sentido atraído por ella, ¿verdad? —termina de decir Bill por mí—. Te entiendo, tío. Pero el corazón es un maldito traidor que late cuando menos lo esperas. Y admitamos que a Julia no la esperabas y que las casualidades existen.

—Lo sé, pero algo me dice que Julia no es una casualidad. Tarde o temprano nos habríamos encontrado. La cuestión es cuándo empezamos a buscarnos.

—Déjate de preguntas y ve a por ella, pequeño saltamontes.

Culpa

Julia

Esto no puede estar pasando. Tiene que ser una pesadilla de la que pronto despertaré y no estaré aquí, en casa de Aiden. Estaré en casa, lejos de Max. Lejos de lo nuestro. Del dolor. De su mirada acusatoria. Del remordimiento que me come por dentro. De Aiden.

Todavía no puedo creer que se atreviera a venir y a golpear a su propio primo. Es mi culpa. Todo esto es mi culpa por hacerle creer que había conocido a otra persona. Pero ¿qué diablos iba a saber yo que pensaría que es Aiden? ¡Es su primo, por Dios santo!

Cuando me enteré de que ambos eran familia, me prometí que jamás estaría en medio. Que nunca interferiría en su relación, a pesar de que sabía que estaba muerta. Max es mi exnovio y Aiden... Aiden es mi presente, mi compañero, mi amigo y mi confidente. Su presencia en mi vida ha tomado un matiz diferente desde hace unas semanas, y lejos de asustarme ante tantos cambios, me gusta. Muchísimo, además.

Y ahora lo he fastidiado todo por no tener la boca cerrada. Por no saber dar carpetazo a una relación que había terminado mal. Por no saber dar esquinazo a Max sin meter a terceras personas.

¿Qué se supone que debo hacer ahora? No puedo marcharme sin dar explicaciones, aunque sé que Aiden no las pediría. Así es él. Silencioso, respetuoso..., íntimo. Podía confiar en él, ya me lo ha demostrado, y yo a cambio he conseguido que le partan la cara. Su primo, para más inri.

Solo espero que Max lo deje estar y que Aiden me perdone.

Me siento en la cama y apoyo los codos sobre las rodillas para esconder la cara entre mis manos. Estoy nerviosa, histérica y rabiosa, y tampoco puedo parar de llorar. Cierro los ojos con fuerza y me digo mentalmente que debo recomponerme. Debo respirar hondo y estar lista para cuando Aiden entre y así poder darle la explicación que se merece.

Pero entonces, nada más cerrarlos, la imagen de Max abalanzándose sobre él me invade y me estremece. Jamás lo había visto de ese modo. Tan agresivo, tan descontrolado..., tan él, aunque nunca quise verlo.

La puerta de la habitación se abre y alzo la cabeza para mirarlo con cierto temor. No sé qué voy a encontrarme y me da miedo porque, si pierdo a Aiden, me derrumbaré.

Sin embargo, lo que me encuentro es muy diferente a lo que espero. Se ha limpiado la sangre de la mejilla y, ahora que tiene la zona roja, no parece tan grave como pensaba. Está despeinado, como si hubiera pasado sus manos varias veces por su pelo. Tiene la mandíbula tensa, los labios apretados y los ojos rojos.

Se acerca y, cuando está a mi altura, se agacha y posa su mirada sobre la mía. Sus ojos me preguntan algo. ¿Qué es lo que he hecho? ¿Por qué? Y lo cierto es que no sé si estoy preparada para contestarlas.

Aiden pone una mano sobre mi rodilla y comienzo a temblar.

—¿Estás bien? —Su voz está llena de preocupación.

—¿Yo? —pregunto incrédula. Él asiente con la cabeza, como si no me entendiera, aunque la que no lo hace soy yo—. ¿Es a ti a quien le han partido la cara y me preguntas si estoy bien?

Abre los ojos sorprendido por la dureza de mis palabras. Nerviosa por tenerlo tan cerca, muevo un poco la pierna para que aparte su mano sobre mí. Necesito tenerlo cerca, pero, si me toca, me voy a volver loca y quiero darle la explicación que se merece.

Aiden retira la mano de inmediato, pero no se mueve. Sigue frente a mí de cuclillas con sus ojos taladrándome. Lo veo abrir un poco la boca y pasarse la lengua por los labios, lo que hace que me den unas ganas irrefrenables de besarlo. ¿Estaré perdiendo la cabeza? Acaban de pegarle por mi culpa y solo estoy pensando en sus labios. Joder...

—No te entiendo —murmura frunciendo el ceño—. Max es tu ex y...

—¡Y es tu primo! —alzo la voz cabreada—. ¡Te ha pegado por mi culpa, Aiden! Le dije que había conocido a un chico y ha pensado que eras tú.

Me aparto un poco y me levanto. No puedo estar quieta mientras la rabia bulle dentro de mí, ni tampoco puedo tenerlo tan cerca cuando lo único que quiero es que me abrace y olvidar los últimos quince minutos de nuestras vidas. Quiero que vuelva a ser como antes, echar el tiempo atrás y no decirle aquello a Max para no desatar su furia contra quien no debe. Aiden no ha hecho nada malo, sino al contrario. Ha estado aquí y sigue estándolo.

Aiden mira al suelo y se sienta en la cama abatido. Lo observo a la espera de que diga algo, de que me dé la razón porque la única culpable aquí soy yo. No debería haberme fijado nunca en Aiden, no debería haber roto con Max cuando ya era demasiado tarde. En cambio, debería haber cerrado mi corazón para que nadie más pudiera entrar como lo ha hecho él. Soy un puto desastre y ahora ya es demasiado tarde porque no me imagino un día sin verlo, sin escuchar su risa o sin que me robe una caricia.

Comienzo a sollozar de nuevo y me tapo la boca con la mano antes de que Aiden me escuche, pero es demasiado tarde porque ya no puedo controlarme. Él alza su cabeza con rapidez y veo cómo el miedo se refleja en sus ojos. Su corazón se está rompiendo por la situación, al igual que el mío.

—No tienes la culpa de nada, Julia —comienza a explicar con voz queda—. Estábamos juntos en el momento equivocado. Joder, si Max no ha venido nunca aquí. No sé qué mosca le habrá

picado...

Pasa la mano por su pelo y lo alborota por completo. Se me encoge un poco más el pecho al darme cuenta de lo mucho que me gusta cuando lo hace. Le da un aire más juvenil y alocado. Más él en su auténtica esencia.

—No puedo más, Aiden —susurro rota de dolor. Abrazo mi cuerpo mientras intento que más palabras salgan de mi boca—. Pensaba que lo llevaría mejor, pero me equivocaba. Max siempre estará ahí.

Aiden levanta la cabeza y me mira con intensidad. Yo clavo mis ojos en los suyos por un instante, intentando no perderme ninguna de sus reacciones.

—¿Lo echas de menos?

Sopeso su pregunta. No es que necesite pensarlo porque sé cuál es la respuesta. No echo de menos a Max. Entonces respondo lo que siento dentro de mí, lo que me está comiendo por dentro.

—Echo de menos la libertad de que me guste alguien sin tener que justificarlo. Sin temor a que piensen que estoy haciendo algo mal.

—Sentir no es algo malo, Julia.

—¿Y por qué duele tanto? ¿Por qué no puedo lanzarme así, sin más?

—Tal vez necesitas un pequeño empujón.

—Empújame entonces, Aiden. Hazlo porque yo no puedo, por favor —suplico.

Aiden se levanta de la cama y camina hasta mí con tanta seguridad que por un momento me transmite un poco de ella. Cuando llega a mi altura, se detiene frente a mí y acuna mi rostro entre sus manos. Mi piel no pierde detalle en cómo me acaricia con ternura, erizándose todo el cuerpo. Sus ojos recorren mi cara deteniéndose un poco más en mis labios, y siento que el mundo entero se congela en este momento. Acallo un sollozo que lucha por salir y pongo mis manos alrededor de su cintura para atraerlo más hasta mí.

—Lo haría si supiera dónde vas a caer, y eso solo lo sabes tú. No me perdonaría jamás hacerte daño, ni tampoco estropear lo que tenemos.

—¿No te arriesgarías?

—Millones de veces. Pero necesito saber si en todos los resultados tú seguirás a mi lado.

—No lo sabremos si no lo intentamos —refuto. Agarro su camiseta entre mis manos y lo acerco un poco más a mí desesperada—. Estoy cansada, Aiden. Solo quiero disfrutar de lo que siento cuando estoy contigo. Disfrutar de este momento.

—Quizás este no es nuestro momento. Lo siento, Julia —Aparta sus manos de mi cara y yo lo agarro con más fuerza, aferrándome a su calor—. Yo... necesito pensar.

Y entonces me doy cuenta de que no hay vuelta atrás. Que todo lo que Aiden y yo hemos vivido se ha quedado aquí, encerrado entre estas cuatro paredes que tantas veces han sido nuestro refugio y que ahora se me antojan asfixiantes.

Como si moverme me doliese, despego cada uno de mis dedos de su camiseta. No me atrevo a mirarlo, aunque sé que sus ojos me buscan. Ojalá fuese tan fácil como eso, buscar algo y

encontrarlo porque entonces mi corazón lo habría encontrado hace tiempo.

Él da un paso atrás en cuanto lo suelto, pero se mantiene ahí quieto. Las lágrimas comienzan a caer por mi rostro y ya no puedo esconderlas. Me gustaría que todo esto fuese de otro modo. Que nos estuviéramos comiendo a besos en lugar de partirnos el corazón. Que su piel acariciase la mía y mis piernas se enredasen en las suyas. Que todo fuese más fácil.

Pero no lo es porque se acaba de complicar todo. Se acaba de terminar todo.

Impulso

Aiden

No puedo apartar la mirada mientras la veo marchar. Mientras se van con ella todas las esperanzas que tenía puestas en nosotros. Tal vez me he rendido muy pronto. Tal vez he hecho lo correcto... O tal vez esté cometiendo el mayor error de mi vida.

Supongo que nunca lo sabré porque lo hecho hecho está. Cuando Julia cruza la puerta de mi habitación, siento una enorme presión en el pecho. Mi mente intenta decirme que no es nuestro momento y que no me estoy equivocando, y mi corazón... Hace un rato que he dejado de escucharlo y ni siquiera sé por qué.

—¿Se puede saber por qué Julia se acaba de ir llorando? —dice Bill apoyándose en el marco de la puerta—. Pensaba que irías a por ella, no que la espantarías.

—Acaba de salir de una relación tóxica con Max y lo que menos necesita es meterse en otra relación o lo que sea que quiera conmigo —trato de justificarme, aunque ahora mismo me cuesta asimilar lo que está saliendo de mi boca. En voz alta parece ridículo, la verdad.

—¿Lo que menos necesita? Eres idiota, tío —espeta con cabreo—. No sé cuándo te vas a dar cuenta de que te necesita a ti. Cualquiera con dos ojos en la cara habría sido capaz de verlo. Pero no, tú no. Tú la has mandado a la mierda por la puerta grande y sin premio de consolación. Solo espero que lo estés pasando la mitad de mal que ella porque si aquí hay alguien que se lo merece eres tú, por jugar con sus sentimientos.

Mi cabeza trata de asimilar todo lo que está diciendo. En mi mente se reproduce una y otra vez que me necesita, mientras que yo le he dado la patada. ¿Y qué si es la ex de mi primo? ¿Y qué si no es nuestro momento? Joder, llevo toda mi vida viviendo el aquí y ahora, y lo acabo de fastidiar porque pensaba que sufriría por mi culpa. Soy un cabrón.

Y, lo que es peor, acabo de dejar escapar a la mejor persona que he conocido jamás.

—Joder, joder, joder... —repito una y otra vez mientras aparto a Bill de la puerta y corro para buscarla. Espero que no sea demasiado tarde.

El botón del ascensor está rojo, lo que significa que alguien lo está usando. Tal vez no sea demasiado tarde.

Bajo las escaleras con rapidez saltando los peldaños de dos en dos, solo espero no partirme la

cabeza antes de poder explicarme. Cuando llego a la planta baja, Julia está abriendo la puerta para irse.

—¡Julia! —vocifero, y retumba entre las paredes del pequeño portal.

Al escucharme, se paraliza. Con la mano todavía sobre la puerta y el cuerpo rígido, camino hasta ella mientras trato de acompañar mi respiración. Menos mal que solo eran tres pisos.

—No te vayas, por favor —suplico.

Se da la vuelta cerrando la puerta a su espalda, y su rostro lleno de lágrimas me produce un escalofrío. Está así por mí, por mi culpa. Al final ha pasado lo que más temía, le he hecho daño. Ahora mismo me siento miserable y solo quiero que esté bien, que deje de llorar.

—No puedo quedarme —murmura con la voz rota—. Yo no...

—Yo también estoy cansado —digo con rapidez interrumpiéndola—. Estoy cansado de no poder saludarte cada mañana con un beso, de no poder acariciarte como me gustaría o de aguantarme las ganas de hacerte cosquillas hasta que me vuelvas loco con tu preciosa risa. Estoy cansado de pensar en Max y sentirme mal al creer que me gusta alguien que no debería, que sigues siendo algo suyo y que siempre serás inalcanzable para mí.

Me acerco a ella muy despacio, con temor a que se marche y me deje para siempre. Sin embargo, se queda anclada al suelo. Y no sé si son mis palabras las que la detienen o que simplemente está cansada de huir. De cualquier modo, tengo que aprovechar mi oportunidad. Nuestro momento.

Cuando llego a su altura, acerco mi mano a su cintura para sentir su calor. Ella sigue sin moverse y eso me invita a continuar. Por lo menos no se ha apartado como antes en la habitación.

Pongo la otra mano sobre ella y la acerco a mí muy despacio hasta que nuestros pechos chocan y nuestras frentes se tocan. No quiere mirarme y eso me mata porque necesito que vea en mis ojos que todo lo que le estoy diciendo es lo más puro y sincero que he dicho jamás.

—Estoy cansado de sentirte en silencio —susurro contra su boca, deseoso de probarla, de demostrarle lo mucho que la quiero a mi lado.

Sus ojos me miran y sé que todavía hay esperanza. No sé si como amigos o como algo más, lo importante es que aún está ahí.

—Dijiste que no era nuestro momento —comenta con un tono de voz tan bajo que, si no fuera por el silencio que nos rodea, no la habría podido escuchar.

—A la mierda todo lo que he dicho. Olvídalo —le pido desesperado—. Solo quiero estar contigo, intentarlo. Me pedías un empujón cuando era yo quien lo necesitaba. Verte marchar ha sido mi impulso. Y Bill también. Él y su manía de meterse en todo.

Julia suelta una sonrisilla que me hincha el pecho. A veces me cuestiono cómo puede estar tan bonita hasta en los momentos más duros, pero después me doy cuenta de que quien es así de especial lo es siempre, en todos los colores. Que tal vez con Julia las cosas no sean blancas o negras, sino que estén llenas de pinceladas que hacen que sea así. Tan preciosa, tan llena de vida, tan única. Tan ella.

Qué tonto he sido al haber estado a punto de perderla para siempre.

Sin esperar ni un segundo más, inclino la cabeza y acerco sus labios a los míos como llevo deseando desde que los probé. Su boca acoge la mía con rapidez, como si me estuviera esperando, y dejo que ahora sean ellas las que se necesiten, las que se anhelan hasta tal punto de no querer despegarse nunca.

Julia pone sus manos sobre mi cintura y me aprieta contra su cuerpo con ímpetu, sin dejarme escapatoria. Aunque en realidad no sabe que no podría irme de su lado, ya no. Una de mis manos abandona su rostro y agarra su nuca para sentirla más cerca, para llenarme de ella. Ambos dejamos a la vez que nuestras lenguas se encuentren, deseosos de que se enreden y no sean capaces de soltarse nunca más.

Obligo a mis pies a moverse y llevo a Julia hasta un lado del portal para apoyarla sobre la pared porque, si sigo besándola de esa forma, corro el riesgo de caerme. Sus besos hacen que me tiemblen las piernas, que toda mi piel se erice y que mi corazón se acelere con solo sentir su olor.

En cuanto su espalda toca la pared, ella gime sobre mis labios y mis ganas por devorarla aumentan. Ya no dejo que sea mi boca quien se encargue de todo, también necesito tocarla por todas partes. Su rostro, su pelo, su espalda, sus caderas... Me está volviendo loco y sé que sus besos se acaban de convertir en mi punto débil.

No es la primera vez que beso a alguien, pero sí la que más me ha dejado expuesto. Ahora mismo estoy totalmente expuesto a Julia y no me importa en absoluto porque sé que ella va a tomar todo lo que necesita para después devolvérmelo multiplicado por mil.

Nuestras lenguas siguen reconociéndose y jugando, al igual que nuestros labios. Sé que deberíamos parar para coger aire, pero no nos importa porque llevamos tanto tiempo deseándolo que ninguno quiere detenerse ahora. Su mano se mete por debajo de mi camiseta y me acaricia la espalda con sus dedos muy despacio, como si quisiera memorizar el tacto de mi piel. Quiero hacer lo mismo, pero no sé si tendría tanta fuerza de voluntad como ella para no seguir una vez empiece a acariciarla. Así que dejo que sea ella quien lo haga todo mientras mi boca sigue al ataque y mis manos no sobrepasan la línea que me separa de su ropa.

Jadeos descontrolados, respiraciones agitadas y latidos de corazones a punto de explotar son lo único que se escucha entre las paredes de mi portal. Ni siquiera sé cuánto tiempo ha pasado hasta que nos separamos para coger aire como si hubiéramos estado corriendo por toda la ciudad.

Julia apoya la cabeza sobre la pared y coge aire con fuerza. Su cuello queda expuesto y con mis manos todavía en sus caderas me acerco para dejar un beso sobre él.

—¿Te he dicho alguna vez que me vuelve loco cómo hueles? —susurro erizando su piel con el roce de mi aliento.

—No. —Suelta una risilla—. Pero sí me he dado cuenta de que cuando estaba cerca de ti respirabas más.

—Era para que tu olor se quedase dentro de mí y sintiera que estabas conmigo todo el día —confieso.

Me mira y sus ojos brillantes iluminan la oscuridad del portal. Hace rato que se ha apagado la luz, aunque el reflejo de las farolas de la calle hace que pueda verla de una forma más íntima.

Mentiría si dijera que no llevo esperando este beso desde que nos hicimos amigos porque, en realidad, no he sido capaz de concentrarme en otra cosa que no sea ella. Incluso sabiendo que estaba con Max, era imposible sacarla de mi cabeza.

Y, ahora que es real, que conozco los secretos de su boca y los susurros de su piel cuando la toco, sé que me convertiré en un adicto a ella.

—Ven. —Agarro su mano y tiro ligeramente de ella—. Has dejado tus cosas arriba. Recojamos todo y luego te llevaré a casa.

Ella sujeta mi mano con seguridad y sonrío.

Subimos en el ascensor entre besos que saben a palabras escondidas, emociones a flor de piel y el desconocimiento de qué pasará mañana cuando nos veamos.

Y que me parta un rayo si lo sé, pues lo único que tengo claro es que no me importa porque ambos hemos saltado sabiendo que el otro nos esperaba abajo.

Burbuja

Aiden

Sonará muy cursí, pero llevo tres semanas en una nube. Una de la que, por supuesto, no me quiero bajar.

Desde que Julia y yo nos lanzamos aquella noche, nuestra relación ha cambiado. Pero solo un poco, no os vayáis a creer que ahora estamos rellenos de algodón de azúcar, corazones rosas y ositos de peluche. Nos lo estamos tomando con calma.

Por las mañanas, cuando llego a la cafetería y estamos solos, la beso hasta quedarnos sin respiración. Y, cuando estamos acompañados, nos tenemos que conformar con un beso en la mejilla, aunque muy cerca de esos labios que me tienen loco, y alguna que otra caricia furtiva. Al fin y al cabo, estamos en nuestro puesto de trabajo. Ya habrá tiempo para que nuestras bocas se roben el aliento, como por ejemplo cuando coincidimos en el cuartito de empleados.

Recuerdo el día siguiente de aquella noche. Yo tenía turno por la mañana y, cuando ella vino por la tarde, yo ya me iba. Coincidimos en el pequeño habitáculo y no sabía cómo actuar. Sé que le había dicho que estaba cansado de no poder besarla cada mañana, pero cuando la vi me bloqueé. Había estado tanto tiempo sintiéndola en silencio que, ahora que sabía que estaba a mi alcance, no sabía cómo acercarme. Sus labios rosas tampoco ayudaban. Se los había pintado y se veían más apetecibles que nunca.

Pero yo seguía anclado al suelo, mirando su boca mientras ella decía algo que no logré escuchar. Hasta que fue ella quien acortó la distancia que nos separaba y me besó. Entonces algo hizo clic dentro de mí y reaccioné aferrándola a mi cuerpo.

Julia es la única persona capaz de paralizarme de ese modo. A veces pienso en lo mucho que me impone como mujer, como amiga..., como persona. Dudo mucho que llegue a conocer a alguien como ella. Tal vez en otra vida, y espero que el destino se encargue de unirnos como lo ha hecho en esta.

Y no solo nos vemos en el trabajo. ¿Os acordáis del fin de semana haciendo submarinismo? No fue un desastre como pensaba. Creo que debo ser la única persona en este mundo que traga agua con un traje de buzo y una bombona de oxígeno, pero, bueno, no estuvo tan mal. Julia, por el contrario, parecía haber nacido para estar en el mar. Cuando me daba la vuelta, allí estaba en el

agua chapoteando. Solo subió al barco para comer y llenarme la cara de besos. Estaba feliz y eso a mí me bastaba.

Bill y Mara también lo estaban porque al fin nos habíamos atrevido a dar el paso. ¿Y qué paso es ese? Probablemente ellos piensen que nos casaremos en unos meses y que tendremos unos niños preciosos. Gemelos, claro está, para que puedan cuidarlos cuando nos vayamos de viaje. Juro que no sé dónde meterme cuando empiezan a decir esas cosas. Julia y yo no podemos evitar carcajearnos ante los planes de futuro que tan bien han organizado para nosotros.

La realidad es otra. Ambos hemos decidido no ponerle nombre porque en el momento en que ella cogió mi mano aquella noche para regresar a mi casa supe que nuestra conexión había llegado adonde siempre habíamos querido. Nos besamos, nos agarramos de la mano como si lleváramos toda la vida haciéndolo y compartimos no solo nuestro trabajo, sino alguna que otra noche juntos. No hemos dado ningún paso más porque estamos a gusto donde nos encontramos.

Lo demás, el tiempo lo dirá.

—Oye, Julia —digo llamando su atención.

Ambos estamos en la cafetería trabajando, aunque hoy solo han venido un par de clientes y no hay mucho que hacer. He pasado la tarde limpiando los cristales y ella organizándolo todo para cuando doña María vuelva de las vacaciones.

Julia levanta la cabeza de los papeles y me mira con una enorme sonrisa. Joder, qué bonita es.

—Dime.

Mi mirada desciende hasta su boca y se me seca la garganta. ¿Qué diablos iba a decirle? Mierda, se me ha olvidado.

—Joder —mascullo en voz baja.

—¿Estás bien?

Mi mirada regresa a sus ojos. Tiene el ceño ligeramente fruncido. Estoy quedando como un idiota.

Concéntrate, Aiden.

—Sí. Yo... —Trato de pensar qué quería pedirle hasta que una bombilla se ilumina en mi cabeza. Ya lo recuerdo—. Quería pedirte si puedo salir una hora antes del trabajo. Tengo que acudir a un compromiso importante, por favor.

—Claro, sin problema —asiente con la cabeza—. Hoy esto está muerto, cerraré yo sola.

—Gracias.

Por un momento pensé que se iba a negar o que me pediría explicaciones. No es que le esté ocultando el motivo por el que vine de Irlanda, es solo que el tema nunca ha surgido. Le he contado cómo era mi vida allí, pero no mucho más. Supongo que todavía tengo miedo de decirlo en voz alta por si se gafa, por si al final sigue siendo lo que siempre fue, un sueño.

Mientras termino de poner orden en la desierta cafetería, me prometo que, si lo de esta tarde sale bien, se lo contaré todo. Y llamaré a Erin para darle la noticia, ya puestos. Habrá que celebrarlo y mis planes incluyen a Julia.

Cuando llega la hora de irme, me cambio de ropa con rapidez y voy a despedirme de ella. No me gusta dejarla sola cerrando el local, pero le he pedido el favor a Lucía y a Jordan y ninguno podía. Y sé que, si dejo escapar esta oportunidad, me arrepentiré.

—Ya me voy, Julia. ¿De verdad te viene bien que me vaya?

Me cuelo detrás de la barra y me pongo a su lado. Está limpiando la cafetera, probablemente a esta hora ya nadie pida café.

—No te preocupes, Aiden. Puedo encargarme yo sola.

Deja la cafetera sobre la barra y agarra mi mano. Yo miro a mi alrededor para asegurarme de que no hay nadie. Ya solo faltaba que entrase un cliente y nos viese haciéndonos arrumacos, por mucho que lo desee.

—¿Cenamos esta noche? —pregunto ilusionado por volver a verla—. Puedo recogerte cuando cierres. Han abierto un sitio de hamburguesas a quince minutos de aquí del que hablan maravillas.

—Me encantaría. —Se inclina y me da un beso rápido en los labios que me sabe a poco, pero que aguarda mucho más.

Me despido antes de cerrar el local con nosotros dos dentro y perderme en su boca. Son las siete y cinco de la tarde, tengo diez minutos para llegar al lugar acordado. Menos mal que tengo el coche en el aparcamiento, solo espero que no haya mucho tráfico.

* * *

—Te llamaré en unos días cuando tenga el contrato preparado.

—¿Tardará mucho? —pregunto ansioso.

—Unos cuatro o cinco días porque el fin de semana está de por medio. Lo firmaremos y te daré las llaves para que sea todo tuyo.

Le agradezco todo lo que está haciendo y se marcha calle abajo. Yo me quedo frente al local embobado. Todavía no puedo creer que sea cierto, que vaya a ser mío. Bueno, no mío exactamente, pero parte de mi vida de ahora en adelante.

Nunca he querido que pase el tiempo tan rápido como ahora. Ya quiero que llegue la semana que viene para que sea todo un poco más real. Ahora sí, ya empiezo a sentir los nervios y la adrenalina por el paso que estamos a punto de dar.

Entonces me acuerdo de la persona que me acompañará en esta aventura y la llamo por teléfono. Allí es la hora de comer, y aunque los interrumpa, sé que ella se alegrará al saber de mí.

—Estamos a punto de conseguirlo —digo en cuanto descuelga.

Al otro lado de la línea escucho su risa alegre. Esa que tantísimo he echado de menos y que me transmite calidez a pesar de estar a tantos kilómetros de distancia. Entonces me doy cuenta de que todo ha merecido la pena y que venir ha sido la mejor decisión que he tomado nunca.

Pero, claro, supongo que la burbuja de felicidad algún día llega a su capa más fina y es cuando alguien aparece para pincharla. Tal vez debería haberlo previsto... o tal vez no.

Confidencias

Julia

Suelto el aire retenido en los pulmones. Otro día más que pasa y otro día menos de trabajo.

El verano está a punto de terminar y, aunque no es mi estación favorita, he de admitir que estos meses han sido una montaña rusa de emociones. Primero Max, después Aiden... Empecé el verano con un novio y ahora tengo otro. ¿Eso dice algo de mí?

Bueno, puede que sí o puede que no. El caso es que me da igual porque, ahora que he encontrado a una persona que me hace sentir completa, no voy a dejarla escapar por mucho que los demás lo cuestionen.

Estas tres últimas semanas han sido fantásticas porque me he permitido el lujo de vivir y de sentir a mi manera. Me he dado cuenta de que llevaba meses estancada en un bucle que no me gustaba, pero del que tampoco me daba cuenta de que estaba dentro. Entraba y salía de la cafetería, pasaba las noches en casa viendo películas con Mara, esperando un mensaje o una llamada de Max. ¿Cuántos meses había pasado así? Ni idea, pero supongo que muchos.

Ahora es distinto porque, aunque mi rutina sigue estando marcada por mi trabajo, cuando salgo tengo planes con Aiden, Mara, Bill o sus amigos. No me importa acostarme a las tres de la madrugada y tener que despertarme a las seis porque me toca abrir la cafetería, porque cada noche me acuesto agotada, pero con una sonrisa. Mentiría si dijera que Aiden es el causante de ese cambio porque, en realidad, todas las personas que me rodean en la actualidad forman parte de él. Tanto que no podría vivir sin ninguno de ellos.

Me encanta pasear por la playa agarrada de la mano de Aiden, que Bill esté mofándose de cada beso que nos damos o que a Mara le duela tanto la mandíbula de reír por las tonterías de su novio. Me encanta el mundo que hemos creado entre todos, así sin más.

Sonríe como una boba al pensar en ellos..., en mis amigos y en Aiden. En que no sé cuánto tiempo más estaremos juntos, pero que estoy segura aprovecharé al máximo.

—¿Preparada para su cena, señorita?

Su voz hace que todas mis terminaciones nerviosas sean conscientes de que está aquí, justo detrás de mí, y de que solo tengo que girarme para que su calor y su olor me envuelvan aún más.

Me doy la vuelta y lo veo tan bien como siempre. Su pelo despeinado, su inconfundible

sonrisa, su lunar justo al lado de su boca... Dios, qué ganas tengo de besarlo. Y como si leyese mis pensamientos, se lanza de lleno a por mi boca.

Sus manos se aprietan en mi cintura con ímpetu y mis brazos rodean su cuello para acercarlo más a mí. Es como si fuera un imán y me obligase a acercarme cada vez que se aleja lo más mínimo. Y cuando estamos juntos, no puedo soltarlo a menos que tengamos que coger aire para seguir viviendo y poder comernos a besos durante más días.

—¿Nos vamos? —susurra sobre mis labios con la respiración agitada.

Yo no estoy mejor que él, así que asiento con la cabeza y nos marchamos cogidos de la mano hasta su coche.

De camino al restaurante solo me la suelta para cambiar de marchas en el coche. Durante todo el trayecto hasta que nos hemos sentado en la mesa no ha parado de acariciarla con sus dedos y darme besos que me han erizado la piel.

Dios, cómo me gustaría poder sentir sus labios por todo mi cuerpo... Pero quiero esperar a que sea el momento, a que nuestros cuerpos lo pidan a gritos y ambos seamos capaces de perder la cordura juntos. Porque sé que la perderé. Sé que estar con Aiden de esa manera será más de lo que pueda soportar porque, si con solo mirarme consigue que mi cuerpo se llene de electricidad y anhelo, no sé qué será de mí cuando me toque.

—Este lugar es precioso —comento para borrar de mi mente cualquier pensamiento que me haga pensar en su cuerpo contra el mío.

Y es verdad. El camarero nos ha dado una mesa en la terraza, justo al lado del mar donde la brisa y el sonido de las olas son nuestros acompañantes. No es muy tarde, apenas son las nueve de la noche, pero estamos prácticamente solos en este lugar. Es una pena que nadie más disfrute de unas vistas tan bonitas. El mar, la arena, la luna iluminándolo todo... Es perfecto.

—Lo es —afirma Aiden mirándome con un brillo especial. No es el mismo chico de antes, el que se ha marchado hace dos horas de la cafetería, y me pregunto qué habrá pasado—. ¿Ha venido alguien más después de irme?

—El señor John a por su porción diaria de tarta de arándanos, nadie más. ¿Y tú? Pareces distinto, tu compromiso debió de haber ido muy bien.

Aiden sonrío ampliamente y dirige su mirada al mar con los ojos emocionados. Creo que nunca lo había visto tan feliz.

—Mejor que bien —admite y, cuando vuelve a mirarme, sus ojos están llenos de ternura—. Creo que nunca te he contado por qué dejé Irlanda para pasar aquí el verano.

Niego con la cabeza. Siempre he pensado que se había hartado de su vida allí y que necesitaba un cambio, como muchos, solo que él se había arriesgado. Supongo que nunca se me pasó por la cabeza que fuese otra cosa.

—Ya te conté que mi vida en Irlanda se resumía en pasar las tardes con la señora Erin recordando mis penosas trastadas de adolescente, recogiendo flores y plantas e imaginando nuestro futuro. Porque siempre ha estado en todos mis planes, no concibo mi vida sin ella.

Asiento. ¿Cómo podría olvidarlo? Si cada vez que la nombra su pecho se hincha y a veces las palabras le salen atropelladas por la emoción. Se nota el inmenso cariño que le tiene a esa mujer. Es como una abuela para él, aquella que nunca tuvo porque las biológicas murieron cuando era aún un crío.

—El año pasado le diagnosticaron alzhéimer —vuelve a hablar después de que el camarero nos sirva los refrescos y algo para picar—. Por suerte no está muy avanzado y su vida es casi igual a como era antes, pero tengo miedo a que un día se olvide de todo..., de mí.

—¿Y por qué te fuiste? Podrías haberte quedado allí y seguir viéndola como cada día.

Aiden da un sorbo a su refresco apartando su mirada de la mía. Hablar de Erin ha pasado a ser un tema peliagudo, y más después de saber que tiene alzhéimer.

—Me fui para poder cumplir su sueño. Cuando era una niña, acompañaba a su abuela a recoger plantas medicinales para las personas que lo necesitaban. Siempre me ha contado que era la mejor de todo el pueblo, así que pronto se hizo muy famosa y tenían que recoger más cantidad para cubrir a todos los enfermos. Pero ella no solo le ayudaba por eso. —Sonríe, y me quedo embobada hasta que vuelve a hablar—. A ella le encantaba recoger flores para hacer sus propias esencias y desde entonces ha estado creando olores nuevos, frescos y distintos. Te juro que tiene un don, Julia, si pudieras oler uno de sus tarritos lo sabrías.

—Me encantaría —contesto con sinceridad.

—Cuando era una adolescente, sus nietas y yo competíamos para ver quién conseguía la mejor esencia mientras Erin pasaba las tardes mirándonos, sabiendo que ni locos conseguiríamos nada parecido a lo que hacía ella. Siempre ha mantenido en secreto cómo es capaz de hacer la mezcla perfecta. Incluso cuando se corrió la voz le ofrecieron distribuirlos por el pueblo, pero no quería que nadie se apropiase de su trabajo.

El camarero nos trae nuestras apetecibles hamburguesas con queso de cabra y cebolla caramelizada y Aiden continúa contándome la historia entre bocado y bocado. Yo lo escucho atentamente y poco a poco me transmite el cosquilleo que él siente al hablar de Erin. Me encantaría conocer a esa mujer.

—A ella siempre le ha gustado vivir las cosas en pequeñas cantidades, aunque con intensidad.

—Me gusta —afirmo—. Supongo que muchos deberíamos aprender a hacer lo mismo.

Aiden asiente con la cabeza y se termina su hamburguesa. A mí solo me quedan un par de bocados, lo cierto es que está buenísima.

—Una tarde vimos en la tele un programa de pequeños negocios que habían conseguido un hueco en este mundo y ambos pensamos lo mismo. ¿Cómo sería poner una pequeña tienda donde poder vender las fragancias a las personas de a pie? Nada de empresas, sino algo más íntimo. Al principio nos pareció un sueño, después una locura y, finalmente, algo que podría hacerse realidad si nos lo planteábamos. Al día siguiente, le diagnosticaron el alzhéimer y supe que el don de Erin tenía que salir de su casa, volar.

—¿Por eso viniste? —Asiente con la cabeza—. ¿Y por qué aquí y no otro sitio?

—Porque esta siempre ha sido mi ciudad, a pesar de todo, y creo que puede funcionar.

—Pues a por todas, Aiden. Erin se lo merece. Ambos os lo merecéis.

Con el ruido de mar de fondo, me cuenta que esta tarde ha ido a ver un local después de visitar muchos otros meses y que este es perfecto para lo que tienen en mente. Es pequeño, acogedor, íntimo; justo lo que buscan. Solo queda firmar y organizarlo todo. Le pregunto si Erin vendrá hasta aquí para colaborar, al fin y al cabo, es su tienda, pero Aiden no está tan seguro. Sus nietas vendrán una semana para ayudar y la convencerán para que nos haga una visita en la inauguración. Ella es feliz con saber que ha dejado su huella en el mundo con su pequeño rincón, sin saber que ya lo ha hecho en personas como Aiden.

Me ofrezco a ayudarlo en todo lo que necesite hasta que esté todo listo. Lo que no sé es cómo lo hará una vez esté preparado, pues tendrá que hacerse cargo y eso supondrá dejar la cafetería. Es cierto que doña María le hizo un contrato únicamente para verano, pero creo que, si se lo pidiera, se podría quedar con nosotros. Aiden ya forma parte de la pequeña historia de la cafetería, sería una pena que se marchara. Lo bueno de esta situación, si lo pienso egoístamente, es que no se marcharía a Irlanda.

Dios, ¿por qué tengo tanto miedo de que se vaya? Creo que mi corazón sabe la respuesta, pero mi cabeza se niega a ponerle voz.

Estoy muy bien con él, y con eso basta.

Adrenalina

Aiden

Hoy estoy como una moto. Y no, no me he tomado un Red Bull. Supongo que es la adrenalina al saber que mañana firmaré el contrato y que la próxima semana las nietas de Erin vendrán hasta aquí para ayudarme mientras esté trabajando en la cafetería. Solo espero poder compaginar bien una cosa con la otra.

Espero que Bill no me mate cuando sepa que se van a quedar una semana entera en el sofá cama de casa. El vuelo será demasiado costoso como para que tengan que pagar un alojamiento. Si tengo que sobornarlo limpiando durante todo un mes, lo haré, eso seguro.

—Me han pedido que te felicite por el bizcocho de chocolate, Lucía —comento dejando los platos sucios en la cocina.

Mi compañera sonrío complacida por el cumplido y sigue a lo suyo. Ella sí que parece estar como una moto todos los días. Me sorprende la velocidad con la que prepara los dulces. Incluso a veces juraría que no es de este mundo.

Salgo de la cocina y me encuentro con una escena que me hace fruncir el ceño. Tras la barra está Julia preparando café con el cuerpo rígido y, frente a ella, un chico con malas pintas dándole un papel doblado. Lo que escucho que le dice me pone en alerta.

—Te estás confundiendo, lo siento —dice Julia con voz seria.

—Qué lástima.

Tras eso, el chico se marcha desatando las miradas de algunos clientes por la ropa desaliñada y los enormes tatuajes que tiene por toda la piel visible.

—¿Pasa algo? —pregunto poniéndome a su lado.

Julia me mira y niega con la cabeza. Trata de sonreír, pero en su lugar le sale una mueca, algo ha pasado y no es bueno. No puedo insistir porque varios clientes entran en la cafetería y tengo que atenderlos con rapidez. Ya le preguntaré antes de irme, pues mi turno acaba en quince minutos y a ella le toca hoy cerrar.

Diez minutos más tarde, un muchacho entra e inspecciona todo el local con la mirada. Al verme cerca limpiando una mesa que se ha quedado vacía, camina hasta mí y se detiene cuando está a mi altura.

—Perdona, tío. ¿Aquí trabaja una tal Julia?

No me aguanta la mirada por mucho tiempo porque vuelve a mirar hacia todos lados hasta que da con ella en la barra.

—Ya la he encontrado —vuelve a hablar y da un paso adelante, pero yo lo detengo agarrando su brazo.

—¿Para qué la buscas? —pregunto.

—¿Eres su chulo? —Sus palabras me dejan noqueado. ¿Qué coño está diciendo este tío?—. Bueno, voy a ir antes de que se me cuele alguien.

Camina con paso decidido hasta ella y yo lo sigo, sin dar crédito a lo que estoy viendo y escuchando. Un chico vale, pero dos... Tiene que haber algo escondido.

Rodeo la barra y me meto detrás con ella con rapidez. Julia me mira con sorpresa, sin entender lo que está ocurriendo, y no la culpo, yo tampoco lo entiendo.

—¿Julia? —dice llamando su atención.

Ella asiente muy despacio con la cabeza.

—Venía a por... —Entonces me mira y entorna los ojos—. Por lo que tú ya sabes.

—¿Te conozco? —cuestiona ella.

—Estamos a punto de hacerlo, tú solo dime cuándo acaba tu turno y podrás hacerme todo eso que prometes.

Mis ojos se abren desorbitados y cierro los puños con fuerza. Aunque la barra nos separa, doy un paso al frente para encararlo, pero entonces Julia agarra mi brazo y me contengo un poco.

—¿Quién te lo ha dicho? —escupe ella con la voz llena de rabia.

—Está por todas partes.

—Tendrás que ser más específico.

Los miro de hito en hito, intentando adivinar qué está pasando. Mi mente comienza a trabajar a una velocidad vertiginosa donde mil hipótesis podrían ser ciertas, pero ninguna me cuadra. ¿Cómo narices va a estar Julia metida en... vete a saber qué con ese tío?

—¿Serás más generosa conmigo si te doy más detalles? —murmura con un tono de voz que no me gusta nada.

Cuando comienza a mirarle los pechos sin ningún tipo de vergüenza y a relamerse como un puto sabueso, ya no aguanto más.

—Más te vale que cantes ahora porque mi turno está a punto de terminar y te juro que no soy tan amigable como parezco —amenazo.

Él me mira durante unos segundos que se me antojan interminables y luego suspira.

—Está bien. —Se mira las uñas como si nada. Como si no estuviera a punto de saltarle encima—. Lo he visto en internet. Aparecía tu nombre, los servicios que ofreces y esta dirección. Había hasta una foto tuya.

—¿Qué? —Julia suelta un grito y yo llevo mi mano a su espalda para tratar de tranquilizarla.

—Enséñame dónde lo has encontrado. —Él me mira como si estuviera loco y salgo de la barra

para encararlo más cerca. Sé que estoy en mi puesto de trabajo, pero, si alguien está detrás de esto, será mejor que le paremos los pies.

—Qué machote —se burla, y yo aprieto la mandíbula.

Saca su teléfono móvil del bolsillo, tecldea algo y me lo enseña. Yo se lo arranco de las manos, pero no puedo leerlo porque Julia me lo arrebató con rapidez.

A mi lado, su cuerpo se pone todavía más rígido al ver todo lo que describe un anuncio de internet. Aparece una foto suya con un vestido ajustado, está preciosa. Aunque el texto que viene a continuación me hace palidecer. Alguien se ha hecho pasar por ella y se ofrece a todo tipo de favores sexuales, a cuál más deplorable, y si quieren aprovecharse, deberán ir a la dirección que indican, la de la cafetería.

¡Maldita sea! ¿De verdad está pasando?

A Julia comienzan a temblarle las manos y le quito el móvil para dárselo a su dueño, no sin antes hacerle una última pregunta.

—Has dicho que está en todas partes. ¿Dónde?

—Lo he visto en varias webs como esta. En todas pone lo mismo. Oye, ¿es mentira?

Asiento con la cabeza y él se marcha con rapidez de allí. Mejor, así no tendré que armar un escándalo por echarlo a patadas.

Me doy la vuelta y veo a Julia congelada. Está en la misma posición que cuando le arrebaté el móvil. Agarro sus manos todavía en alto y se las beso. En este momento toda la cafetería ha dejado de existir y solo estamos ella y yo.

—Escúchame, Julia —susurro con ternura. Necesito que sepa que estoy aquí y que el siguiente que entre por esa puerta preguntando por ella se convertirá en el próximo pastel de la carta—. ¿Sabes quién ha podido ser?

—No lo sé —contesta con un hilo de voz—. Esa foto...

—¿Quién más la tiene? ¿Está en las redes sociales o en alguna parte donde alguien pueda cogerla?

Niega con la cabeza y me mira con los ojos brillantes por las lágrimas que está reteniendo.

—Solo hay una persona que tiene la foto. Pensaba que la había borrado, pero me equivocaba.

—¿Quién?

Aparta la mirada y ya sé la respuesta.

—Hijo de puta. Lo voy a matar —gruño con fuerza.

Intento soltar sus manos, pero ella no me deja. Me agarra como si su vida dependiera de ello y me busca con la mirada, pero yo la rehúyo. No quiero que vea cómo la rabia me está consumiendo en este momento.

¿Cómo ha podido ser tan miserable? Después de haberle hecho tanto daño, de haberme partido la cara aquel día... Está loco, no hay otra respuesta, y me las va a pagar. Todas... y con creces.

Doy un suave tirón y me suelto de su agarre. Cojo la bayeta para seguir limpiando las mesas, pero Julia me sigue allá donde voy.

—Aiden —me llama, pero la ignoro mientras coloco las sillas en su sitio—. Aiden, por favor. No hagas nada. Seguro que ya no viene nadie más.

Me doy la vuelta y la encaro. Ella no se aparta, ni tan siquiera se mueve unos milímetros. Su cuerpo sigue rígido y sus ojos acuosos. ¿Cómo me pide eso si lo único que quiero hacer es matarlo?

—Mi turno acaba en... —Miro el reloj de mi muñeca—. Tres minutos. Jordan estará a punto de llegar.

Y como si lo hubiera invocado, nuestro compañero entra con una sonrisa de oreja a oreja que se le borra en cuanto nos ve en ese estado.

—¿Pasa algo?

—Jordan. —Me giro para quedar frente a él—. Han venido unos chicos molestando a Julia. Si entra alguien más, mándalos a la mierda.

—A sus órdenes, mi capitán —se burla poniéndose una mano en la frente.

Le lanzo una fría mirada para que sepa que no estoy bromeando. Ya solo faltaba eso. Él asiente con la cabeza y se marcha al cuartito de empleados para cambiarse.

Tras un suspiro, encaro a Julia y acuno su rostro entre mis manos.

—Es hora de que alguien le pare los pies a ese desgraciado —digo, y tras darle un casto beso en los labios, me marcho.

* * *

Toco el timbre con el cuerpo lleno de adrenalina.

Durante todo el camino he intentado pensar en qué puedo decirle cuando lo vea. Incluso lo he practicado en voz alta, agarrando con fuerza el volante para controlarme, pero sinceramente no sé qué saldrá de mi boca cuando lo vea. Es tanto el odio que le tengo..., y asco, mucho asco.

Uno de sus amigotes me abre la puerta ignorando la cara de cabreo que traigo. Mejor, uno menos. Con mi primo tengo más que suficiente. Me palmea la espalda con fuerza y me deja pasar.

En cuanto entro al salón, maldigo en voz baja. Hay una pequeña fiesta y todos sus amigos y varias chicas están aquí. Lo busco con la mirada, pero no está. Cuando voy a preguntar por él, aparece en el pasillo y me mira.

—¡Primito! —alza la voz con felicidad y se pone un cigarro en la boca para tener los brazos libres—. Ven a mis brazos.

Mi rabia aumenta al ver que está borracho mientras Julia está sufriendo las consecuencias de una relación tóxica que nunca debería haber sido. ¿Cómo puede estar tan tranquilo?

Con pasos torpes se va acercando hasta mí, pero no llega a dar ninguno más porque mi puño toma vida propia y se estrella contra su mejilla en menos de dos segundos.

A la mierda el discurso preparado, que viva la acción.

Sus amigos, que lo han presenciado todo, se levantan con rapidez para ayudarlo. Uno de ellos

me agarra los brazos por la espalda y yo intento soltarme, pero es más grande y fuerte que yo. Genial, ahora estoy atrapado. Pero ¿y lo bien que me he quedado al devolvérsela? Aunque esto solo sea una mínima parte de lo que tengo guardado después de tanto tiempo.

—¡Dejadme, joder! —vuelve a gritar apartando a sus perros falderos.

Max se toca el labio y en sus dedos ve sangre. Se lo he partido. Que le jodan.

Con una sonrisa perversa se acerca hasta quedarse a un palmo de mí. Ya no me retuerzo entre los brazos de su amigo. Lo que tenga que ser, será.

—¿Te crees muy valiente por apalearme mientras tu amigo me agarra? —espeto con asco demostrando mi valor.

Él hace un movimiento de cabeza y su amigo me suelta. El silencio reina en el salón, nadie se atreve a hablar ni a moverse. Esto se ha convertido en algo entre él y yo, y sé que no va a quedar mal delante de todo su círculo. No va a permitir que nadie le parta la cara y salga de rositas.

—Supongo que ya te has enterado de mi sorpresa. —Chasquea la lengua fingiendo fastidio—. ¿Qué le ha parecido a la pequeña Julia?

—¿No has tenido suficiente? Lo que has hecho es asqueroso hasta para ti.

—Asqueroso es que mi primo se acueste con mi novia. Dime, ¿os lo habéis montado en la cafetería? —Suelta una risilla que me saca de mis casillas—. Yo lo intenté varias veces, pero no hubo suerte.

—Déjanos en paz.

—¿Crees que me das miedo, primito?

—Creo que aún no conoces lo que soy capaz de hacer —amenazo.

Nos miramos sin decir nada más, con la esperanza de que lo deje estar. Pero sé que es imposible, que Max jamás nos dejará en paz a menos que encuentre otra diversión. Si supiera cuál, se la daría, de verdad. Pero estoy atado de pies y manos y mi única escapatoria es amenazarlo y que piense que voy a cumplirlo. Tiene algunos trapos sucios que podrían salir a la luz, pero no querría llegar a eso porque sería como declararle la guerra. Una guerra que no tendría final a menos que entrase en la cárcel. Con sus antecedentes no tardaría en hacerlo, pero no querría tentar a la suerte.

—Está bien, Aiden —claudica tras unos minutos de tensión—. No te creía con un par de huevos, pero, mira por dónde, los tienes. Ahora vete antes de que me arrepienta y salgas de aquí a trocitos.

Continuar

Julia

—¿Está Aiden? —pregunto a Bill en cuanto abre la puerta de su casa.

—Pasa. Está en la ducha.

Camino hasta el salón y me siento en el sofá. Llevo toda la tarde de los nervios desde que el primer chico ha entrado en la cafetería. Cuando se ha acercado a mí y me ha dicho que me esperaba en el callejón de al lado para que le hiciera una... Me han dado arcadas. Pensé que me había confundido con alguien, pero al ver a otro chico más insinuándose, sabía que no eran coincidencias y que había alguien detrás. Max, para ser más exactos, porque esa foto solo la tenía él.

Recuerdo el día en que Mara me la hizo. Habíamos salido de fiesta porque Max me había dado plantón y estaba de bajón. Me puse el vestido que me había comprado para cuando los dos saliéramos, pero que no había llegado a estrenar, me calcé unos tacones y fuimos a tomarnos algo. Mara me dijo que estaba radiante y que debía hacerle saber a mi novio que había salido a divertirme, como él. Entonces me hizo la foto y se la envié, pero solo me contestó con un *emoji* babeando.

Nunca volví a ver esa foto porque la borré de mi móvil, pero, al parecer, él no. La tenía a buen recaudo para poder usarla como y cuando le diese la gana, como hoy. ¿No le bastaba todo el daño que me había hecho que quería más? Por suerte solo aparecieron dos chicos más que Jordan despachó con soltura y rapidez. ¿Habría borrado los anuncios? Espero que sí, porque la cafetería es mi trabajo, no un club de alterne. Podría jugarme el pellejo si doña María se llega a enterar.

—¿Estás bien? —La voz de Bill me saca de mis pensamientos.

Retuerzo mis manos sobre el regazo. ¿Cómo le explico lo que ha pasado? Que Aiden se está metiendo en problemas por mi culpa. Primero le parten la cara, ahora esto. Cuando lo he visto con la mandíbula apretada, los puños cerrados y su cuerpo tenso, se me ha caído el mundo encima. Quería pararlo, pero estaba atada de pies y manos por mi trabajo.

—He tenido días mejores —contesto escueta.

—A Aiden le ha pasado lo mismo.

—¿Está bien? —pregunto ansiosa por saber si le ha pasado algo. Bill asiente con la cabeza y

suelto el aire contenido—. Bill, ¿crees que debería haber esperado más tiempo para estar con Aiden? Hace poco que rompí con mi ex, ya sabes...

No puedo negar que me siento avergonzada por contarle mis cosas, pero desde que lo conocí aquella noche de lluvia me he dado cuenta de que Bill es un pozo de sabiduría. O de cordura, claro. Sabe las palabras exactas para cada situación, aunque a veces no nos guste. Por eso necesito preguntárselo antes de que mi cabeza idee cualquier respuesta que sin duda va a ser mucho peor que la suya.

—Retrasarlo solo habría significado que la tensión entre vosotros fuese mayor —contesta con seguridad y con la mirada llena de ternura—. No te martirices, Julia. Deja de culparte por algo que no está a tu alcance.

—Pero es que lo soy. Todo lo que está pasando con Max es por la relación que tuvimos.

—Aiden y tú erais ajenos a todo cuando empezasteis a sentir algo el uno por el otro. Si no te sientes bien con lo que tenéis, piénsalo, pero deja a un lado a Max porque él no debería tener cabida entre vosotros. Sois dos, nadie más.

Tiene toda la razón. Sé que el problema lo tengo yo porque no puedo dejar de pensar en que estoy con el primo de mi ex. Además, que ese malnacido siga estando presente en mi vida no ayuda absolutamente nada. Necesito quitármelo de la cabeza para poder continuar, o nunca podré estar con Aiden como desearía.

—Hablaré con Aiden. Necesito dejarlo salir —afirmo—. Lo necesitamos.

—¿Tienes carné de conducir?

Asiento. Bill se levanta y coge las llaves del coche de Aiden que están sobre el mueble. Podría reconocerlas desde lejos por el enorme trébol verde que tiene de llavero. Entonces me las da y vuelve a sentarse en el sofá conmigo.

—¿Recuerdas la playa a la que fuimos con mis amigos? Donde presenté a Mara.

—Claro, es preciosa.

—Han puesto una feria. Es pequeña pero muy bonita. Ahí podréis hablar tranquilamente mientras dais un paseo por la playa. Os vendrá bien.

Se lo agradezco con una sonrisa y él me da un beso en la mejilla antes de marcharse a su habitación. Con las llaves todavía en la mano, me levanto para esperar a Aiden en su cuarto, pero apenas he dado unos pasos cuando su cuerpo aparece en mi campo de visión.

Me atrevo a mirarlo y lo que veo me tranquiliza mucho más. Está como siempre. Sonriente, alegre..., feliz. Dios, ¿cómo es posible que sea incapaz de darme cuenta de que he tenido la felicidad todo este tiempo a mi lado?

—¿Qué haces aquí? —pregunta acercándose a mí.

Cuando está a mi altura, alza su mano y me acaricia la mejilla con mimo. Me derrito ante su tacto y por un momento me olvido del motivo por el que he venido. Ojalá fuese tan fácil como cerrar los ojos y dejarse llevar. Olvidar todo lo demás y centrarse en lo que uno tiene delante.

Le devuelvo la sonrisa y le enseño las llaves de su coche. Él arquea una ceja y me mira con una

sonrisa ladeada.

—¿Qué tramas, pequeña saltamontes?

Suelto una risilla por el apelativo y no le respondo. Al menos no con palabras. Me acerco hasta él y le robo un beso para después agarrar su mano y tirar de él hacia la calle.

Ya va siendo hora de dejar el pasado atrás.

* * *

El algodón de azúcar está buenísimo, y de sus labios está de muerte.

Entre risas despreocupadas, miradas cargadas de significado y tantos besos como para olvidarnos de dónde empiezan sus labios y dónde acaban los míos, pasamos una de las mejores noches que he vivido jamás.

Aiden no se resistió cuando aparqué el coche en el abarrotado paseo marítimo y lo arrastré hasta la feria. Las luces se veían a lo lejos y la música tenue por la lejanía me erizaba la piel. Ya podía sentir la magia de la noche. ¿Quién me iba a decir que el horroroso día después de lo sucedido en la cafetería acabaría así? Nos lo merecíamos. Así, sin más. Sin ninguna otra explicación.

Paseamos viéndolo todo con ojos ilusionados. Hacía demasiado tiempo que no iba a una feria, apenas era una niña cuando mis padres me llevaron y me montaba en todas las atracciones que había. Recordarnos tan unidos me creaba una opresión en el pecho, así que decidí centrarme en la persona que me acompañaba para crear nuevos recuerdos y que se unieran a los demás. A cada cosa que decía, Aiden me miraba como si acabara de descubrir algo maravilloso y no pudiera creérselo aún. Me fascina.

También me vuelve loca esa forma de mirarme la boca como si quisiera mordérmela a cada instante, su pulgar acariciando nuestras manos unidas, su respiración agitada cuando mi cuerpo rozaba el suyo...

Cada día que paso a su lado, Aiden me deja sin aliento para después salvarme con el suyo. Es capaz de hacerme olvidar cualquier cosa, hasta incluso del verdadero motivo por el que hemos venido hasta aquí.

Hasta que me acuerdo y decido tomar las riendas de la situación una vez cenamos y acabamos nuestro algodón de azúcar sentados a orillas del mar. Con las olas de fondo y la luna iluminándonos por completo, me animo a vivir el presente y dejar el pasado atrás. Como debería haber hecho hace mucho...

—¿Sabes lo primero que pensé cuando te vi entrar por primera vez en la cafetería? —pregunto recordando ese día.

—Que estaba loco —contesta Aiden a mi lado mientras coge pequeños puñados de arena y los suelta con la mirada fija en ellos.

—Lo perdido que te sentías, me recordaste mucho a mí. Parece que fue hace una eternidad...

La melancolía me embriaga al ser consciente de todas las cosas que han pasado en un solo verano. Parece que fue ayer cuando estaba entrando de lleno en mi vida, y ahora... Ahora solo queda una semana para que su contrato de trabajo termine y deje de formar parte de mi rutina. No tengo ni idea de qué planes tiene, aunque creo que ni él lo sabe. Solo espero que nos sigamos viendo a menudo porque me hace mucha falta.

Aiden se da cuenta de inmediato del rumbo que está tomando la conversación y de cómo me está afectando, así que no duda en ofrecirme su mano para que me siente en el hueco de sus piernas, con mi espalda pegada a su pecho. En cuanto lo hago, sus brazos me rodean y su nariz acaricia mi cuello.

—No ha sido tan mal verano después de todo —murmura, y su aliento me eriza la piel—. Cuando regresé de Irlanda no esperaba hacer otra cosa que trabajar sin descanso para conseguir dinero y poder abrir la tienda de Erin. Con lo que no contaba era con que aparecieras tú, Julia.

—¿Crees que podría funcionar? Quiero decir, ahora que tu contrato va a terminar, que la tienda se va a poner en marcha y que puede que regreses a... —Me quedo callada antes de decirlo en voz alta—. Me entran dudas sobre lo que tenemos, Aiden, no te voy a engañar.

—¿Te atreverías a meterte en una relación cuyo futuro no está asegurado?

—¿Acaso no es así el futuro de todos? —Giro la cabeza y lo miro—. Me atrevería a todo si es contigo porque, estés o no cerca, seguiré sintiendo lo mismo. Continuarás ocupando el mismo lugar en mi vida.

—No quiero esto para ti, Julia. —Sus ojos me taladran, reflejando una sinceridad desbordante—. Has salido de una relación difícil. Todavía estás sufriendo las secuelas y no quiero que te ates a otra persona solo porque me pueda marchar. Las relaciones a distancia no siempre salen bien y nosotros apenas acabamos de empezar.

—¿Entonces, qué quieres?

—Que seas libre. Que seas tú misma y que, si lo nuestro va mal, no trates de rescatarlo a costa de tu felicidad. Sé que las relaciones son algo de dos, pero en ocasiones hay que ser egoísta y dejar de ser el único que tira de la cuerda para sostenerlos.

Pego su frente a la mía y cierro los ojos. Medito sus palabras, y aunque una parte de mí quiere retenerlo para tener la seguridad de que, si se marcha, siga estando en mi vida, otra parte sabe que tiene razón. Podríamos intentarlo, pero ¿y si no funciona? ¿Haría lo mismo que he estado haciendo con Max? Por supuesto, no puedo comparar a ninguno de los dos porque son como el día y la noche, pero sí me veo capaz de seguir luchando por algo que tal vez estaría destinado al fracaso. O tal vez no. Supongo que si no nos arriesgamos no lo vamos a saber jamás.

¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? ¿No podemos estar juntos y ya está? ¿Intentar ser felices?

—¿Y tú? —susurra sobre mi boca—. ¿Qué es lo que quieres tú?

Abro los ojos y clavo mi mirada en la suya, sin saber qué responder. Hasta ahora no me lo había preguntado nadie. Llevo años haciendo lo que he creído mejor con las personas de mi

alrededor. Max, doña María, Mara... He intentado solucionar los problemas poniendo orden en mi vida, pero sin preguntarme si verdaderamente lo quería hacer. ¿Quizás es esa la clave? ¿Aprender a hacer lo que uno quiere?

Parece más sencillo de lo que parece, pero por supuesto no lo es.

—Ser feliz —contesto con un nudo en la garganta.

Aiden acaricia mi mejilla con delicadeza y sonrío de esa forma tan especial que tiene.

—Cierra los ojos —pide en un susurro—. Dime qué es lo primero que te viene a la cabeza cuando piensas en la felicidad.

Inmediatamente comienzo a ponerme nerviosa al recordar una frase parecida durante aquella fiesta de los amigos de Bill. Acabé con los sentimientos a flor de piel y hecha un mar de lágrimas... y no quiero eso ahora.

Así que lo miro a los ojos y opto por salir por la vía rápida.

—Mis amigos, la cafetería...

—Julia —me interrumpe, y yo aparto la mirada. No puedo ver en sus ojos la determinación de sus palabras cuando no soy capaz de controlar mis emociones—. Dime qué, no quién, por favor. Sé que puedes hacerlo.

Suspiro mientras observo el reflejo de la luna sobre el mar. Intento pensar realmente lo que me hace feliz, aunque no me cuesta mucho porque pequeños detalles que hacen mi día a día mejor me golpean el corazón.

Y entonces sé cuál es la respuesta que quiero darle.

—El sonido de la campanita de la cafetería cada vez que alguien entra, el pastel de coco de Lucía, las películas de miedo que veo con Mara para después acabar durmiendo en la misma cama porque somos unas miedicas. —Suelto una risilla y Aiden la acompaña con la suya—. La forma en que Bill te dice *pequeño saltamontes* y nos mira con la ceja alzada cada vez que nos ve besándonos.

Lo miro antes de seguir hablando. Sus ojos brillan de emoción y también con una pizca de orgullo. Y sé que es por mí. Eso me anima a continuar.

—El lunar que tienes bajo el labio. —Lo acaricio con la punta de los dedos y abre la boca cogiendo aire—. La forma de mirarme como si fuera un espejismo a punto de desaparecer, como si todavía no pudieras creerte que esté frente a ti.

Aiden ríe ante esto último y se acerca para besarme con suavidad, apenas rozando nuestros labios. Un beso que me sabe a poco, pero que guarda mucho.

—¿Ves? Quieres ser feliz cuando en realidad ya lo eres —dice con seguridad—. A veces no nos damos cuenta de los pequeños detalles que hacen de nuestra vida algo mejor. Quédate con todo lo que me has dicho y a la mierda el resto.

Asiento con la cabeza y acerco mi boca a la suya para besarlo como nunca antes había hecho. Demostrándole todo lo que siento, contándole todos los secretos que guardo para que ahora sean

suyos también, memorizando la sensación de felicidad para no olvidarla jamás. Sintiéndome más yo misma que nunca. Sintiéndome, al fin, feliz.

Lágrimas

Aiden

De camino al local para firmar el contrato, mi cabeza no para de trabajar. Si no fuera por el ruido de los coches o de las personas que pasean por la calle, podría escuchar los engranajes moviéndose dentro de mí.

Apenas tengo unas pocas horas de sueño en el cuerpo. Julia y yo volvimos de la feria a las cuatro de la madrugada y ambos nos hemos levantado a las seis para ir a trabajar. Aunque mereció la pena, la noche de ayer fue inolvidable.

Sus ojos brillantes inspeccionándolo todo, su olor mezclado con el del mar, mis brazos alrededor de su cuerpo... Todo fue especial. Con ella siempre lo es.

Después de hablar y de besarnos como si no hubiera un mañana, dimos un paseo por la arena con el agua acariciándonos los pies. Unas veces nos acompañaba el silencio y otras nuestras risas. Pero, por mucho que me hubiera encantado poder congelar el tiempo y permanecer en ese momento toda la vida, las manecillas del reloj se movían a un ritmo de vértigo y llegó la hora de volver a casa.

Conduje sin apenas poder apartarme de ella. Sostuve su mano casi todo el tiempo, la besaba en cada semáforo y la miraba a cada tanto. Todavía no podía creer que, después de la tarde tan horrible que habíamos pasado, estuviéramos de ese modo. Por fin las cosas volvían a su cauce y no podía estar más contento.

Al llegar a casa dormimos juntos en mi cama. No era la primera vez que lo hacíamos, pero para mí así lo fue porque habíamos desnudado ya nuestras almas por completo y sentía que ya no había nada más entre nosotros. Con mi brazo rodeando su cintura y su espalda pegada a mi pecho, caímos rendidos tras desearnos buenas noches en un susurro.

Me siento tan bien a su lado que no quiero pensar en el futuro. No quiero pensar en la forma en que dijo hace unas horas que tenía dudas porque me frustra no tener respuestas a sus preguntas.

La cruda realidad es que no sé si volvería a Irlanda. Lo único que tengo claro ahora mismo es que mi trabajo en la cafetería está a punto de terminar y que me quedará hasta que la tienda esté lista. Después, el destino dirá.

Me encantaría poder quedarme para trabajar en la tienda, pero sé que las nietas de Erin no lo

permitirán. Antes de marcharme el trato era que yo me encargara de cumplir su sueño, pero que después volviera a mi vida. Con lo que no contaba es con que esta se convertiría en mi vida. Estar aquí, con Julia, Bill, Mara, Jordan, Lucía, doña María... Por no hablar de que mis padres tampoco lo aceptarían y que eso supondría no ver a Erin por un tiempo.

Dios, ¿por qué todo es tan complicado?

Enciendo la radio para dejar a un lado mis pensamientos y distraerme. Ahora en lo único que debería pensar es en firmar el contrato y celebrarlo. He invitado a Julia esta noche a cenar y les he pedido a Bill y Mara que nos acompañen. Han aceptado, por supuesto, pero no antes de que mi amigo pusiera su famosa cara de perversión e insinuase que es una cenita de parejas. Como si no supiera que Julia y yo llevamos juntos un mes. En realidad, creo que se hace el tonto para seguir riéndose a nuestra costa. Espero que algún día se le quite la gracia o se la encuentre a otra cosa. A veces es molesto estar besando a Julia y que él no aparte la mirada. Lo que yo digo, pervertido...

Aparco el coche en el aparcamiento subterráneo que hay a dos calles de donde se encuentra el local y me marcho con paso decidido. Voy bien de tiempo, el dueño y yo hemos quedado dentro de diez minutos. Esta mañana me ha enviado un mensaje recordándome nuestra cita... ¡Como si fuera a olvidarme!

En cuanto salgo a la calle, un olor desagradable llega hasta mí. Miro a todos lados por si encuentro el origen, pero no veo nada. No hay nadie más en la calle, estoy solo. Supongo que la gente estará aprovechando los últimos momentos del verano en la playa. Continúo mi camino y, cuando doblo la esquina y entro en la calle donde estará la futura tienda de Erin, mi cuerpo se paraliza. El olor viene justamente de nuestro local.

Corro desesperado hacia allí temiéndome lo peor.

—¡No te acerques, chaval! —grita un vecino desde su balcón—. Ya he llamado a los bomberos.

Pero no le hago caso. Me acerco todo lo que puedo mientras mi corazón se quema, justo como lo está haciendo el sueño de Erin. De las ventanas salen pequeñas ráfagas de humo negro. Las llamas son todavía muy pequeñas, pero pronto lo arrasarán todo.

Intento hacer memoria para saber dónde se encontraba el extintor la última vez que entré. Bueno, la primera y la última, supongo. Y es entonces cuando me doy cuenta de que la puerta está abierta y de que Lewis, el dueño, no ha llegado. ¿O tal vez sí? Tal vez esté...

—Maldita sea —espeto mientras sopeso cómo entrar para ayudarle y salir ambos con vida. Pero no hay tiempo, las llamas cada vez son más grandes y tengo que actuar ya. Ahora.

Con una mano sobre la boca para no inhalar mucho humo, entro rápido y el calor me envuelve. La espesa neblina casi no me deja ver por dónde voy. Por suerte el local es pequeño, así que mis gritos llamando a Lewis retumban por todas las paredes.

Pero no responde.

Lo intento un poco más. ¿Y si no está aquí? Achino los ojos un poco para enfocar mi mirada entre tanto humo y, antes de que me dé media vuelta, veo un cuerpo tirado en el suelo. Me acerco

hasta allí y lo veo. Es Lewis, está inconsciente. O eso espero.

Como puedo, tiro de su cuerpo con toda la fuerza posible, arrastrándolo por el suelo ennegrecido.

—Vamos, Lewis, tenemos que salir vivos de aquí —digo en voz alta, como si pudiera escucharme.

Mientras me acerco a la puerta, escucho el ruido de las sirenas de fondo acompañadas de las voces de personas que gritan que alguien entre a ayudar, pero nadie lo hace. ¿Qué loco se adentraría en un local en llamas? Al parecer, yo.

Dios, si no llego a estar aquí, no sé qué habría pasado con Lewis.

—¡Apártense! —vocifero para que los allí presentes hagan un hueco para dejar al herido en el suelo.

Cuando lo hago, me pongo de rodillas y pego mi oreja a su boca para saber si respira. Por suerte lo hace, pero eso no es lo peor porque de la cabeza comienza a salir un reguero de sangre que mancha el asfalto. Es más grave de lo que pensaba.

—¿Hay algún médico por aquí? —pido mirando a todas las personas que lo único que hacen es entorpecer con sus miradas y sus exclamaciones de sorpresa. Esto no es una atracción de feria, es una persona que se está muriendo, ¿es que no lo ven?

Los siguientes minutos son un auténtico caos. Los bomberos y la ambulancia llegan con rapidez. Apagan el fuego y atienden a Lewis en apenas unos segundos. Lo ponen sobre una camilla y lo suben a la ambulancia.

Un paramédico se acerca a mí para preguntarme si necesito asistencia médica, pero yo niego con la cabeza. No me he movido desde que he dejado a Lewis en el suelo. Sigo de rodillas aturdido, sin poder creerme lo que acaba de pasar. Durante un momento lo he tenido todo y ahora... cenizas.

Alzo la cabeza y miro lo que ha quedado del local. En algún momento han estallado los cristales de las ventanas y se ha quemado hasta la puerta. Ya no queda nada de él ni de nuestro sueño. ¿Qué voy a decirle ahora a Erin? ¿Qué voy a hacer ahora? Podría buscar otro local, pero eso me llevaría unos meses y no tengo más tiempo. Tampoco quedan locales asequibles por la zona, ya lo he mirado todo. Solo quedaría esperar a que alguno que fuese económico se quedase libre.

O volver.

Mi teléfono móvil suena en alguna parte. Estoy tan aturdido que no soy consciente de que está en mi pantalón. Cuando suena por segunda vez, lo cojo con las manos sucias y temblorosas. Es Julia.

Suspiro y acepto la llamada.

—Aiden. —Su voz suena desesperada—. Me han dicho que ha habido un incendio en el barrio donde está el local. ¿Estás bien?

Abro la boca para hablar, pero no puedo. En su lugar, un sollozo escapa de mis labios.

—Voy para allá ahora mismo. No te muevas de ahí, por favor.

No escucho nada más al otro lado de la línea. Ha colgado. Con la mirada todavía clavada en el local destrozado, guardo el móvil en el bolsillo y me rompo por dentro y por fuera en mil pedacitos diminutos. Empiezo a llorar como un niño pequeño sabiendo que la última esperanza que Erin y yo teníamos se acaba de marchar.

Dejo salir todo lo que tengo dentro: rabia, impotencia, dolor, tristeza...

Hoy las lágrimas saben a sueños rotos que jamás podremos cumplir.

Arriesgarse

Julia

Corro tan rápido como mis pies me dejan. El sollozo de Aiden se reproduce una y otra vez en mi cabeza llenando mi cuerpo de horribles escalofríos que quiebran mi corazón sin piedad.

Que esté de ese modo solo puede significar dos cosas. Que el incendio le haya hecho daño físico o que el daño sea peor, más profundo. Cualquiera de las dos variantes me aterra.

Doblo la esquina sin aliento y, aunque hay mucho alboroto concentrado a lo lejos, mis ojos se pierden en un punto fijo. Su cuerpo de rodillas frente a un local calcinado.

—No, por favor, no —susurro con la respiración entrecortada.

La ambulancia, los bomberos e infinidad de personas rodean la escena, aunque yo solo tengo ojos para él. ¿Por qué? ¿Por qué la vida es tan injusta con quienes menos se lo merecen?

Al llegar a su altura, me arrodillo frente a él. Tiene los ojos cerrados y las mejillas mojadas y sucias. Está llorando y me asusto aún más. Nunca lo había visto así, en ese estado.

—Aiden —susurro con delicadeza, pero él no abre los ojos. Entonces acuno su rostro entre mis manos y reacciona. Limpio una lágrima que escapa traicionera de sus ojos—. Estoy aquí, contigo.

Me mira con los ojos acuosos y llenos de dolor. Se le escapa un sollozo que me parte el corazón y no dudo en abrazarlo. Lo rodeo con mis brazos y él se aferra a mí como si fuese su salvavidas.

Ni siquiera sé cuánto tiempo pasamos así y aunque lo que menos quiero es soltarlo, sé que deberíamos marcharnos. Está cubierto de hollín; su cara, la camiseta, las manos..., todo. Es como si hubiese estado ahí dentro cuando el fuego se desató.

Me tenso al pensar en lo peor. Podría haberlo perdido por culpa del fuego. Podría no haber llegado a tiempo para verlo una última vez. Podría...

Pero aquí está y no pienso soltarlo.

—Vamos a casa —murmuro con un nudo en la garganta.

Me levanto y le tiendo una mano que no tarda en coger. Su cuerpo está débil y tengo que ayudarlo a ponerse en pie. Rodeo su cintura con mi brazo y él pone el suyo sobre mis hombros. Camina con pesar, como si no quisiera separarse de ese lugar. Sé lo ilusionado que estaba por la tienda y ahora todo se ha ido a la mierda.

No puedo ni llegar a pensar cómo debe sentirse porque si me pusiera en su lugar y le pasara algo a la cafetería, aún sin ser mía, no sé qué sería de mí. Me sentiría perdida, destrozada, rota... Tal y como él se está sintiendo ahora.

Por eso no voy a dejarlo solo.

—¿Has venido en coche? —Lo miro y él asiente con la cabeza—. ¿Dónde está?

Con un leve susurro me indica que está en el aparcamiento subterráneo y nos marchamos de aquel lugar que se convertirá en su próxima pesadilla.

* * *

Nada más entrar en su casa, Aiden se aparta de mí y va directo a la mesa donde una botella de vino y unas copas nos esperaban para celebrar su nuevo proyecto. Las coge y las lanza con furia contra la pared una por una, descargando toda su rabia contra ellas.

Yo me quedo al margen detrás, esperando a que lo suelte todo. Lo necesita. Necesita sacar todo lo que tiene dentro y, si esa es la mejor opción, sería capaz de traerle una vinoteca al completo.

Con la respiración agitada por el esfuerzo, Aiden se da la vuelta y me mira con los ojos rojos.

—¿Por qué, Julia? —cuestiona entre lágrimas—. No lo entiendo. ¿Por qué?

Ojalá tuviera la respuesta. Ojalá pudiera dar marcha atrás en el tiempo y borrar lo que ha pasado.

Me acerco a él muy despacio, temerosa de su reacción. Lo que menos quiero es que me aparte de su lado en un momento así, pero el sonido de su móvil me paraliza.

Aiden lo saca de su bolsillo y con el ceño fruncido descuelga.

—¿Quién es? —gruñe—. Sí, soy yo.

Se queda en silencio durante unos segundos y después contesta con monosílabos. No tengo ni idea de quién es, pero, si no fuera importante, hace un rato que habría colgado.

—Está bien, gracias —dice, y cuelga.

Aiden lanza el móvil al sofá con fuerza y este rebota contra él y cae al suelo en un sonoro golpe. Luego comienza a moverse de un lado al otro con los brazos en jarras.

—¿Qué ocurre? —pregunto inquieta.

—El incendio ha sido provocado. El dueño estaba dentro cuando alguien lo ha golpeado por la espalda y lo ha quemado todo. Si no llega a ser porque lo he sacado de allí, ahora no estaría aquí.

—Dios mío. ¿Hay testigos? ¿Alguna cámara?

Niega con la cabeza con rapidez.

—La policía ha hablado con Lewis para saber si ha tenido problemas con alguien. Un antiguo alquilado o cualquier persona, pero está solo, no tiene a nadie más.

—¿Entonces quién está detrás de todo esto? No tiene sentido.

Me muerdo el labio pensando quién ha podido cometer semejante barbaridad. ¿Provocar el incendio con el dueño dentro? ¡Es de locos! Podría haber muerto.

Y, como si mis palabras fueran la clave, Aiden se paraliza y me mira con sorpresa.

—Creo que sé la respuesta. —Lo miro sin comprender y él aprieta los puños—. Ha sido Max.

Mi cuerpo se tensa al escuchar su nombre. Anoche me prometí que no iba a tener cabida entre nosotros dos y aquí está de nuevo, dando guerra.

—¿Cómo estás tan seguro? —pregunto con un hilo de voz.

Si Max ha sido capaz de hacer algo así, no sé dónde está su límite porque no solo nos ha afectado a nosotros, sino que también ha involucrado a un inocente.

—Ayer, cuando salí de trabajar, fui a buscarlo. Le partí la cara delante de sus amigos y me dejó ir sin más. Al principio me extrañó, pero pensé que se había cansado de luchar contra algo que no iba a conseguir, separarnos.

Me llevo una mano a la boca, sobrepasada por los acontecimientos. Primero el incendio, después el estado de Aiden y ahora lo de Max. Puede que se esté equivocando, pero ¿y si es verdad? Mientras no se demuestre lo contrario, no podemos dejar de contemplar esa opción.

—No tenemos pruebas para culparlo, Aiden. ¿Cómo se supone que...?

—Iré a por él —me interrumpe—. Me dan igual las consecuencias. He perdido todo por lo que he venido a luchar estos meses, Julia.

No puedo soportar más su mirada rota y desolada. Se está clavando en lo más profundo de mi ser y me está dejando vacía, desbordada.

Con lágrimas en los ojos, me siento en el sofá. Me siento culpable y no debería. Ya pasé por esta fase justo ayer y no quiero volver a pasar por lo mismo. Si Aiden no se hubiese fijado en mí... Si yo no me hubiese fijado en él sería todo más sencillo. Él podría estar ahora feliz con su nueva tienda y yo estaría a su lado celebrándolo como amiga. Pero no. Por mucho que intente pensar en lo que habría sido lo mejor para ambos, no hay vuelta atrás.

Escondo la cabeza entre mis manos y dejo que mis lágrimas salgan sin impedimento. Necesito fuerza para enfrentar todo lo que está pasando, para levantarme y decir que saldremos de esta. Que estamos juntos y que lo arreglaremos. Pero no puedo.

No puedo levantarme cuando todavía estoy cayendo y ni siquiera sé cuánta profundidad hay. Cada día un poco más, hasta llegar al fondo.

Aiden se acerca hasta mí y aparta una de mis manos de la cara. La sostiene con fuerza y me obliga a levantarme. Nuestros pechos chocan con el movimiento y a ambos se nos escapa un sollozo. Me atrevo a mirarlo a los ojos y me es imposible descifrar lo que esconden.

Se aparta de mí con suavidad y todavía agarrados de la mano me arrastra hasta el cuarto de baño. Una vez allí, me suelta quedándose frente a mí. Ninguno decimos nada, no podemos. Ni tampoco queremos estropear lo que sea que vaya a ocurrir.

Mis ojos se posan sobre su camiseta manchada y mis manos cobran vida propia. Tiro de ella hacia arriba y dejo su pecho al descubierto. Él hace lo mismo con la mía, que también está un poco manchada, y más tarde con el sujetador.

Nuestros ojos exploran nuestros cuerpos por primera vez. Hemos dormido antes juntos, pero

nunca habíamos llegado al punto de vernos desnudos. Con los dedos temblorosos recorro cada uno de los lunares que cubren su piel expuesta, deseosa de descubrir si tiene más. Él no se mueve, se queda quieto bajo mi tacto, con la respiración agitada.

Segundos después, cada uno se quita su pantalón y la ropa interior, y agarrados de la mano nos metemos en la ducha. Por un instante, siento el deseo irrefrenable de cuidar de él. De mirarlo como tanto se merece, protegerlo, quererlo como nadie lo ha hecho..., y lo hago.

Doy un paso adelante y me arriesgo a todo por él.

No sé el tiempo que pasamos en la ducha limpiando su cuerpo con jabón hasta borrar todas las huellas que esta tarde le ha dejado y enjabonando su pelo con suavidad y mimo. Él hace lo mismo conmigo y yo disfruto de la sensación, de la intimidad que se ha creado entre nosotros. Cuando enjabona mi cuerpo con sus manos, su delicadeza me arranca un suspiro y tengo que contener un jadeo. El deseo comienza a recorrerme y en este momento no sé si frenarlo o dejarlo ir. Ya ni siquiera sé qué es lo mejor para ambos.

Salimos de la ducha y nos secamos el uno al otro. Es como si no quisiéramos apartarnos, como si fuésemos a escapar de la vida del otro y quisiéramos retenernos por más tiempo.

Aiden nos envuelve en la misma toalla y entre sus brazos nos marchamos a su habitación. Por suerte, Bill no ha aparecido por ningún lado, solo faltaba que llegase y nos viera de este modo para empezar con sus bromitas.

—Ten —me tiende una de sus camisetas y unos calzoncillos para que me los ponga.

Los cojo y me cambio delante de él sin pudor alguno. Ya nos hemos visto desnudos, no hay vuelta atrás.

Él hace lo mismo sin quitarme los ojos de encima. Cuando ambos acabamos, se marcha al salón y regresa con el móvil en la mano. Parece que ha sobrevivido a la caída. Le envía un mensaje a Bill pidiéndole tranquilidad. Los dos sabemos que, si aparece y ve el estropicio con el vino o nuestro estado, se alarmará, y con razón. Tras eso, apaga el móvil y se acurruca conmigo en la cama.

—No iré a por él —susurra después de estar un rato en silencio—. Si lo hiciera, la guerra no acabaría nunca y ya sabemos quién es el ganador.

Mis brazos se aferran con fuerza a su cintura agradeciéndole con mi cuerpo que no vaya a por Max porque en el fondo tiene razón. Con él la guerra nunca tendría un final.

—Gracias —murmuro, y él me da un beso en la cabeza.

Decisiones

Aiden

Le doy un beso en la cabeza y me permito relajarme un poco. No quiero cerrar los ojos para que la imagen del local en llamas me sacuda todo el cuerpo. No quiero aferrarme a la idea de que enfrentarme a Max me haría sentir mejor porque no es así. Y tampoco quiero despegarme de la persona que más necesito ahora mismo en este mundo.

—¿Qué harás? —pregunta con un hilo de voz. Está nerviosa por mi respuesta, lo sé por cómo su cuerpo tiembla cuando ni siquiera hace frío en la habitación.

—No lo sé —respondo con sinceridad.

Ahora que he perdido la oportunidad que tenía, no sé qué es lo mejor. Una parte de mí quiere quedarse, pero la otra sabe que debo volver tarde o temprano. No quiero irme y dejar a Julia aquí porque eso demostraría que solo he estado con ella de paso, mientras cumplía lo que he venido a hacer y ambos sabemos que no es así.

Julia se ha convertido en algo más. En esperanza, en presente, en futuro. No quiero abandonarla porque sentiría que en realidad estoy haciendo eso. Abandonarla cuando las cosas se han puesto feas. Y dadas las circunstancias, jamás me lo perdonaría.

—Estaré aquí, Aiden —dice agarrando mi cara para que la mire—. No importa dónde estés.

No puedo apartar los ojos de ella. Está más preciosa que nunca con el pelo mojado, su piel limpia de maquillaje y mi camiseta blanca puesta. Cuando nos hemos duchado juntos no he podido despegar mis ojos de su cuerpo. Si por dentro es espectacular, por fuera es maravillosa. Toda ella, al completo. Compartir un momento tan íntimo con alguien como ella ha sido más de lo que jamás habría soñado. Me ha ayudado a poner orden a mis pensamientos y a olvidar un poco lo que acababa de pasar. Su piel es como un bálsamo para mis heridas. Como su risa, su hoyuelo, su olor, su mirada, su calor...

Acerco mis labios a los suyos y la beso con ternura. Si por mí fuera, estaríamos toda la noche así, juntos, ajenos a todo y a todos.

Julia me responde del mismo modo, como si tuviera miedo de hacer algo que no debería. Ya lo he visto en sus ojos cuando nos hemos duchado y he acariciado su cuerpo con jabón. Se estaba

conteniendo, algo que no debería hacer nunca conmigo. Me gusta cómo es, con esa personalidad que me atrapa y esa forma de actuar que me vuelve loco.

Ni siquiera sabe que es la única capaz de borrar todos mis malos recuerdos con sus labios.

Y eso es justo lo que quiero ahora. Olvidar lo que ha pasado. Dejar atrás la tienda, la cafetería, el verano, Irlanda, Erin y todo lo que nos ha rodeado durante estos meses. Quiero limitarme a sentirla como si fuera la primera y la última vez que lo hiciera. Como si mañana se acabara el mundo y solo nos quedase esta noche.

La quiero a ella.

Intensifico el beso cuando su mano se posa sobre mi pecho, llenándome de calor. Nuestras lenguas se enredan y toman el control, empujándome a continuar, a dar un paso más.

Mi mano se cuela bajo su camiseta y acaricio su espalda. Su piel es tan suave que ahora que he empezado ya no quiero detenerme. Ella jadea sobre mi boca y el sonido impacta justo en mi corazón, que comienza a latir frenético. Me muevo hasta quedar sobre ella sin parar de besarnos y no tarda en enroscar sus piernas en mi cintura, aferrándose a mí. Sus manos acarician mi pelo y tiran ligeramente de él, sumando más placer al que estoy sintiendo ahora mismo por tener su cuerpo bajo el mío.

Dejo caer ligeramente mi peso para sentirla más cerca, más pegada, y ambos gemimos cuando se mueve un poco y se frota contra mí.

Ataco su cuello mordiendo y lamiendo cada centímetro de piel al descubierto, embriagándome con su inconfundible olor. Quiero que mi ropa, mi cama, mi cuerpo y mi alma huelan a ella.

Su camiseta me estorba y ella se da cuenta porque se aparta un poco para quitársela. Después hace lo mismo con la mía y nuestros pechos vuelven a estar expuestos, listos para que se encuentren. Preparados para que nuestros cuerpos se conozcan un poco más.

Dejo un reguero de besos desde su cuello hasta su ombligo, sin dejarme ni un minúsculo trozo de piel sin acariciar con mis labios. Su sabor es adictivo y me convierte en un demente desesperado por besar más y más. Mi nariz acaricia la cinturilla de los calzoncillos que le he prestado y la miro desde mi posición. Tiene las mejillas rojas, los labios entreabiertos y su pelo desparramado sobre mi almohada. ¿Puede haber una imagen mejor? No, es imposible.

Julia pasa su lengua sobre sus labios, humedeciéndolos, y con ese gesto tan simple pero sensual lleva mi cuerpo a ebullición. Me sostengo sobre mis rodillas y con la punta de mis dedos bajo muy despacio la prenda sin apartar mis ojos de su cara. Esta noche no quiero perderme ni una sola reacción de su cuerpo para poder grabarla en mi memoria con fuego.

Sus pupilas se dilatan y muerde ligeramente su labio inferior, pidiéndome más en silencio. Acaricio sus piernas en el proceso, saboreando la suavidad de su piel e imaginando cómo sería tocarla donde más desea. Tiro la prenda al suelo y emprendo el camino de vuelta hasta su cara para besarla de nuevo, hace ya varios minutos que no lo hago y siento que me ahogo.

Todo mi cuerpo envuelve el suyo proporcionándonos un calor atrayente, adictivo, placentero. Sus dedos acarician todo cuanto pueden y sus uñas arañan mi espalda, provocándome pequeños

cortocircuitos que me obnubilan y me hacen pensar en hacerla mía ya, ahora.

Me aparto de su boca para levantarme y despojarme de la ropa interior que nos separa todavía. Cojo del cajón un preservativo con rapidez y vuelvo a sus brazos, de donde no quiero salir en toda la noche. Julia me recibe con desesperación, como si los pocos segundos que nos han separado hubiesen sido toda una vida.

Me coloco entre sus piernas y me pongo la protección bajo su atenta mirada. En el silencio de la habitación, el sonido de su jadeo por la anticipación me calienta y comienzo a ponerme nervioso por estar con ella de esta forma. Porque sé que, después de esta noche, nada volverá a ser lo mismo. Que todo será distinto porque ya conoceré la forma en que sus labios susurran mi nombre, cómo su piel está tatuada sobre la mía para siempre, el brillo de sus ojos por la excitación o el sabor de su cuerpo cuando está en llamas..., y ya no querré parar jamás.

Joder, que me maten si alguna vez quiero parar.

Me adentro en ella besando sus labios, con el corazón encogido y los ojos abiertos. Ella gime sobre mi aliento, llevándome a la locura con cada movimiento de nuestras caderas. Nos movemos despacio, sabiendo que ambos queremos lo contrario, pero alargando nuestra primera vez juntos para que dure para siempre. No queremos que acabe, pero tampoco podemos frenar lo que se está creando en nuestro interior.

Dicen que la calma es la que precede a la tempestad y eso es lo que somos ahora mismo juntos, una tormenta a punto de estallar para ahogarnos. Ahogarnos el uno en el otro como hemos querido durante tanto tiempo.

El tiempo parece detenerse mientras continuamos hasta que la tormenta llega a su fin y ambos jadeamos exhaustos.

Pero no quiero que llegue la calma de nuevo, al contrario, a partir de ahora solo quiero vivir en una tormenta continua con ella.

* * *

Son las dos de la madrugada y no puedo dormir.

El cuerpo de Julia sigue pegado al mío, no nos hemos separado desde que vino a por mí después del incendio. Con ella, las horas pasan volando, pero, ahora que está dormida y que mi mente sigue trabajando sin descanso, la realidad me acorrala entre las cuatro paredes de mi habitación.

Joder, ¿por qué es tan difícil decidirse? ¿Por qué tenemos que tomar decisiones que no nos gustan o que sabemos que dañarán a los demás?

Por un lado, está Erin, ni siquiera sé cómo decirle todo lo que ha pasado. Probablemente me habrá llamado por teléfono, al igual que Bill para preguntarme qué ha pasado tras mi mensaje, pero no me atrevo a mirar la pantalla. Tengo miedo, sí. Miedo a contarle que nuestro sueño ha

fracasado y que no sé si la vida nos dará otra oportunidad. Miedo a mirar sus ojos y ver desilusión. Miedo a volver y que lo sucedido no me deje continuar.

Y, por otro lado, está Julia y mi vida aquí, junto a ella. A veces pienso que me debería haber limitado a sentirla en silencio, como estuve haciendo durante unos meses. Pero entonces me doy cuenta de que, de haber sido así, jamás habría experimentado la plenitud que siento cuando estoy con ella. Me hace ver que hay otras salidas, que un sueño no cumplido es una puerta abierta a otra posibilidad. Que podemos soñar sin miedo a que no se cumplan porque lo bonito es intentarlo sin importar después el resultado. Que no hay que rendirse.

Y no sé qué hacer porque una parte de mí me pide que lo haga, que me rinda y deje pasar aquello que me ha estado acompañando cada día durante los últimos años. Que aparque ese sueño y vaya a por el siguiente. Pero la otra parte quiere seguir.

Dios, ¿por qué todo es tan contradictorio?

¿Qué se supone que debería hacer? ¿Quedarme o marcharme? ¿Erin e Irlanda o Julia y la cafetería?

La miro mientras duerme, pensando que ella tiene las respuestas, aunque en el fondo sé cuál es. No puedo elegir. Nunca podría hacerlo porque eso significaría vivir con la mitad de mi corazón, porque la otra parte se quedaría lejos, con una de ellas.

Supongo que tomar decisiones nunca ha sido tan difícil como hasta ahora...

Desorden

Julia

La semana pasa tan rápido que apenas tengo tiempo de pensar en todo lo ocurrido. Hace tan solo dos días que doña María volvió de sus vacaciones y parece que le han ayudado mucho porque viene con las pilas recargadas. Fue entrar en la cafetería y comenzar a moverse de un lado a otro mientras hablaba sin parar.

La misma tarde de su regreso, Aiden y yo nos reunimos con ella para contarle los cambios que habíamos pensado para la cafetería. Las ideas le gustaron mucho, aunque eso de tener página en internet no la convenció demasiado. En ese sentido, sigue siendo un tanto clásica. Al final, decidí que Lucía, Jordan y yo nos encargaríamos de subir fotos con las comidas y bebidas que ofrecemos y así saber si funciona y da resultados. Aiden nos ha ayudado a crear la página y a darle un toque especial, como el que tiene la propia cafetería.

Aiden... Este lugar sin él no es lo mismo. Ayer finalizó su contrato, y aunque doña María le ofreció trabajar hasta final de año, él rechazó la oferta. Durante los pocos segundos en los que tuvo el bolígrafo en la mano para firmar el nuevo contrato, sentí que el corazón se saldría de mi pecho porque, si firmaba, sabía que se quedaría. Que estaría conmigo más tiempo porque el verano no había sido suficiente. Aiden se había metido bajo mi piel y nada ni nadie borraría jamás su huella, así que tenerlo lejos sería duro.

Pero no lo hizo. No firmó y todos en la cafetería lo despedimos con una sonrisa triste, a la espera de que viniera a visitarnos a menudo. Este lugar se había convertido en un hogar para él, sus ojos me lo decían a pesar de que había tomado la decisión de no estar más tiempo allí. A veces el destino jugaba con nosotros de una manera desbordante y eso nos pasó. Hizo que nos uniéramos para ahora separarnos.

No es que sepa su decisión final, si va a marcharse o a quedarse. Desde aquella tarde del incendio no es el mismo. Está más silencioso y pensativo. Me gustaría poder meterme en su cabeza durante unos segundos para entender cómo se siente porque, aunque diga que todo va bien, sé que no es así. Aunque lo intente disimular, está agobiado. Aunque sus besos sigan siendo igual de intensos y su calor me envuelva cada noche..., ahora todo es distinto.

Desde que ayer se marchó de la cafetería no he vuelto a saber nada más de él. Salí tan tarde del

trabajo que no quise molestarlo enviándole un mensaje o llamándolo. Ahora me arrepiento porque siento que no estoy a su lado como debería y eso me produce un miedo atroz. Debería pasar todo el tiempo posible a su lado, ¿no? Al fin y al cabo, puede que se marche y que lo nuestro... Ni siquiera puedo pensar en que lo nuestro deje de existir porque sé que, pase lo que pase, siempre estará en mi vida. A miles de kilómetros, a diez minutos de mi casa... Sea como sea, necesito sentir que está aquí, conmigo; que sigue siendo Aiden, después de todo. El chico que entró en la cafetería dando un golpe en la puerta y con los nervios metidos en el cuerpo. El que me miraba de soslayo pensando que no me daba cuenta. El que me hacía cosquillas hasta que mis carcajadas se oían incluso en la otra parte del mundo. El que me besaba, robándome el aliento con sus labios. Él, simplemente.

—Se echa de menos, ¿verdad?

La voz de Jordan me devuelve a la realidad. Ni siquiera sé cuánto tiempo llevo en Babia pensando en él y recogiendo la cafetería como una autómatas. Lo he hecho tantas veces que ya me lo sé de memoria, así que a veces desconecto como ahora.

Asiento con la cabeza, sabiendo que se refiere a Aiden. Jordan no se imagina cuánto lo echo de menos. Nunca llegamos a confirmar nuestra relación. De cara al trabajo, éramos... nosotros, nada más. Aunque nuestros compañeros no eran tontos y por las miradas cómplices que nos lanzaban sabían más de lo que pretendíamos mostrar.

Dos minutos después, terminamos de limpiar y damos por concluido el día. Necesito llegar a casa y descansar. Los cambios en el local me están llevando al límite, y aunque sé que después merecerá la pena, por el momento está resultando ser un dolor de cabeza. Adoro mi trabajo, pero un respiro después de todo lo que ha pasado no me vendría nada mal.

—Tienes compañía —comenta Jordan a mi espalda mientras yo cierro el local con llave.

Entonces me doy la vuelta y lo veo. Está sentado en el banco de enfrente con la cabeza gacha y los brazos sobre las piernas. Parece perdido, como el día que lo conocí, y eso me produce un escalofrío.

—Os dejo solos. Nos vemos mañana.

Mi compañero de trabajo se marcha y, tras coger aire, camino con paso decidido hacia el banco. Aiden siente mi presencia, pero no se mueve y sé que ha llegado el momento. Lo que tanto temía.

Me siento a su lado y pongo una mano sobre su hombro para infundirle ánimos. Sé que para él no está siendo nada fácil, pero no quiero que lo retenga más tiempo. Es hora de saber su decisión.

Su calor acaricia mi piel y me siento en casa. Quizás sea la última vez que estemos así. O quizás sea el principio de un nuevo comienzo. Qué sé yo. Lo único que quiero es aprovechar hasta el último segundo a su lado.

Él, al sentir mi contacto, agarra mi mano con la cabeza todavía gacha y deposita un suave beso en ella. Sus labios me abrasan y ahogo un suspiro. Entonces se mueve y sus ojos se clavan en los

míos. Lo miro con preocupación porque no logro saber qué se esconde tras esa mirada que tanto me gusta.

—Siento haberme alejado —comienza a hablar con voz queda—. Necesitaba poner un poco de orden en mi vida.

—¿Y lo has conseguido? —pregunto con miedo.

Entrelaza nuestros dedos y nuestras manos encajan como si estuvieran destinadas a estar unidas.

—No creo que lo consiga nunca. —Suspira—. Supongo que la vida es eso, ¿no? Un desorden en el que a veces encuentras algo que merece realmente la pena. Entonces no quieres soltarlo nunca, aunque sabes que incluso ese desorden puede arrasarlo todo y acabar con él.

Sus palabras me aturden. Están llenas de dolor y tristeza. ¿Es así como se siente por dentro? ¿Es eso lo que trata de esconder?

—Cuando dejé Irlanda y vine aquí, creía que tenía todo controlado. Buscar un trabajo, ganar dinero y montar el local. Parecía tan fácil..., y entonces sucedió. Apareciste tú y el mundo dejó de girar. Entraba en la cafetería y, al verte, era como si el tiempo se detuviese. Así que al enterarme de que tenías novio, mi corazón comenzó a astillarse y ni siquiera entendía por qué. Había venido para cumplir un sueño, no para enamorarme.

El corazón comienza a martillar con fuerza mi pecho. Quiero decir algo, lo que sea para que sepa que mi verano también ha sido muy distinto gracias a él, pero no puedo. Tengo un nudo en la garganta que no me deja pronunciar palabra.

—Estar a tu lado era adictivo. Solo quería pasar más y más tiempo contigo. Mis sueños pasaron a ser otros. Soñaba con la idea de robarte un beso cada noche al despedirnos, acariciar tu pelo mientras dormías sobre mi pecho... Y se cumplieron todos menos uno. El de mi querida Erin.

—Aiden, tal vez... —trato de hablar, de hacerle saber que no todo está perdido, pero él me interrumpe antes de que continúe.

—No, Julia. Ahora lo entiendo, ¿sabes? Si no hubiera vuelto, no te habría conocido. Y si Max no hubiera incendiado el local, tal vez seguiría estando en nuestras vidas haciéndonos daño. Lo conozco lo suficiente para saber que no habría parado hasta vernos lejos el uno del otro.

—No creo que nadie pueda pararle los pies. Sabes cómo es y...

—Ya no volverá a estar en nuestras vidas —me interrumpe de nuevo, sonriendo con tristeza—. Esta mañana he ido a la comisaría. Ayer me llamaron porque habían encontrado una pista sobre quién había podido provocar el incendio. Al parecer, una cámara de seguridad de la entrada del aparcamiento grabó a alguien entrando y saliendo de un local de esa misma calle. Al estar lejos, la cámara no captó bien que entrase allí, pero al salir esa persona caminó en dirección a la cámara y vieron cómo guardaba algo en el bolsillo. Era un mechero. En cuanto vi la grabación, reconocí a mi primo.

Palidezco de inmediato. Sabía de las sospechas de Aiden sobre que su primo había causado el incendio y, a pesar de que lo veía capaz de algo semejante, mi cabeza se negaba a creerlo del

todo. Sin nada que lo relacionase, era imposible dar con él. Supongo que después de todo no fue tan inteligente como pensaba, pues lo habían pillado.

—Dos horas más tarde de salir de la comisaría me llamaron para comunicarme que lo habían detenido. Le habían tomado declaración y él solito se delató cuando me nombró. No solo lo van a condenar por el incendio, sino también por haber intentado matar a Lewis, primero golpeándolo y después dejándolo con el fuego. Max aprenderá de una vez por todas que no siempre tiene que ganar.

La sensación que tengo ahora mismo tras enterarme de la noticia es más bien agri dulce. Por un lado, me alegro de que pague por lo que ha hecho, pero, por otro, ojalá las cosas no hubieran ocurrido así. Todo habría sido más sencillo de haber desaparecido de nuestras vidas para siempre. Seguir su camino con sus amigos y sus fiestas como había estado haciendo los últimos meses. Pero no, él siempre debía ir un paso por delante hasta que se ha tropezado con una gran roca.

—Lewis ya está al tanto —comenta esta vez mirando al frente. Que me libere de su mirada hace que me sienta perdida, sin fuerzas después de recibir esta noticia porque sé que eso no es todo. Que hay más—. Pensé que se enfadaría conmigo, pero ha sido muy amable. Me ha dicho que no tengo la culpa de lo que ha pasado.

—Es que no la tienes, Aiden. Deja de culparte por algo que ni siquiera podrías haber evitado.

—Lo intento. —Agacha la cabeza y mira al suelo.

Aparto mi mano de la suya, sintiéndome desnuda sin su calor, y acuno su rostro entre ellas. En sus ojos se refleja culpabilidad, odio que piense así porque aquí no hay culpables. Ninguno de los dos sabíamos que Max era quien era cuando nos conocimos. Y, a pesar de todo, volvería a pasar por esto mil veces más si a cambio tengo a Aiden en mi vida.

Él dirige su mirada a mis labios y se acerca muy despacio hasta ellos para acariciarme primero con su aliento. La espera me está matando, al igual que su silencio. Me gustaría poder besarlo hasta el amanecer, tener sus manos sobre mi cuerpo cada minuto y sentir que nada nos puede alcanzar, que solo estamos él y yo.

Mi boca atrae a la suya como un imán y se unen en un beso lento pero cargado de sentimientos. Es como si quisiera decirme en ese beso todo lo que no puede con palabras..., y me aterra. Sus manos van hasta mis caderas y me atrae pegándome a su cuerpo. Siento cómo su corazón late frenético contra su pecho, al igual que el mío.

Dejamos de besarnos en el momento en que nuestros cuerpos piden aire para respirar. Pego mi frente a la suya y cierro los ojos. Ojalá pudiéramos estar así siempre. Con los labios hinchados por nuestros besos y su calor rodeándonos.

—¿Y ahora qué? —pregunto temerosa.

—¿Qué es lo que necesitas, Julia? Solo dilo —responde él en un susurro.

—Que esto no sea una despedida.

Nuestras respiraciones son lo único que se escucha durante unos segundos que se me antojan

interminables. No quiero abrir los ojos y descubrir su decisión en ellos. Prefiero que me lo diga sin tener que recordar su rostro pronunciando un adiós.

—No lo es. Es un reencuentro.

Me aparto un poco y abro los ojos, con el corazón en un puño y los sentimientos a flor de piel.

—Mi corazón ahora tiene tu nombre, Julia —vuelve a hablar—. Si me voy, él se quedará aquí, contigo. Pero, si me quedo, lo guardaré dentro de mi pecho para que siga latiendo tan rápido cada vez que me besas, me acaricias o huelo ese perfume que me vuelve loco.

Sonríe y lo imito. Los ojos comienzan a llenarse de lágrimas de emoción, pero las retengo. ¿Y si solo son imaginaciones mías? ¿Y si estoy escuchando lo que mi interior quiere oír? Aiden agarra mis manos y las entrelaza con las suyas. Deposita un beso en cada una y las pone sobre sus piernas.

—¿Y qué pasa con Erin y tus padres? —me atrevo a preguntar.

—Ya están al tanto de mi decisión. No ha sido fácil para mis padres, pero Erin me ha dicho que disfrute de la vida que yo quiero. Y quiero esto. Vivir aquí con Bill, ver una película todos juntos, pasear de la mano, desayunar en la cafetería...

—Pero no has firmado el contrato de doña María —lo interrumpo—. Si pensabas quedarte, ¿por qué no has aceptado?

Suelta una risilla que me hincha el pecho. Dios, cuánto la echaba de menos.

—Porque voy a ayudar a Erin para que cumpla su sueño, solo que en la distancia. Sus nietas se encargarán de todo y yo echaré una mano por aquí. Distribuiremos sus perfumes a través de internet y así todos saldremos ganando. Todavía tengo los ahorros del local, así que hasta que el negocio se abra camino puedo permitirme ayudarla.

—Hablas como si el sueño ya no fuera tuyo.

—Lo es, solo que ahora tengo otras prioridades.

—¿Como cuáles?

Aiden se levanta y conmigo todavía de la mano me arrastra con él. Pega su cuerpo al mío y mira mis labios con devoción.

—Como ir a tu casa y comerte a besos durante toda la noche —susurra sobre ellos.

—Es un buen plan —contesto con voz ronca.

—El mejor.

Epílogo

Invencible

Aiden

No importa el tiempo que pase, siempre que regreso a Irlanda es como si fuera la primera vez. El aire puro, el color verde por todas partes... Es como si regresara al pasado, solo que esta vez no tengo dieciséis años ni tampoco sueño con vivir aquí para siempre.

Ha pasado un año desde la noche que decidí quedarme con Julia y, desde entonces, mi vida ya no es la misma. Supongo que jamás imaginé que un verano pudiera significar tanto, pero aquí estoy, disfrutando de cada momento al máximo como si fuera el regalo más preciado. Y, en cierto modo, sí lo es porque Julia es el regalo más maravilloso que ha podido darme el destino. Estar con ella cada día, verla sonreír cuando la espero a la salida de la cafetería, pasear por la playa con la arena acariciándonos los pies, entrelazar nuestras manos como si no quisiéramos soltarnos jamás... me da la vida. Cuando estoy con ella, me siento pleno.

Y ahora también forma parte de Irlanda. Durante todo este año hemos viajado varias veces. Esta es la tercera y admito que, cuando toca la hora de marcharnos, me cuesta sacarla de la casa de Erin. Es como si estuviera anclada a este lugar, como me pasó a mí cuando regresé siendo un adolescente perdido. Y es que es difícil no conectar con todo lo que nos rodea aquí. Mi familia, Erin y sus nietas, el paisaje, los lugares que hemos visitado y los que nos quedan por descubrir. Jamás imaginé que Julia encajaría tan bien aquí y que me pediría regresar en cuanto doña María le daba un fin de semana libre o llegaban sus vacaciones. Y no es que me queje, al contrario, este siempre será mi segundo hogar porque el primero está donde se encuentre Julia.

Observo cómo el sol comienza a esconderse en el horizonte escuchando su risa de fondo. Jamás me cansaré de oírla porque cada vez que se ríe se me hincha el pecho.

Me doy la vuelta y voy hasta el salón donde he dejado que Julia y Erin hablasen de sus cosas hace un rato. Ya se ha vuelto una costumbre que me echen para poder charlar ellas solas. Al parecer, tienen mucho que contarse a pesar de que hablan todas las semanas por videollamada. ¿Quién iba a decir que Erin se modernizaría tanto? Parecerá una tontería, pero a través de la pantalla la siento más cerca, aunque esté a miles de kilómetros de nosotros. La está ayudando mucho ahora que el alzhéimer está un poco más presente en nuestras vidas. Tiene algunos días difíciles, pero siempre acaba volviendo a ser ella, la Erin que tanto adoramos.

La estampa que me encuentro al llegar al salón impacta en mi corazón con fuerza. Por mucho

que estén juntas casi todo el tiempo cuando viajamos a Irlanda, verlas así, tan unidas, tan vivas y sonrientes, es como si fuera la primera vez y eso me hace inmensamente feliz. No sé qué haría sin ellas.

—¿Puedo robártela ya? —pregunto a Erin con una sonrisa en los labios.

Las dos dejan de hablar y me miran con ojos brillantes. Si fuera por ellas, estarían hasta el amanecer charlando.

—Tú... —Erin se queda callada y por un momento me tenso, pensando que se ha podido olvidar de mí. Ese es uno de mis mayores miedos, que un día me mire a los ojos y no me reconozca—. Me ha dicho un pajarito que la nueva esencia de Julia te encanta.

La aludida suelta una sonrisita y yo me ruborizo. Durante los últimos meses, Julia ha cambiado de perfume. Al descubrir que el de coco le encanta, Erin ha creado una fragancia exclusiva y muy especial para ella. No me preguntéis qué lleva porque lo único que sé es que a Julia le flipa y a mí aún más. Es una mezcla de coco, flores y vete a saber qué más, pero que con su piel combina a la perfección. Me pasaría el día entero oliéndola.

Julia, por supuesto, está encantada con que pase el día pegado a su cuerpo. Y está claro que se lo ha hecho saber a Erin porque sus ojos pícaros la delatan. Menudas son las dos.

—No me mires así que me pones nervioso, mujer —digo para salir del apuro.

—¿Así cómo? —pregunta ella tratando de parecer inocente. Yo río por lo bajo y niego con la cabeza. No tiene remedio—. Anda, llévate ya a esta jovencita antes de que me arrepienta y nos quedemos charlando toda la noche.

Me acerco hasta ella y le doy un beso en la frente que dura unos segundos. Mañana por la mañana nos marchamos y, aunque vendremos a despedirnos, tengo la necesidad de darle un beso a todas horas. Ya siento que la echo de menos y eso que todavía no nos hemos ido.

Julia se despide de ella con un cálido abrazo y la promesa de que mañana desayunarán juntas antes de irnos. Después agarra la mano que le tiendo y salimos de esa casa que tantos momentos me ha dado.

—¿Dónde vamos? —pregunta Julia nada más subir al coche.

—Ahora lo verás, impaciente.

Arranco el coche de mi padre con la sonrisa pintada en mis labios. Esta mañana se lo pedí para llevar a Julia a uno de mis lugares favoritos de este mundo. Mi madre se puso eufórica cuando se enteró porque sabe lo especial que es para mí. Y creo que ha empezado a crearse sus historias en la cabeza sobre nuestro futuro. El otro día hasta me pareció escuchar algo de una boda... Dios, una cosa es que adoren a Julia porque yo también lo hago, y otra es que quieran espantarla con sus ideas de matrimonio. Me encantaría compartir toda mi vida con ella, pero por ahora me conformo con amanecer a su lado y que me regale un beso de buenos días por las mañanas.

El matrimonio mejor se lo dejamos a Bill y Mara. Esos dos acabarán cualquier día conmigo. Primero se reencuentran tras unos años sin saber del otro, después salen juntos y ahora se

comprometen. ¿Locos? Mucho. Pero se quieren más que cualquier cosa en este mundo. Solo espero que no se adelanten y se fuguen a Las Vegas para hacer otra locura.

Quince minutos más tarde y con la suave música de la radio de fondo, llegamos a nuestro destino. Bajo del coche y Julia hace lo mismo. En cuanto alza la mirada y ve el paisaje frente a sus ojos, se queda muda. Ante nosotros está la playa de coral, un lugar precioso que en los últimos viajes he querido compartir con ella, pero que no se ha dado la ocasión. Nuestras escapadas a Irlanda han sido rápidas y apenas nos ha dado tiempo de disfrutar del país.

Me quito los zapatos y los llevo en una mano. Con la otra agarro a Julia, que ya tiene los suyos quitados, y nos adentramos en la suave arena. Nada más tocarla, un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Cuánto lo echaba de menos. No me había dado cuenta de cuánto lo necesitaba hasta que mi piel la ha tocado.

Caminamos hasta que las olas del mar llegan a nuestros pies. En esta época del año el agua está un poco fría, pero no nos importa porque la sensación es maravillosa. Juntos observamos el horizonte, donde tan solo queda un pedacito de sol por esconderse.

—Cuando vinimos a Irlanda con tan solo dieciséis años, estaba cabreado con el mundo. Creí haber dejado mi vida allí e intentaba pasar el menor tiempo posible en casa para no discutir con mis padres. Entonces descubrí esta playa y, a partir de ese momento, no dejé de venir ni un solo día. Incluso lo hacía cuando llovía tanto que ni el mar se distinguía de la arena.

—Es precioso —susurra.

—Siempre he querido traer a Erin, ¿sabes? —Sonríe al recordar las veces que le hablaba de este lugar. ¿Cómo es posible que viviendo aquí no lo conociese? Es de locos—. Pero sentía que, si lo hacía, este lugar dejaría de ser mío. En casa estaban mis padres, en la de Erin estaban sus nietas y ella. Y aquí solo estaba yo, nadie más.

Julia permanece en silencio unos segundos. Desde aquí puedo escuchar los mecanismos de su cabeza analizando mis palabras. Sabía que lo haría, por eso cuando vuelve a hablar no me sorprende su pregunta.

—¿Y por qué lo has querido compartir conmigo?

La miro y ella deja de observar el mar para clavar sus preciosos ojos en los míos. A veces me pregunto qué haría sin ella en mi vida. ¿Seguiría perdido? ¿Sería capaz de ser tan feliz como lo soy ahora?

—Hace un año te dije que mi corazón tenía un nombre, el tuyo. Parte de él está aquí, en este lugar. Se quedó cuando lo pisé por primera vez con dieciséis años y no he vuelto a recuperarlo porque está enterrado en este mar para siempre. Y que ahora estés aquí, conmigo... —Cojo aire antes de continuar—. Es un sueño. Otro más que he cumplido, aunque ni siquiera sabía que existía.

Me acerco hasta ella y acuno su rostro entre mis manos. Acaricio sus mejillas sonrosadas con mis dedos y la miro con adoración.

—Aunque el sueño más bonito que jamás tendré eres tú —susurro contra sus labios y ella pone las manos sobre mi cintura para acercar más nuestros cuerpos—. Cada mañana me levanto

pensando que no es real, que tú no eres real y que volveré a estar aquí, pero sin ti. Eso me aterra porque lo que siento por ti es tan grande como este mar. Te quiero, Julia. Estoy completamente enamorado de tu hoyuelo, de tu risa, de tu olor, de tu piel, de tus labios... No hay una sola cosa que no adore de ti.

—¿Incluso la costumbre de despertarte un domingo a las siete de la mañana? —comenta con picardía.

Suelto una risilla al recordar las tantísimas mañanas que me he despertado muy temprano porque no podía dormir más. Después de tanto tiempo madrugando para ir a trabajar, su cuerpo se ha acostumbrado y, como no puede quedarse quieta en la cama, tiene la costumbre de despertarme para que le haga compañía. Aunque no me oíría quejarme porque los métodos que usa me encantan. Eso de despertarse con su cuerpo pegado al mío y sus labios repartiendo besos sobre mi piel es la mejor sensación.

—Incluso eso. —Acercó sus labios a los míos y le doy un suave beso que poco a poco comienza a convertirse en algo intenso.

De nuevo siento cómo la electricidad nos rodea a la vez que nuestras lenguas se enredan en un baile adictivo. Podría estar así toda la vida, entre sus brazos con la arena acariciándonos los pies y el sonido del mar de fondo.

Nos separamos y Julia se da la vuelta para despedir otro día más. Yo la abrazo por la espalda y el calor de su cuerpo me arropa de inmediato.

—Yo también te quiero, Aiden —susurra con cariño, y yo la arropo más fuerte.

Y así, en la tranquilidad del atardecer, con ella a mi lado y el mundo a nuestro alcance, me siento invencible.

Fin

Agradecimientos

A pesar de ser la tercera vez que me encuentro en esta situación, sigo sin tener palabras suficientes para agradecer todo lo que me dais. Ni viviendo cien años sería capaz de hacerlo porque siempre me faltaría algo que decir.

Escribir la historia de Aiden y Julia me ha recordado a cómo empecé en este mundo literario. Sin rumbo, con el corazón encogido y el miedo bajo la piel. Me recuerda que ya son tres novelas las que han visto la luz, las que han sido leídas por lectores como tú... Sí, tú. Es increíble, ¿verdad? A mí me lo parece. Y es que siempre me emocionaré cuando escriba la palabra *fin* porque, aunque sea determinante y concisa, es maravillosa.

Por eso, hoy los protagonistas no son solo Aiden y Julia, sino todas aquellas personas que han hecho posible que cumpla un sueño. El más bonito de todos... Gracias a mis dos mitades, Susana y Juan, porque gracias a ellos soy quien quiero ser.

A mis *suprnenes*, Nieves y Fransy. Mis compañeros de viaje, mis locos por los libros. Porque unos amigos como vosotros no los tiene nadie y eso me hace sentir afortunada. A mis *painas*, Priscila y Roma, esta historia es tan vuestra como mía. Jamás me cansaré de nuestras conversaciones. A mis *pretties*, ellas nunca pueden faltar entre mis páginas porque siempre serán parte de mí. A esos lectores maravillosos que me ha regalado la vida como María José Valiente, Cristiane, Ana Di Como..., sois geniales.

A todo el equipo de Click Ediciones, en especial a mi editora Ade, por acoger a Aiden y Julia entre sus brazos, darle ese toque que lo hace único y apoyar a los autores como lo hace.

Y a ti, lector, por escogerme una vez más. Espero que hayas disfrutado de esta historia y no olvides que el amor es el sentimiento más bonito que existe.

Biografía



Toñi Fernández nació en un pequeño pueblo de Mallorca, aunque ha crecido en la costa malagueña. Graduada en Magisterio de Educación Primaria, actualmente compagina las oposiciones con su gran pasión, la lectura. Desde el primer instante que cogió un libro, se convirtió en una adicta a ellos.

En el año 2016 se sumergió en el mundo de la escritura participando en un concurso de relatos cuyos beneficios fueron destinados a una asociación de ayuda a padres de niños con cáncer, con el que logró quedar como una de las finalistas con el relato *Bailar bajo la lluvia*.

Considerada una romántica empedernida, continuó escribiendo hasta terminar *Déjame estar a tu lado*, su primera obra New Adult, publicada en mayo de 2018 por Red Apple Ediciones. Además, recientemente ha sido finalista en el concurso de microrrelatos de Sant Jordi 2018 de *Pandora Magazine*.

Síguela en redes:

📍 <https://www.facebook.com/toni.fernandez.1848816>

📷 <https://www.instagram.com/tfernandezautora/?hl=es>

Sentirte en silencio
Toñi Fernández

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones/Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Look Studio/Shutterstock

© Toñi Fernández, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2020

ISBN: 978-84-08-22693-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones

[Mi error fue amar al príncipe](#)

Moruena Estríngana

[Mi sol, mi luna](#)

Calista Sweet

[Irrompible](#)

Romina Naranjo

[Heaven. El hilo rojo del destino](#)

Lucía Arca

[Y llegaste tú 1. Raquel](#)

Merche Diolch

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

